

— ✂ —  — ✂ — LOS SIN MIEDO — ✂ —

EL CAMPAMENTO DEL ZORRO VENGADOR

JOSÉ MARIA PLAZA



Lectulandia

Las actividades en equipo, los juegos, las excursiones y las canciones en torno al fuego parecen dar un aspecto inofensivo al campamento en el que pasan unos días Los Sin Miedo. Sin embargo, pronto comienzan a pasar hechos extraños que indican la presencia de un psicópata entre ellos. Y las historias de terror comienzan a correr de boca en boca...

Lectulandia

José María Plaza

El campamento del zorro vengador

Los Sin Miedo - 3

ePub r1.0

smonarde 01.08.14

Título original: *El campamento del zorro vengador*

José María Plaza, 2009

Ilustraciones de portada: Noemí Villamuza

Editor digital: smonarde

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

A Deyanira Hernández, que me dio la idea del juego del zorro, tal como lo
había vivido en sus acampadas adolescentes.

A Paula Cifuentes, que me ayudó a crear los protagonistas femeninos de la
novela, sobre todo, el de Cristina; recordando que tenía que haber sido ella
la que hubiese escrito esta historia.

1. Una mala buena idea

No era lo que más me apetecía del mundo, pero teníamos que ir al campamento. Había tres razones contundentes: estaba de acuerdo toda la pandilla, habíamos convencido a nuestros padres y, además, ya estábamos en camino.

La madre de Cristina nos llevaba en su coche. Al lado iba su hija, y detrás, nosotros tres. David y Belén bromeaban, mientras yo seguía con la cabeza apoyada en la ventanilla y miraba por ella una y otra vez sin saber bien lo que quería.

La madre de Cris advirtió mi impaciencia y se asustó:

—¿No te estarás mareando, Álvaro? —redujo la velocidad y me preguntó—: ¿Quieres que nos detengamos un momento?

—¡Oh, no, mamá! —Cristina se adelantó a contestar—. ¡No nos fastidies, que ya llegamos tarde y no me haría ninguna gracia que fuésemos los últimos!

—Es verdad —añadió David—. Nos pueden tocar las peores habitaciones.

—¿Habitaciones? —le cortó Belén—, pero ¿qué te crees que es un campamento?, ¿un hotel?

—No sería mala idea —y se le iluminaron los ojos—. A mí no me importaría que fuese como los de las películas: jacuzzi, tele, antena parabólica y Play con pantalla grande. ¡Hummm, qué interesante!

—Pues nada de eso. Estaremos en plena naturaleza, haremos deportes, habrá juegos de equipo y competiciones diarias... ¡Ya tenía ganas! —suspiró Belén, y luego, mirándome, añadió—: ¡Qué gran idea lo del campamento, Álvaro!

—Sí, sí... —dije, sin convencimiento.

Hacia tiempo que estaba arrepentido de mi «gran idea», y ahora que apenas faltaba una hora para llegar, me dolía el estómago.

—¡Habéis tenido mucha suerte! —apuntó la madre de Cris—. ¡Sólo quedaban cuatro plazas!

—Sí, sí —repetí.

Lo que no sabía la madre de Cris, ni tampoco las chicas, es que precisamente porque había sólo cuatro plazas fue por lo que decidimos apuntarnos al campamento. David, mi mejor amigo, me ayudó a preparar el plan.

En realidad nunca se nos habría ocurrido ir a un sitio así, a no ser porque una noche, que estábamos en Internet, descubrimos de repente:

CAMPAMENTO DEL AIRE.

El nombre no era muy tentador, pero me llamó la atención que quedaran únicamente cuatro plazas libres. Inmediatamente me puse a pensar: David, Belén, Cristina y yo. ¡Cuatro! Al fin íbamos a poder estar un verano juntos los cuatro, ¡sólo los cuatro! No era tan fácil, pues siempre se nos unía Erika, que es la hermana pequeña de Belén, o Fernando, que es un amigo de la otra clase y suele andar detrás

de Cris, aunque a veces lo disimule bien, como en nuestra última aventura en el bosque maldito.

Belén, que es la más deportista, ya había ido a campamentos, y ahora, en el coche, seguía contándonos cómo eran realmente y lo que se hacía allí, algo que no parecía entusiasmar a David, que repetía, contrariado:

—¡Eso es muy antiguo! ¡Eso es muy antiguo!

Y se desencantó del todo cuando Belén le dijo que no le dejarían jugar a la Play, ni podría ir a su aire, pues allí todo se hacía en equipo.

—¿En equipo?

—Sí, en cuanto lleguemos, habrá unos monitores que nos distribuirán en pequeños grupos, como familias, y así estaremos todo el campamento.

—¿Podremos elegir? —intervine rápidamente.

—No lo sé, depende de los monitores —dijo Belén; lo pensó mejor y añadió—: Normalmente, sí.

—¡Ya está! —dije, animado—. Formaremos un grupo los cuatro. ¿Qué os parece?

En realidad no esperaba otra respuesta que no fuera «¡sí! ¡claro!, ¡genial!» o algo parecido, pero la madre de Cris se adelantó y nos hizo una propuesta absurda:

—¿No sería mejor que cada uno de vosotros estuviese en un equipo distinto? —vio mi cara de sorpresa, y se justificó—: Sí, ya sé que da un poco de pereza al principio, pero luego lo agradeceréis. Vosotros os conocéis muy bien, y a un campamento se va para hacer nuevas amistades. ¿Verdad, hija?

Aquella era una pregunta con trampa, pero Cris es una chica inteligente y creí que no se iba a dejar enredar. Además, contaba con la natural rebeldía de los hijos hacia sus padres...

Mi amiga me decepcionó.

—Claro, mamá. Puede ser muy divertido. ¿Qué te parece, Belén?

—¡A mí me da igual!

No estaba recibiendo mucha ayuda por parte de mis amigos.

Habíamos pensado en el campamento para estar los cuatro juntos, y de pronto aquella idea se nos estaba yendo por la borda.

Miré a David para que me apoyara, pero no se enteraba de lo que pasaba a su alrededor, centrado en un juego de la PSP que siempre lleva consigo.

—¿Qué haces?

—Me estoy preparando para el campamento —contestó, sin levantar los ojos.

—Aprovecha ahora, porque en cuanto lleguemos no vas a tener tiempo para la Play —le dijo Belén, y se rio, mirando a Cris, que también se reía y parecía muy contenta con la idea del campamento.

De todos los del coche, yo era el único que tenía aspecto tristón, y la verdad es que no sabía por qué: la idea del campamento había sido mía y todo estaba saliendo

según lo previsto. O casi.

Sin embargo, me daba la impresión de que algo iba a ocurrir en aquel lugar y que era mejor que diésemos media vuelta para siempre jamás.

—¡Mirad cómo ha cambiado el paisaje!

La madre de Cris señaló hacia las altas montañas que teníamos a los lados. Habíamos dejado la carretera principal y avanzábamos por una vía local por la que hasta entonces no había cruzado ningún coche. A derecha e izquierda se veían unas montañas altas, casi verticales; y la carretera, como si fuera un río hundido, trascurría entre ellas y daba vueltas y vueltas, descubriendo un paisaje cada vez más impresionante, casi apartado del resto del mundo.

A la madre de Cris le sorprendió que David estuviese tan callado y preguntó a su hija:

—¿Qué es eso que le tiene tan entretenido?

—Es un videojuego, mamá. David siempre está igual.

—¡Qué va! —intervino David—. Este juego no es de monstruos ni esqueletos andantes ni nada de eso. Este es más real. Se llama «El campamento de la muerte».

—¿Qué?

—Sí, me lo compré ayer y está muy emocionante. Trata de unos chicos que van de acampada. El monitor los lleva hasta un bosque y los deja allí, perdidos. En el juego hay que escapar de ese lugar, que está lleno de trampas. ¡Uff, qué apasionante! Creo que ya he encontrado el camino de salida y sólo me han matado tres veces, pera aún me quedan dos vidas. ¿No está mal para empezar, eh?

—¡Qué juegos os enseñan ahora! —se quejó la madre de Cris, asombrada, y añadió—: Pobres monitores, qué mala fama, con lo que tienen que aguantar. ¡Sólo con soportaros a vosotros...!

—¡Mamá...! —le cortó Cris.

Ya estábamos llegando. Tras dos largas vueltas en forma de «8» que casi me hacen vomitar lo que no había desayunado, llegamos a una explanada amplia, rodeada de montañas. Era mediodía. Había demasiada luz, pero a mí me parecía muy siniestro todo. A la madre de Cris, sin embargo, le encantó aquel lugar y, avanzando hacia mí, exclamó:

—¡Enhorabuena, Álvaro! ¡Qué buena idea has tenido!

2. La mejor monitora

No fuimos los últimos en llegar, pero lo parecía. En aquel lugar había demasiada gente. A simple vista se veían más padres que hijos, como si fuese la entrada de una guardería. Por un momento temí que me hubiese equivocado de campamento (nunca leo la letra pequeña) y le comenté a David:

—¿No será esto demasiado infantil? —miré a mi alrededor y añadí—: ¡Nosotros somos mayores!

—¡A mí me da igual! —contestó David y por una vez supo razonar—. Mientras estemos juntos, nos lo pasaremos fenomenal.

Estaba claro. Antes de que sonriera, aliviado, se nos acercó un chico, que era más alto que nosotros. Parecía como sacado de un anuncio.

—¿Queréis que os enseñe el campamento? —dijo, pero sólo miró a Cris.

—¡Ya lo vemos bien desde aquí! —le corté.

Pero él ni me oyó, pues seguía atento a Cristina, que respondió:

—¡Oh, sí! —y mirando a su madre, preguntó—: ¿Podemos?

—Claro, hija. Para eso estáis aquí, para hacer amigos —le dio un beso y se despidió de nosotros—. Bueno, chicos, os dejo, que os veo en buenas manos. ¡Ya llamaré luego al director, que ahora debe de estar muy ocupado!

—¡Es mi tío! —le informó el recién llegado, y se fue con Cris y Belén a enseñarles un campamento que ya se veía a simple vista.

Al darnos la espalda, escuché perfectamente cómo decía: «Me llamo Héctor. ¿Y vosotras?...».

Ni a David ni a mí nos invitó a acompañarle. Estábamos de pie, allí plantados, cuando la madre de Cris nos llamó desde el coche para que recogiéramos los equipajes de los cuatro. Una vez que lo hicimos se despidió tan natural como si nos hubiese dejado en la puerta de casa.

Me entraron ganas de seguirla, de irme con ella. Todo estaba saliendo mal y me daba la impresión de que aún quedaba lo peor.

David, en cambio, sentado en una de las mochilas de las chicas, contemplaba la situación como si estuviera viendo una película: atento, tranquilo, sin complicaciones. Su visión era muy diferente a la mía.

—¿Qué haces? —le dije.

—Nada. Espero y miro.

—¿Qué miras?

—¡Ya ves! —y apuntó con su cabeza hacia adelante—. ¡Creo que aquí nos lo vamos a pasar bien!

No estaba nada seguro, y menos cuando una chica mayor, vestida con un ridículo uniforme, llegó hasta nosotros y gritó:

—¿Qué hacéis aquí perdiendo el tiempo? —miró las mochilas, las contó y añadió —: ¿Estáis locos? ¡Esto no es Marbella! ¡No habéis venido a muchos campamentos...!

—No son nuestras, no son nuestras —dije, pero no me escuchaba—. Esa mochila rosa con el osito —señalé la más pequeña de las dos mochilas de Cris— es de una amiga que...

—Venga —me cortó—. Cargad con ellas y llevadlas al dormitorio —y al ver que no nos decidíamos, remarcó—: ¿O es que estáis esperando a que un botones os las lleve, guapos?

—Hummmm —suspiró David—. ¡No sería mala idea!

Aquella respuesta irritó aún más a la inesperada sargento, y mirándole muy fijamente gritó:

—¿Te estás riendo de mí?

David se dio cuenta de que no era el mejor momento para contestarle y se calló. Ante su silencio, la chica, atacó:

—No sé qué os enseñan vuestros padres. ¡Un campamento no es un hotel! ¿Te enteras?

—Sí, eso ya lo he notado.

Lo que no sabía David es que aquel lugar era como el ejército. Cuando te grita el sargento, no puedes decir nada, y mucho menos, intentar hacerte el gracioso. Es lo peor. Lo había visto en muchas películas.

—¿Intentas tomarme el pelo? —gritó aún más fuerte, se le notaban las venas del cuello—. A ver, ¿cuál es tu nombre?

—Yo, yo..., Álvaro —dijo David.

—Oye, David, que Álvaro soy yo, no me cuelgues el muerto, que...

La chica del uniforme nos miraba como si no se lo creyese. Por un momento la vi dudar:

—¡No sé qué os enseñan en el colegio, pero aquí vais a aprender a...!

En esos momentos pasó por allí un chico de nuestra edad, pero chino.

—¿Ayudal a los nuevos? —le preguntó a aquella sargento, con una sonrisa.

—Sí, Chuenlín, ayúdales con su equipaje y dales una vuelta para que se hagan una idea de lo que es un campamento, tú que lo conoces bien.

—*Glacias, monitola.*

Aquella chica tan gritona, que parecía el sargento de una compañía de desesperados, era una de nuestras monitoras. Esperaba que no nos tocara en nuestro grupo, pero las palabras del chino nos descolocaron:

—¡Yolanda *sel la mejol monitola* de todas! —y por si no lo habíamos entendido, repitió—: ¡Muy buena!

Así, con esas dudas, avanzamos hacia el barracón donde estaban los dormitorios.

David llevaba su mochila y la de Belén; el chino cargaba con las dos de Cris, y yo intentaba ver lo bueno de aquella situación, a la vez que me decía: «¿Por qué tuve que mirar aquel día Internet?, ¿por qué?».

Tales pensamientos se me debieron de notar en la cara, pues el chino me preguntó:

—¿*Estal* preocupado?

—Oh, no, Chuenlín, yo... —traté de disimular, pero entonces nuestro nuevo compañero me interrumpió.

—Chuenlín, no. Thu-en-Lin *sel* nombre en China. Aquí *sel* Yoldi.

—¿Yoldi? —preguntó David, extrañado.

—No, no. Yo me llamo Yoldi. *Vivil en Balcelona*.

—¿Cómo?

—Yoldi. Yo, Yoldi.

—¡Ah, Jordi! —aclaré, y entonces comprendí lo importante que es la pronunciación en un idioma.

—Sí —apuntó feliz el chino—. Yoldi.

Y guiados por Jordi, el chino, atravesamos el campamento, llegamos hasta un barracón y pasamos por una pequeña entrada con dos puertas, una a cada lado.

—¡*Sel dolmitolio* de las chicas! —dijo, señalando la de la izquierda, y después, mirando la puerta de enfrente, dijo—: ¡*Sel nuestlo dolmitolio*!

Aquello era una habitación tan larga como un garaje, pero llena de literas. Miré rápidamente y vi que estaban libres las del final, las más alejadas de la puerta. Corrí hacia allí, lancé mi mochila a la cama de arriba y puse una gorra en la de abajo, pensando en David.

Chuenlín nos seguía con las dos mochilas de Cris, que dejó a los pies de nuestras literas. Los pocos chicos del cuarto empezaron a mirarnos con atención. Aquella mochila rosa fosforito destacaba demasiado en el oscuro ambiente del dormitorio masculino, y tanto David como yo exclamamos al mismo tiempo:

—¡No es nuestra! —y en voz alta recordamos a todo aquel que lo quisiera escuchar—: ¡Esa mochila es de las chicas!

—*Sel* bonita —dijo el chino.

En ese instante entraron nuestras amigas, que corrieron a recoger sus cosas. En la puerta las esperaba el sobrino del director.

—¡Gracias por traer nuestras cosas! —nos dijo Cris rápidamente y se dio media vuelta.

Belén la seguía, y añadió:

—¡Nos vemos luego en la reunión de grupos!

—¿Quéeeee? —me quedé con la palabra en la boca.

No entendía nada. ¿Qué era eso de la reunión de grupos? ¿Cómo se había

enterado?

Chuenlín, que me vio despistado, intentó explicarla:

—*Ahola estalá la plimela leunión y sel impoltante. Ahola folmalse* los grupos.

—¡Qué bien! —me dije, y en voz baja suspiré—. ¡Por fin vamos a poder estar los cuatro juntos!

Nuestro amigo, el chino, no hablaba muy bien español, pero lo entendía todo y me corrigió:

—*Tles. Sólo tles. Cada equipo sel de tles.*

3. Cuatro son tres

Aquella fue mi primera decepción: ¡tres! ¿Por qué únicamente podíamos ser tres? No dejaba de repetírmelo, mirando el techo desde mi litera, mientras oía el ruido de la maquinita de David, que seguía jugando con su pequeña Play, ajeno al problema.

Conté: «uno, dos, tres y cuatro». Recordé: «Cristina, Belén, David y yo». Y suspiré, en voz alta:

—¿Quién se quedará fuera?

—¿Qué dices? —me preguntó David, que ya había acabado su juego.

—Si los equipos son de tres, uno de nosotros no podrá estar con el grupo. ¿Quién se quedará fuera?

David es de ideas rápidas. Siempre dice lo primero que se le pasa por la cabeza, y algunas veces acierta.

—Yo creo que Belén. Como ya ha ido a otros campamentos, sabe cómo son estas cosas y no le importará. ¿No te parece?

—Tienes razón —dije, salté de lo alto de mi litera y, más animado, me dispuse a salir—. ¡Vamos, David, exploremos el campamento antes de esa primera reunión!

—¿Sin el chino?

Miramos a nuestro alrededor. El dormitorio estaba entre tinieblas y apenas distinguimos tres bultos. Ninguno de ellos era Chuenlín.

—¡Estará ayudando a otros nuevos! —dije, y antes de bajar las escaleras, miré enfrente, y sugerí—: ¿Avisamos a las chicas?

Como si me hubiese oído, apareció Belén en la puerta.

—¡Vamos a dar una vuelta por aquí, chicos! —nos saludó.

—¿No esperamos a Cris? —le pregunté.

—Oh, no, se está preparando. ¡Ya sabéis cómo es con la ropa! —suspiró—. Ha dicho que salgamos, que ya nos encontrará luego por ahí.

En el campamento aún quedaban padres, pero se notaba que era la hora de dejar a sus hijos solos. Se veían despedidas y una cierta confusión. Había una chica que lloraba y vimos cómo Chuenlín se acercaba a ella.

—Ese chino es genial —comenté, con admiración—. Está en todo.

—Es uno de los veteranos —dijo David—. Me ha contado que es el tercer año que viene. ¡Así cualquiera!

—No lo creas —intervino Belén—. También Héctor lleva tres años seguidos viniendo aquí, y no creo que se preocupase por ayudar a esa chica que se quiere ir.

—¿Quién es Héctor? —preguntó David.

—El sobrino del director —respondí yo—. ¿No te acuerdas de ese guaperas que se ofreció a enseñarnos el campamento?

—Ah, claro —dijo David, y mirando a Belén, añadió—: ¡Tú le acompañaste

antes!

—Sí, pero parecía que sólo tenía interés en ser el guía de Cristina. Me largué a la mitad del recorrido.

—¿Y los dejaste solos? —pregunté, alarmado.

—Bueno, solos, solos..., la verdad es que no es fácil estar solo por aquí —dijo señalando a nuestro alrededor.

—No te cayó muy bien que se diga, ¿no? —le preguntó David.

—Es un fantasma. Conozco a esos tipos y son todos iguales.

La verdad es que aquella confesión de Belén nos dejó a los dos descolocados. Nunca habíamos hablado con ella sobre el asunto de chicos y chicas.

—¡Yo pienso lo mismo! —afirmé, y David se rio.

Iba a decirme algo más, pero entonces pasaron por delante tres chicas que, siendo diferentes, parecían repetidas. Las tres vestían como si fuesen a una fiesta, sonreían a la vez y caminaban mirándose y mirando su pelo, perfectamente peinado. Me recordaban a las animadoras de las series de la tele, y precisamente por ello las miramos David y yo.

Belén, al contemplarlas, suspiró:

—¡A qué campamento nos has traído, Álvaro! ¡Menudas Barbies!

—¡Ya ves! ¿No te parece un sitio genial? —dije extendiendo mucho las manos.

—Sí, me gustan esas montañas. Me he fijado en ellas —señaló las que teníamos enfrente—. Aunque no creo que... —y miró hacia el trío de chicas que acababa de pasar— la gente que hay por aquí pueda subirlas. Nosotros lo haremos, ¿verdad?

—Yo..., ejem —David se cansaba sólo con imaginarse por aquellas cuestas, casi verticales.

Le conocía bien. Antes de que dijera nada más, sentenció:

—¡Subiremos! Los Sin Miedo se atreven a todo. ¿Verdad, David? ¡Habrà que contárselo a Cristina! —y al volver la cabeza hacia atrás, vi cómo nuestra amiga saludaba al sobrino del director y se quedaba a hablar con él.

Belén lo advirtió y comentó:

—¡No sé si vamos a ver mucho a Cris!

En vez de dar media vuelta o esperarla, nos alejamos poco a poco. Cuando nos quisimos dar cuenta ya hacía tiempo que los habíamos perdido de vista. Nos detuvimos en un punto que parecía un mirador. Detrás, entre árboles aislados y al pie de una montaña no demasiado alta, estaba el campamento; y delante teníamos una hondonada amplia por donde pasaba el río.

—¿Bajamos? —dijo David, que se había animado con la excursión.

—No es fácil —le respondió Belén—. Hay que andar con cuidado y nos llevaría mucho tiempo.

—Sí —añadí yo—. Habrá que volver. La primera reunión empezará pronto.

Pero no nos movimos. Seguíamos contemplando el paisaje que había a nuestros pies: al otro lado del río se alzaban las impresionantes montañas de arena rojiza, cortadas como una pared, y en la cima, que era plana y alargada, se adivinaba una pequeña iglesia solitaria.

—¿Para qué la habrán construido tan arriba si allí no vive nadie? —se preguntó David.

—Será para los peregrinos —dije.

—Es imposible subir ahí —señaló mi amigo.

—Por aquí sí, pero seguro que esa montaña se puede rodear y hay una zona más fácil para llegar a la cima. Aun así será duro.

—¡Vayamos! —sugirió Belén, deseosa de entrar en acción.

Pero aquella aventura tendríamos que dejarla para nuestro día libre, suponiendo que tuviésemos alguno.

Las sombras empezaban a alargarse y llegaron hasta nosotros. Entonces nos dimos cuenta de que se había hecho tarde.

—¡El campamento! —recordó David, e inmediatamente echamos a correr entre arbustos y piedras.

—¡Los equipos! —suspiré.

—¿Qué? —Belén no entendía nada.

—En la primera reunión se iban a formar los equipos —le expliqué.

—Es cierto. Nos lo dijo el chino —confirmó David—. Ya lo había olvidado.

—Espero que no empiecen sin nosotros.

Cuando divisamos el campamento no se apreciaba ningún movimiento por allí, lo que hizo que acelerásemos el paso, algo nerviosos. En ese momento cada uno empezó a pensar por su cuenta: «¿Habrán salido a buscarnos? ¿Estarán cenando? ¿Nos penalizarán por no cumplir las normas? ¿Qué habrá sido del sorteo? ¿Quedará cena? ...».

La cabeza se nos había disparado y, al llegar a la altura de los primeros árboles, nos salió al encuentro alguien que ya empezábamos a conocer.

—¿Dónde os habíais metido?

Era la monitora. Parecía que se hubiera escapado de una base militar.

—Es que...

—¿Quién os ha dado permiso para alejaros del campamento? —y tras estos gritos, vino hacia nosotros algo más calmada.

Así que me atreví a preguntarle:

—¿Cuándo se van a formar los equipos?

—Ya están hechos —nos informó, secamente.

—¿Y nosotros?

—Vosotros tres estaréis juntos en el mismo equipo. Seréis el número 3 y... —nos

miró; y percibí una sonrisa en el fondo de sus ojos— ¡vais a estar conmigo!

—¿Quééééé?

A David casi se le sale el estómago por la boca. A mí, también.

—Cada monitor tiene tres equipos de tres.

—¿Y quiénes son los otros dos? —pregunté.

—Ya lo veréis mañana, que tenemos reunión a primera hora. Os aconsejo que no lleguéis ni un segundo tarde porque es la más importante del campamento. El director os dirá lo que vamos a hacer durante estas dos semanas y mañana mismo se designará al zorro del aire. Le gusta sortearlo el primer día. Dice que ayuda a crear buen ambiente y a que os conozcáis mejor.

—¿El zorro? —preguntamos David y yo al mismo tiempo.

—¿No me digáis que no habéis oído hablar nunca del zorro?

Nos acordábamos de una película de Antonio Banderas, pero no veíamos ninguna relación con el campamento. En cuanto la monitora nos dejó, y mientras subíamos hacia las habitaciones, Belén nos dio una pista que sólo sirvió para confundirnos más.

—El zorro está muy bien —dijo—. Ya jugamos en el otro campamento y es fenómeno. Se parece al asesino de las cartas, pero con más acción. Bueno, mañana lo veréis.

4. El as de espadas

Habían sido demasiadas emociones para el primer día. Estaba tan agotado que me quedé dormido nada más entrar en el alargado cuarto. A la mañana siguiente no sabía dónde estaba. Parecía flotar y me vi, de repente, en lo alto de una litera. Miré hacia el suelo: David, sentado en el borde de la cama, trataba de coger fuerzas para ponerse en pie. Al fondo, el chino entraba con una toalla y el pelo mojado.

Entonces comprendí que habíamos pasado la primera noche en el campamento.

Rápidamente salté al suelo.

—¡Venga, David, vamos a desayunar!

—Antes hay que ducharse. Es obliqatorio. Me ha dicho ese monitor de allá. ¡Mírale! Vigila para que nadie se lo salte.

—Pues habrá que salir con una toalla —dije, y fui hacia la mochila, inquieto.

Esperaba que a mi madre no se le hubiese ocurrido meterme la toalla roja de Goofy que me regalaron hacía un montón de años. Era la más grande que tenía, pero ya no la llevaba a la piscina.

—¡Uff! —suspiré, aliviado.

Por suerte, era una toalla blanca, aunque un poco rígida. Mi madre tiene la manía de planchar todo, absolutamente todo.

—¿Habrá agua caliente? —suspiró David.

—¡Seguro! Esto es la civilización.

Pero ya no había. Al parecer, tan sólo los que madrugaban se libraban del agua congelada.

Bajamos al comedor tiritando, con ganas de bebernos cualquier cosa caliente.

Al entrar vimos cuatro mesas muy largas, cada una de un color. En una de ellas Belén y Cris nos llamaban.

—¡Aquí! ¡Aquí! ¡Eh, chicos, estamos aquí!

—¿Es nuestra mesa? —preguntó David.

«¡Qué bien! ¡Al fin vuelve a ser todo como antes!», pensé para mí.

—Es la de nuestro grupo, ¿veis? —dijo Cris, y señaló el mantel de hule—: ¡Somos el grupo azul!

—¡Ah!

—Y en ese lugar, donde estás ahora —nos informó Belén—, se pone la monitora, Yolanda. Ya la conocéis.

—¿Cómo olvidar a la sargento? —gritó David, y poniéndose en pie, arrugó la cara, se tocó la nariz, como si llevara bigote y comenzó a imitarla con una voz seca y aguda—. ¡Escuchad con atención! A ver, soldados, mírenme todos. ¡No se lo voy a repetir! —y comenzó a sacar pecho—. Guardad silencio. No quiero oíros. Nada. Ni respirar...

Al ver que no reaccionábamos, David nos miró sorprendido.

—¡Chiss! —traté de advertirle, pero no me oyó.

—¿No os hace gracia? —siguió con su imitación, cada vez más exagerada.

No estábamos en condiciones de responderle.

Como si hubiese adivinado lo que pasaba, miró hacia atrás y... Allí, como un perfecto guardaespaldas, descubrió a... ¡la sargento! Traía en sus manos un paquete de camisetas azules.

—¡Qué divertido, eh! —afirmó Yolanda muy seria—. Ya que te levantas con tantas ganas de moverte, vas a tener acción hasta aburrirte. Después de comer, tú y tu equipo os pondréis a limpiar a fondo los baños.

—¿Yo? —dudó—. ¡Eso no es justo!

Pero aquel era un tema cerrado. Lo supo por la mirada de la monitora, quien añadió:

—¿Todavía no ha llegado el resto del grupo? —y sin esperar respuesta ordenó—: Id a buscar a los demás para que estén aquí inmediatamente —se dio media vuelta, tras despedirse con un «¡muy mal empezamos!» entre dientes.

No fue necesario moverse de allí. En esos momentos entraron dos chicas y un chico que se sentaron a nuestra mesa, y detrás de ellos apareció la última persona que deseaba ver en el campamento:

—¡Hola, gente! —saludó, como si fuese algo original, y luego, mirando a Cris, añadió—: ¿Qué tal estás, compañera de equipo?

—¡Oh, muy contenta! —respondió Cris, y volviéndose hacia nosotros, dijo—: ¡Ya conocéis a Héctor!

—Sí, el imbécil sobrino del director —me susurró David.

Yo no lo hubiese definido mejor. Era alto, supongo que guapo para algunas chicas, y debía de ir al gimnasio, pero todo era pura fachada. Se notaba que era un tipo creído e insoportable, aunque Cris aún no se había dado cuenta.

—¡Seremos el equipo campeón! —se rio Héctor.

Entonces apareció el último de la mesa, quien añadió:

—¡Seguro! ¡Somos los mejores!

—¡Hola, Kevin! —le saludó Cris, que seguía encantada de estar en aquel campamento—. ¿Cómo te has levantado tan tarde?

—Te equivocas conmigo. Yo no soy de los que duermen mucho. Eso lo dejo para otros. He estado por ahí pensando en cosas —dijo para hacerse el interesante.

—¡Ven, siéntate aquí! —señaló Cris, y apuntó al sitio que había entre ella y yo.

Para hacerle un hueco, se acercó un poco más Héctor.

—¡El equipo ha de estar unido! —añadió para justificar aquella absurda invitación.

—Unido, sí, pero no pegado —comentó, en voz baja, David, que estaba a mi

derecha.

Cris alzó la cabeza y, mirándome, dijo:

—¿Sabes, Álvaro, que a Kevin también le gusta mucho la ciencia? ¡Y tiene un laboratorio en casa!

—¡Ah! —dije, simplemente.

No se me ocurría nada más.

—Bueno, me gusta la ciencia, pero no sólo la ciencia. También, el deporte y el cine y los idiomas y... —notó que estaba aburriendo al personal y abrevió—. Ya sabes, saco sobresaliente en todo.

No hubo tiempo para más charla, algo que agradecí. Llegó la monitora y gritó para que nos diésemos prisa en acabar el desayuno porque en cinco minutos había que estar sentados en la explanada de enfrente, y nos dejó bien claro que ninguno podía retrasarse ni un segundo.

—¿Qué será eso tan importante que tienen que contarnos? —pregunté.

—Es mi tío —contestó Héctor, sin mirarme.

—¿Quééééé? —David no entendía nada.

No era el único.

—¡Ya veréis de qué va! ¡Va a ser divertido!

No nos imaginábamos al tío de Héctor y, a su vez, director del campamento, en un asunto divertido. Por eso mismo nos entró curiosidad.

Nuestro equipo fue el primero en llegar a aquella explanada, dividida en cuatro partes. Aprendíamos rápido y Belén, David y yo nos sentamos en la zona que tenía una bandera azul. Después llegaron Cris con sus nuevos amigos y el resto de nuestro grupo.

A pesar de ser casi cuarenta acampados, nadie alborotaba. Aun así los monitores gritaron «¡Silencio!» en cuanto apareció el director, que era el único con pantalón largo.

Muy erguido, comenzó a hablar. Sus palabras parecían uno de esos discursos en los que no se dice nada. Dejé de atender en la segunda frase y me puse a mirar a mi alrededor sin buscar nada en especial. Entonces me pregunté por Chuenlín, al que de pronto eché en falta.

—¿Has visto al chino? —le susurré a David.

—No, pero... —lo pensó brevemente, y sonriendo, añadió—: ¡Seguro que está en el equipo amarillo!

El discurso proseguía. Había dejado a casi todo el campamento medio dormido. El director lo advirtió y, en vez de irritarse, se calló, se quitó la chaqueta, se sentó en una silla, y relajado, como si estuviera hablando a unos amigos, cambió el tono de voz:

—Bueno, después de estas palabras de bienvenida, os quiero hablar de algo que

os interesa a todos. Es algo que caracteriza a nuestro campamento: el zorro del aire.

—¿Qué? —preguntaron unos cuantos a la vez.

A David ya mí nos lo había mencionado Belén, pero aparte de eso, estábamos igual de perdidos.

—Los que habéis estado aquí antes ya sabéis en qué consiste, pero vaya explicarlo brevemente para los demás. Aquí —y señaló su bolsillo— tengo una baraja con treinta y seis naipes que voy a repartir ahora mismo. Cada cual debe guardar bien su carta, sin enseñársela a nadie, ni siquiera a vuestro monitor.

—¡Qué juego de cartas tan raro! —suspiró David.

—El que tenga el as de espadas —prosiguió el director— será el zorro, el zorro del aire, y su misión consistirá en hacer bromas sin que los demás le descubran —se calló un momento; observó nuestra reacción, entre la ilusión y el asombro, y prosiguió—. Ahora os vaya entregar vuestra carta y a continuación iréis pasando de uno en uno por mi despacho. Así os voy conociendo personalmente... y al zorro, el que me muestre la carta en cuestión, le daré este paquete con diez grandes zetas en forma de antifaz.

—¿Para qué los quiere? —preguntó alguien que no conocía.

—¿Para qué va a ser? ¡Para disfrazarse! —le contestó el de al lado.

No habían entendido nada. Yo tampoco lo tenía muy claro, pero el director prosiguió con su explicación.

—Estas zetas, en forma de antifaz, serán la firma del zorro. Cuando el elegido actúe, ha de dejar una de ellas en el lugar, para que sepamos que se trata del zorro del aire y no de un compañero que se toma la excusa del juego para su propia diversión. Eso está prohibido. Se expulsará del campamento a aquel que haga bromitas a cuenta del zorro. ¿Ha quedado suficientemente claro? —nos miró brevemente, y continuó—. Y recordad que nadie, ni siquiera los monitores, tienen estas zetas.

—¿Cómo se gana en este juego? —preguntó David, alzando el brazo.

—Ah, sí, me había olvidado. Si el zorro consigue superar diez pruebas sin que lo desenmascaren, gana. Si le descubren, pierde. Y está obligado a usar el paquete entero en una semana.

Todos lo habíamos entendido. Y todos, o casi todos, queríamos ser el zorro. De pronto se nos ocurrían mil ideas. En aquel momento miré a Cris, rodeada por Héctor y Kevin, y me llegaron un millón de bromas que me apetecía hacerles. Ya me lo estaba imaginando.

—¡Que sea el zorro! ¡Que sea el zorro! —pedí.

Tenía mi carta entre las manos, pero no me atrevía a darle la vuelta. Me fijé en Belén, que suspiró: «¡Vaya!».

David, a su lado, ojeó una esquina de su carta y también exclamó: «¡Vaya!».

Sólo faltaba yo.

Miré la carta y repetí «¡Vaya!» antes de preguntar a mis amigos:
—¿Tampoco os ha tocado a vosotros el as de espadas?
—¡Ah, eso es secreto! —comentó Belén.
Y David la apoyó:
—¡Ya has oído lo que ha dicho el director!

5. Primer ataque del zorro

«¡Esta noche actuará el zorro del aire! ¡Esta noche actuará el zorro! ¡Esta noche...!».

Era la voz que corría de unos a otros con insistencia y curiosidad. Los monitores habían recordado que el elegido no podía dormirse y debía comenzar ya desde el primer día.

—¿Y si no se le ocurre nada?

—Tiene veinticuatro horas para la primera prueba. Si no se decide, pierde el turno y se elige a otro. Así son las reglas.

—Qué suerte hemos tenido de no ser el zorro, ¿verdad? —les comenté a mis amigos, porque en aquel momento tenía la mente en blanco, sin ideas.

—¡A mí me hubiese gustado! —dijo David, que empezó a dar vueltas a la cabeza, como si estuviera pensando o, quizás, recordando algún juego parecido de la Play.

—¡A mí también! —confesó Belén—. En el otro campamento no me tocó y me quedé con las ganas.

Al saber que el zorro del aire iba a actuar se creó cierta tensión en el campamento. Algo había cambiado de repente. Nos mirábamos los unos a los otros con desconfianza, viendo en los demás a un posible enemigo que te puede gastar una broma pesada. Así que no nos dábamos la espalda ni nos quitábamos los ojos de encima, como si viviésemos en un clima de preguerra, que se notó sobre todo a la hora de la comida.

Estábamos sentados a nuestras mesas tranquilamente, cuando empezaron a escucharse quejas y acusaciones en todos los grupos.

—¡Tú eres el zorro! —dijo un chico de la mesa verde a Kevin, que le acababa de pasar la sal—. ¡Lo he visto! ¡Lo has hecho adrede!

—¿Qué es lo que dices que he hecho? —preguntó sin entender nada.

—¡No disimules, que te he visto! ¡Tú me has dado el salero! Y me lo has dado abierto para...

No necesitaba que siguiese explicándose: medio campamento se levantó y vio cómo sus huevos fritos sucumbían en una montaña de sal.

—¿Yo? —apuntó Kevin—. A mí me lo ha pasado este —dijo, señalando a Héctor, el sobrino del director, quien se puso de pie.

Y como si estuviera pronunciando un discurso, comenzó a explicar:

—Eso del salero es una tontería, je, je. Estaría flojo. Suele pasar. Pero no puede ser una broma del zorro, porque... —se calló para darle emoción y nos miró, uno a uno, lentamente—, ¿dónde está la firma del zorro del aire?

—¡Anda, es cierto!

—¡Se le habrá olvidado! —suspiró David, y como si fuese un experto, añadió—: ¡Los zorros son así!

Unos y otros volvieron a sus mesas. Entonces Gloria, Gemma y Gracia, el trío de las Barbies, se llevaron la mano al pelo al mismo tiempo, y gritaron, una tras otra:

—¡Llorente no está!

Llorente era al único chico al que le llamábamos por su apellido para no confundirle con David, nuestro amigo.

—Se ha ido a...

—¡Es el zorro! ¡Llorente es el zorro! Lo he descubierto yo...

Y en un segundo, Gracia cruzó la puerta seguida de sus dos amigas y la mitad de nosotros.

Al vernos salir tan alocados del comedor, Llorente, que venía tan tranquilo hacia nosotros, alzó los ojos, asustado:

—¿Qué ha pasado? ¿Hay un incendio? ¿Dónde está el fuego?

Pero no oyó respuesta alguna, sino mil preguntas que le bombardearon:

—¿Dónde has ido?

—¿Qué has hecho?

—¡Como hayas tocado mi mochila!

Las frases se repetían, pero Llorente no entendía nada, hasta que Gracia quiso darle el golpe definitivo.

—No te hagas el listo con nosotras, que ya sabemos que eres el zorro, y lo he descubierto yo. ¡¡YO!!

—¿Estáis locas?

—Entonces, confiesa. ¿A qué has salido del comedor tan en silencio?

—Yo, pues... he ido a mi cuarto a recoger la pastilla que me había dejado en la mochila. Tengo que tomarme dos en cada comida —dijo, y abrió la mano al mismo tiempo.

Todos miramos a Gracia, como si quisiéramos estrangularla, y corrimos otra vez hacia el comedor, pues aún estábamos en el segundo plato: huevos con salchichas.

Parecía que el ambiente volvía a la normalidad.

Aquel silencio, sin embargo, no duró más de un minuto. En cuanto nos pusimos a devorar la comida comenzaron los incidentes.

—¡La sal! ¿Quién ha sido el gracioso?

—¡A mí, también!

—¡Vaya! Con lo que me gustan los huevos.

En las tres mesas se reprodujo la misma broma. Pero tampoco había sido el zorro esta vez. Al parecer, los que se quedaron en el comedor aprovecharon la ausencia de los demás para aflojar la rosca del salero, como había ocurrido antes en nuestra mesa.

Algunos habían llegado más lejos.

—¡Ay! —gritó una chica del grupo rojo—. Me he pinchado la lengua —y luego, con cuidado, preguntó, airada—: ¿Quién... ha metido un paliiiiillo en mi

saaaalchicha? ¡Ay!

Muchos se rieron, pero a partir de ese momento todos miramos nuestras salchichas con desconfianza, y no las comimos hasta no cortarlas en trocitos no más anchos que un anillo.

Lo peor, sin embargo, fue lo de Gracia, que cogió la servilleta, perfectamente doblada, y de ella se deslizó un huevo frito que se le cayó encima del pantaloncito negro.

En esos momentos oí a nuestra monitora, que suspiraba: «¡Esto se nos va de las manos!», y llamó a sus compañeros a una reunión de emergencia.

Después de comer y echarnos una siesta que nadie se echó, los monitores nos reunieron en la explanada. Uno de ellos, el que parecía un Madelman, empezó a hablar:

—A ver, chicos, atención...

Nadie le hacía caso. Seguíamos tan alborotados como en el comedor. Así que tomó un altavoz y gritó:

—¡Silencio! —tronó—. *One, two, three...* ¡Silencio!

Igual que un dinosaurio enfadado.

Nos callamos al instante. Entonces nos dijo que, al vernos tan inquietos y alborotados, los monitores habían decidido saltarse el orden del día.

—¡No os vendrá mal una actividad lúdica para calmar un poco los ánimos! —remató.

—¿Lúdica? —preguntó David.

—Sí, de luz —le aclaré sin pensar demasiado.

—¡Ah! —soltó satisfecho.

Por suerte Cris, que por una vez no estaba pendiente de Héctor, intervino:

—«Lúdica» quiere decir recreativa, divertida, un juego...

—¡Ah! —exclamé yo, confuso.

Entonces el Madelman nos explicó el plan.

—Esta tarde, durante la merienda, y sin que sirva de precedente, vamos a hacer el juego del chocolate con los ojos vendados. Creo que todos lo conocéis.

—¿A quién hay que vendar los ojos? —se oyó por el fondo.

—Bueno —continuó el Madelman—, para los que no hayan jugado nunca, vamos a hacerles una demostración. A ver, dos voluntarios... —como nadie decía nada, repitió—: A ver quién se anima: *one, two, three...*

—¿Dos o tres? —preguntó Gracia, haciéndose la interesante.

—Pues... sólo uno, porque tú vas a ser la otra voluntaria —miró hacia el fondo—. A ver, ¿quién se apunta?

Ante la posibilidad de compartir chocolate con Gracia, la mitad de los chicos gritaron: «¡Yo! ¡Yo! ¡Yo!». Incluso David, que, entusiasta como es, se adelantó hasta

la mitad.

Y lo eligieron.

El juego dio comienzo.

Después de taparles los ojos, los sentaron ante una mesa estrecha, uno enfrente del otro, y les dieron una taza de chocolate bien llena y varias porras de pan. El juego, como todo el mundo sabe, consiste en que cada uno de ellos tiene que mojar el pan en su taza y dárselo a comer al de enfrente; pero como no ve, generalmente se apunta mal, muy mal. El asunto está en mancharse lo menos posible y gana el primero que se acabe su taza de chocolate.

—¡Cuidado con mi pelo! —le soltó Gracia—. Si me lo manchas, te vas a acordar durante todo el campamento.

—¡Glugs! —gritó David.

El pobre ni atinaba a meter el pan en su propia taza y fue el primero en mancharse nada más que Gracia alargó el brazo con su asquerosa arma. Entonces David se movió torpemente y se tiró encima su taza de chocolate.

El juego había terminado antes de empezar. Al levantarse tenía el pantalón emplastado de un marrón asqueroso.

—¡Corre! ¡Ve a limpiarte! —le dijo nuestra monitora—. Dúchate y cámbiate de ropa, porque ¿habrás traído más ropa?

—¡Oh, sí! —dijo David, que no parecía enfadado, sino más bien feliz de haberse quitado aquel «marrón» de encima, nunca mejor dicho.

Fue una lástima que tuviera que irse, porque la verdad es que se perdió un rato muy divertido. Hicimos dos grandes equipos (los amarillos y los azules contra los rojos y verdes) y competimos los unos contra los otros. Una hora después acabamos en las duchas con chocolate por todos los lados, menos por uno, llamado estómago.

Cuando estábamos en la cama, agotados, le pregunté a David:

—¿Crees que esta noche actuará el zorro?

Agradecía no ser el elegido pues era incapaz de pensar en algo que no fuese descansar.

—Me imagino que sí —respondió David—. ¿Quieres que nos levantemos para vigilar?

—¡No, no! Déjalo, que...

Y me dormí con la palabra en la boca.

Tuve un sueño tan profundo que fui el último en enterarme de lo que, de pronto, sucedía en el campamento.

—¡Despierta! —me dijo David—. ¡Despierta!

—¿Qué pasa?

Entonces vi cómo salían y entraban mis compañeros de cuarto. Desde el pasillo me llegaban unas voces familiares, que reconocí al instante: nuestras amigas.

—¡El zorro! —gritaba Cris—. ¡Ha sido el zorro!

Belén, más enfadada aún, gruñía:

—¡Cuando pille a ese zorro voy a meterle la cabeza en la taza del váter!

6. Extraña diversión

No parecía medianoche. Cuando aparecí en la sala, casi todo el campamento estaba allí, incluidos los cuatro monitores.

Aquella situación parecía realmente divertida. David se partía de risa y no acababa de explicarme lo que sucedía. Sólo Cris y Belén tenían cara de pocos amigos y seguían quejándose.

—¿Qué ha pasado? —volví a preguntar a David.

Fue Chuenlín quien se adelantó a contestar:

—*Sel el zolo. ¡Muy diveltido!*

—¿Quéééééé? —no me había enterado de nada.

—El zorro ha actuado esta noche —me explicó David por fin—, y les ha tocado a nuestras amigas.

—¿Sí? ¿Qué les ha hecho?

No pudo decirme nada más, porque los acontecimientos nos desbordaban.

—En cuanto encuentre a ese zorro, le voy a hacer tragarse esto —gritó Belén, blandiendo una escobilla de váter en la mano.

En ese momento entró el director. Tenía mala cara, no tanto por la broma en sí, sino por haberle sacado de la cama cuando había logrado dormirse tras estar media hora persiguiendo a un mosquito que se había colado en su cuarto. No era momento de discursos. Sólo dijo:

—Todos a dormir. Mañana, después del desayuno, convocaré una reunión de urgencia. Hay algunas cosas sobre el zorro del aire que puntualizaré. En todos los juegos civilizados existen normas —y arrugó su rostro, enfadado.

Al regresar al dormitorio, los compañeros comentaban las bromas que habían sufrido nuestras dos amigas y al fin pude enterarme. Al parecer, el zorro había desperdigado una gigantesca bolsa de pipas con sal entre las sábanas de la cama de Cris; pero lo peor le había tocado a Belén, pues le habían metido una escobilla del váter en su cama.

—¡Puaghh, qué asco! —clamaban todos.

—¿Qué mala idea tiene ese zorro! —se quejó David—. ¡Pobre Belén!

—Eso le ha ocurrido porque la ven débil —dijo Héctor—. Ya veréis cómo a mí ese zorro ni me toca.

—¡Claro! ¡Porque serás tú el zorro! —le replicó David, que supo estar muy atento.

—¿Yooooo? —se defendió—. Yo no hubiese comenzando atacando a las chicas, al menos, no a Cristina.

Ninguno nos creímos sus palabras. Por si acaso, todos nos acostamos con un ojo abierto, pendientes de la litera de Héctor, quien se durmió nada más tumbarse.

En su cara se veía una sonrisa que me pareció Inquietante. «¿No estará soñando con Cris?», me pregunté. Estuve a punto de bajar de la litera y acercarme hasta él para meterle un calcetín en la boca, pero no era un buen momento. Había demasiados ojos pendientes de todo lo que pasaba por allí, así que intenté olvidarme de Héctor y empecé a dar vueltas a una misma pregunta: ¿quién sería el zorro?

—Tiene que ser una chica —me dije entre dientes, al comprobar que la acción había ocurrido en el dormitorio femenino; luego alcé la voz—: ¿Verdad, David?

Pero mi amigo no contestaba. Estaba profundamente dormido.

En el desayuno del día siguiente sólo se habló de la actuación del zorro y se hacían continuas bromas al respecto.

—Cocinera, ¿con qué ha dado vueltas a este cacao? —gritó Kevin, recordando la escobilla de Belén.

Todos nos reímos, menos los monitores. Uno de ellos se le acercó con cara de pocos amigos:

—¿Te gustan las vueltas, no?... Pues ahora mismo vas a dar doce vueltas al campamento, y sin desayunar.

A pesar de las bromas, el director no estaba de mal humor. Al contrario, parecía contento. Creíamos que nos dejaría sin tiempo de descanso o suprimiría el juego del zorro, pero estábamos muy equivocados.

—Escuchadme, chicos. Asumo la culpa de lo que pasó anoche —tosió, se aclaró la voz y prosiguió—. Se me olvidó marcaros unas importantes pautas. Os las voy a comentar ahora mismo y no las volveré a repetir —tomó aliento—. El zorro puede hacer cualquier tipo de broma, cuanto más imaginativa y sorprendente, mejor. Pero ha de cumplir estrictamente las siguientes reglas: 1º) está prohibido estropear o quedarse con las cosas de los demás; 2º) no se puede dañar a nadie; y 3º) nada de bromas de mal gusto o macabras. ¿Ha quedado claro?

Algunos compañeros respiraron aliviados, mientras que otros mostraron un cierto desencanto, y protestaban:

—¡Qué aburrido!

—¿Qué va a hacer el zorro, entonces?

Ya nos íbamos a dar media vuelta, cuando el director, añadió:

—¡Ah!, se me olvidaba: el zorro puede adoptar dos ayudantes. Yo le aconsejo al zorro del aire, sea quien sea —y se puso a mirar de izquierda a derecha—, que elija a sus zorrillos cuanto antes. Y para que se decida ya, vamos a desafiarse poniéndole una prueba de obligado cumplimiento. ¡Escuchad! El zorro tiene veinticuatro horas para... —hizo como si pensara— formar una zeta con las cuatro mesas del comedor.

—¡Menuda papeleta!

—¡Seguro que siempre habrá alguien cerca de la puerta, vigilando!

—¿Cómo entrar en el comedor sin ser visto?

—Muy fácil —dijo el chino, convencido—. *Caval* un túnel desde fuera con... estas *cuchalas* —y nos enseñó dos que se había guardado—. Así *loban* los bancos en las películas.

—Sí, pero... —dije, sin que se me ocurriera nada más.

—Yo no *sel* el *zolo*. Yo *sel* el *descublidol* del *zolo*. ¡*Tenel* un plan!

Aquella mañana hicimos la primera excursión del campamento. Salimos a recorrer los alrededores a paso de marcha. Íbamos los cuatro grupos en fila, y nosotros, el grupo azul, en cabeza, como si fuésemos los exploradores.

Tomamos la dirección contraria a la del día anterior, cuando Belén, David y yo decidimos explorar por nuestra cuenta.

Tras dejar atrás el pequeño monte del campamento, alcanzamos una llanura con algunos árboles. Al fondo se veía una carretera negra por la que no pasaban coches.

—Por allá se va al pueblo —dijo Zack, otro de los monitores—. Está a nueve kilómetros. ¡Un paseo para nosotros! Mañana iremos allí, pero lo haremos jugando a descubrir pistas en busca del tesoro, así será más interesante y habrá premio.

—¡¡¡Bien!!! —se oyó, como un alboroto.

Todos comenzaron a andar con más ganas y se rompió el orden de las filas. David y yo nos quedamos tan retrasados que Yolanda, nuestra monitora regresó a buscarnos. Esta vez no parecía una sargento.

—¿Os pasa algo, chicos? —preguntó con suavidad—. ¿Os encontráis bien?

—¡Ay, aquí! —me quejé, tocándome encima del estómago—. Me duele el flato. ¡Me duele!

—Tranquilos, descansad un poco, que no pasa nada. Ya los alcanzaremos luego. Estamos cerca.

Íbamos a sentarnos en el suelo, pero la monitora no nos dejó:

—¡No! ¡Levantaos! No conviene sentarse en una marcha. Luego es peor.

Ante este aviso comencé a andar despacio (en realidad no me dolía nada), mientras David, que miraba a derecha e izquierda una y otra vez, empezó a murmurar su frase favorita:

—¡Hummm! ¡Extraño, muy extraño!

—¿Qué te pasa?

David señaló un sendero empinado y casi tapado por los arbustos que había a nuestra izquierda y preguntó a la monitora:

—¿Adónde va ese sendero?

—A ningún sitio —la sargento lo pensó mejor, y aclaró—: ¡Ahora, a ningún sitio! Antes había un pueblo, pero lleva muchos años abandonado.

—¿Y cómo es ese pueblo fantasma?

—No he estado nunca, pero es muy pequeño. No debe de tener más de siete casas. Me lo ha contado Zack, que conoce mejor que yo la zona. Pero... —al ver que

cuchicheábamos añadió—: ¡Dejaos de tonterías! No es ningún pueblo fantasma. Solamente está abandonado. Lo mejor es que no se lo comentéis a nadie... —vio nuestros rostros, incrédulos, y gritó—: Es una orden. ¿Habéis entendido?

—¡Oh, sí, sí!

Cuando llegamos al mirador, todos estaban sentados con el bocadillo entre las manos. Esta vez no había que distribuirse por grupos. Vimos a Belén con el chino, que al final estaba en el equipo rojo, Kevin, Llorente y Cris, y hacia allí nos dirigimos.

Nada más acabar el bocadillo, David se levantó, llamó a Belén y los dos se fueron hacia el borde del mirador. Creí que estarían buscando una nueva ruta para explorar, pero debían de hablar de otra cosa, porque de repente vi a Belén que cogía a David por el cuello como si quisiera ahogarle.

—¡Ya ves! —comentó Cris—. ¡Siempre están peleándose!

—¿Sí? Yo es la primera vez que lo noto.

—Eso es porque no te enteras de lo que pasa a tu alrededor.

¿Qué había querido decir Cristina con aquella frase tan misteriosa? Estaba seguro de que esas palabras ocultaban algún misterio. Las mujeres son así, me lo dijo una vez mi padre.

Pero no pude seguir preguntándome nada más. Llegó Belén y, sin mirarme siquiera, soltó:

—Álvaro, David te espera allí. Me ha dicho que te avise.

—Vamos —dijo Cris, poniéndose en pie, dispuesta a acompañarme.

—No, tú no. Ese impresentable sólo quiere hablar con su amigo.

Corrí hacia David, lleno de curiosidad. Cuando llegué, abrió mucho los ojos y, como si lo dijera a cámara rápida, me sorprendió con una frase que no estaba seguro de haber entendido bien.

—¿Qué dices? —repetí—. ¿No me estarás tomando el pelo?

7. Confesiones a media voz

Cuando me lo contó, no me lo creí. Supuse que era una de sus bromas, pero empezó a darme detalles y entonces vi claramente que todo encajaba.

—¿Por qué no me dijiste antes que tú eras el zorro del aire?

—¿Para qué? Así tiene más emoción —se lo pensó un poco y añadió—: Además, el as de espadas me tocó a mí. Había sido yo el elegido, y quería disfrutar de mi triunfo. Pensaba decíroslo más tarde.

—¿Seguro? ¿O lo haces ahora porque no eres capaz de formar una zeta tú solo con las mesas del comedor?

—Bueno, por eso también, pero siempre pensé en vosotros como los zorrillos.

—¿Zorrillos? —aquello sonaba fatal, así que Inmediatamente le repliqué—. Si quieres que acepte, nada de zorrillo; yo también seré un zorro, como tú.

—Vale —contestó sin más discusiones.

—¿Se lo has dicho a alguien más?

—Sí, claro, a Belén. ¡Y no veas cómo se ha puesto!

Lo sabía. Entonces comprendí la escena en la que Belén intentaba estrangular a David.

—No es para menos. ¿Por qué atacaste precisamente a nuestras amigas?

—Pues por eso precisamente —y recalcó el «precisamente»—. Al ser amigas, nadie iba a sospechar de mí. Además, al meterme en el cuarto de las chicas, todo el mundo creerá que el zorro es una chica.

—¡Cierto!

Estaba pensado con lógica.

—¡Lo he aprendido en los juegos de la Play! Si quieres que no te descubran, tienes que disimular, desviar la atención, y aquí...

—Sí, pero ¿cómo entraste en el cuarto sin despertar a las chicas?

Se rio.

—Es que el zorro actuó antes.

—¿Antes? —no lo entendía.

Habíamos estado todos juntos y bajo la mirada de los monitores durante el día. Sin embargo, había algo que pasaba por alto, y David me lo recordó.

—¿Te acuerdas de cuando jugamos a lo del chocolate?

—¡Ah, claro! —lo pesqué de golpe—. Así que saliste voluntario con Gloria o Gracia o Gemma o como se llame y te tiraste el tazón encima a propósito para largarte de allí a cambiarte, mientras nosotros...

—Elemental, querido Watson —suspiró, orgulloso.

Además de los juegos de la Play, David tiene todas las novelas de Sherlock Holmes.

—¡Muy bueno!

Al regresar hacia el campamento, David, Belén y yo nos quedamos al final del grupo y nos pusimos a pensar en cómo podíamos superar la prueba del director. Para colocar las mesas en forma de zeta se necesitaban tres personas: una que vigilase y dos que actuaran dentro del comedor.

Si ya resultaba difícil que uno se despistase de los demás sin llamar la atención, tres a la vez era un asunto muy complicado. David, tan optimista como siempre, no le dio importancia. Al contrario, al vernos tan confundidos, exclamó:

—No os preocupéis. Aún tenemos veinte horas. Y estamos juntos, ¿no?

Sí, estábamos juntos, que es lo que yo quería cuando decidimos venir al campamento, pero no todos. Cris, entre Kevin y Héctor, se reía y parecía haberse olvidado de nosotros. En ese momento se me ocurrieron mil bromas que el zorro debería gastarles a aquellos dos tipos que estaban deshaciendo la pandilla de Los Sin Miedo. Quería actuar, dejarlos en ridículo delante de todos.

En esas estaba cuando se nos acercó Chuenlín.

—¡Esta noche *habel ladio*, esta noche *habel ladio*! —repitió, ilusionado.

David y yo nos miramos como si nos estuviera hablando en chino. Belén nos lo interpretó:

—¡Qué bien! Esta noche comienza la radio —y ante nuestra mirada, que seguía igual de sorprendida, prosiguió—: Nos lo contó Héctor a Cris y a mí el primer día, ya sabéis. En este campamento hay una emisora de radio y Yolanda, nuestra monitora, que está estudiando Periodismo, trasmite para todos nosotros: pone música dedicada, comenta la jornada y lee los mensajes que le envían. En el despacho del director hay un ordenador, un poco antiguo, pero tiene Internet, un equipo de música y un equipo de mezclas algo primitivo...

—¿Se pueden enviar las dedicatorias por *e-mail*? —preguntó David.

—¡Qué vago eres! Tampoco cuesta tanto escribir en papel con un bolígrafo... —suspiré.

Chuenlín, como ya había estado en el campamento, contestó:

—Oh, sí. Yo *sabel* el *coleo* de la *ladio*. Una vez un chico le mandó una canción que había hecho a una chica. La cantó y la chica se puso *cololada*, *cololada* como la..., como la...

—¡Qué más da como qué! —le interrumpió David—. El caso es que sí que se puede... —y se quedó retrasado.

Le brillaban los ojos de una manera malévola. Algo estaba tramando.

A pesar de ser cuesta abajo, el camino de regreso al campamento nos dejó agotados. Los monitores nos vieron sin fuerzas y dijeron que, por esta vez, podríamos descansar antes de la cena.

Corrí a tirarme en la litera y me imaginé que David haría lo mismo, pero cuando

entramos al cuarto me dijo muy serio:

—¡Álvaro, tenemos que hablar!

—¿De qué? —estaba a punto de cerrar los ojos.

—Es algo importante. Vamos, salgamos. Aquí... —y miró alrededor— hay demasiada gente. Además, no te conviene dormir ahora, que luego por la noche no podrás.

Salté de la cama y salimos del edificio. Fuimos hacia los bancos más alejados. Creí que me explicaría algún plan para la prueba de las mesas, pero me extrañó que no estuviera Belén con nosotros.

Las primeras palabras de David me descolocaron.

—¿No te parece Gloria una chica muy guapa?

—¿Qué quieres decir? —no entendía a qué venía aquella pregunta.

Normalmente, David y yo nunca hablamos de chicas, así que me quedé desconcertado. Supuse que le gustaba, algo que me sorprendió, pues le sacaba la cabeza, y como sabía que Gloria nunca le haría caso, traté de que no se ilusionara demasiado.

—¡Oh, sí!, Gloria es guapa, pero ¿no te has dado cuenta de que suda demasiado?

—¿Seguro?

Me lo estaba inventando. Era la primera vez que a mi amigo le gustaba alguien y se fijaba precisamente en ese tipo de chicas que sólo tienen ojos para los chicos mayores, altos, guapos, deportistas, con ojos verdes, moto y... Estaba claro que David no era uno de sus objetivos. Así que volví a atacar.

—Desengáñate. A Gloria, Gracia y Gemma lo único que les importa es ver lo bien que les queda el pelo. A ti te conviene alguien más normal y cercano, alguien como...

—¿Como Cristina?

—¡No, Cristina, no! —solté inmediatamente, como si me hubiese pinchado.

—¿Por qué?

—Pues porque Cris... ¡me gusta a mí! —dije sin pensar, y al darme cuenta de mis palabras, traté de rectificar—. Bueno, no me gusta. O sí. No sé. No le digas nada a ella, que es una amiga y no quiero estropearlo. No sé, ni yo mismo lo entiendo. Héctor y Kevin andan detrás de ella, pero eso no me preocupa. A Héctor le gustan todas. Y el sabiondo de Kevin nunca sabría hacerle una canción...

—¿Le has escrito una canción? —se sorprendió David.

—Sí, pero muy tonta.

—¡Cántamela!

—No.

—¡Sí, *porfa*...!

—Es que aquí, y así, sin música... —David me miraba con los ojos de cordero

degollado y lo pensé mejor—. Bueno, cantaré un poco, pero bajito.

—¡Acércate más aquí! —me dijo.

—¡Oh, Cristina, Cristina! —comencé a entonar—, eres como una bailarina. Pasas, pasas y pasas, y mi corazón traspasa...

—¿Ya está? —dijo desencantado.

—Es que estoy comenzado. Ese es el estribillo. ¿Qué te parece?

David se encogió de hombros, reflexionó un poco y, como si fuese un crítico musical, concluyó:

—Bueno, las de Alejandro Sanz tampoco son tan diferentes, pero él canta mucho mejor que tú.

Fue una conversación extraña y extraño fue todo lo que ocurrió aquella tarde. Estábamos tan a gusto que casi me dio pena que llegara la hora de la cena.

En el comedor, ni una sola vez vi a David mirar disimuladamente hacia Gloria y sus amigas. Sin embargo, yo no quitaba el ojo a Cris, que se había sentado al otro lado de la mesa, con sus dos inseparables compañeros.

La cena fue rápida y recogimos las mesas a toda velocidad. Los monitores ya nos habían anunciado la sesión de radio de esa noche y se notaba que todos estábamos ansiosos por escucharla. Bueno, todos no. A mí, me daba igual.

Salimos al exterior y nos sentamos libremente en círculo alrededor de una hoguera pequeña. David fue el último en llegar y se colocó en un sitio lejano y oscuro, donde apenas se le veía.

Fui a buscarle.

—¿Por qué te quedas aquí, tan apartado de todos?

—Es por el fuego. No puedo respirar bien si estoy cerca. Quédate conmigo, que no quiero estar solo.

—¡Está bien!

Y de pronto, en aquella oscuridad luminosa del campamento, por encima del pequeño alboroto y las risas, una voz firme y cálida surgió por los altavoces y se impuso en la noche.

—Buenas noches, amigos, os habla Yolanda Taberna desde el Campamento del Aire...

—¿Esa es la sargento? —pregunté a David y posiblemente nos lo preguntamos todos—. ¡Parece otra! ¡Hay que ver cómo cambian las voces en la radio!

—¡Y más que pueden cambiar! —suspiró David, misterioso.

—¿Qué?

—No, nada —dijo mi amigo.

Se apartó un poco y me sorprendió verle con un móvil, que trataba de disimular entre las manos. Era peligroso. En el campamento, como en el colegio, estaban prohibidos los teléfonos. El primer día nos dejaron bien claro que los guardáramos en

el fondo de las mochilas o se los diésemos a ellos para que nos los guardaran, y que si nos veían con uno en la mano nos lo requisaban. El teléfono de mi amigo era un último modelo con cámara de siete millones de píxel, grabadora, juegos en tres dimensiones, *bluetooth*, Internet... ¡Una maravilla!

La voz de la monitora, como si fuese una presentadora de verdad, seguía hablando sin equivocarse. No me acuerdo de lo que dijo, pero sé que enseguida pasó a los discos dedicados, y como era la primera sesión, y así lo comentó ella, los discos los habían pedido los que ya habían estado otros años.

—El primero es de Jordi. Quiere desear una feliz estancia a sus nuevos compañeros...

Todos miraron al chino, que estaba colorado pero feliz al verse reconocido.

—El segundo disco nos lo ha pedido...

—¡Ahora viene el mío! —Héctor se lo decía a Kevin, a la vez que miraba hacia Cris.

Pero Yolanda, de repente, dejó de leer la dedicatoria.

—Hum, qué sorpresa —comentó—. Me acaba de entrar en el ordenador un mensaje que dice: «LEER AHORA». No sé quién puede ser este misterioso oyente. Yo estoy tan sorprendida como vosotros. Vamos a abrirlo para ver qué es lo que nos pide. ¡Qué emoción!... El directo es así. Vaya, no está firmado, y nos viene con un mensaje adjunto. A ver ¡Parece un archivo de música! ¿Qué canción será?...

—¡Larguémonos ahora! —me dijo David, poniéndose en pie.

—¡Espera, que estamos en lo mejor del programa!

—¡Por eso! ¡Ahora todos están pendientes de la radio y no se darán cuenta de nuestra huida! ¡Corramos!

8. Un despertar muy movido

Nos levantamos temprano. David y yo queríamos ver las caras de sorpresa de nuestros compañeros cuando descubriesen que el zorro había actuado de nuevo y había cumplido con la prueba a la que le retaron: las cuatro mesas del comedor formaban una zeta perfecta.

Cuando entramos, sólo estaban la cocinera, un monitor y unas cuantas chicas que no sabían qué hacer ni dónde sentarse. Belén se nos acercó:

—¿Por qué no me habéis avisado? —también ella estaba sorprendida—. ¿Cuándo lo habéis hecho?

—Fue anoche, mientras lo de la radio.

Lo pensó un momento y añadió, complacida:

—¡Muy bueno!... No podíais haber elegido mejor momento —se rio y nos miró—. ¿Así que no oísteis nada?

—No —dijo David—. Sólo unas carcajadas. ¿Alguien mandó un chiste a la radio?

—¡Oh, no! Fue mucho mejor. Era una grabación en la que un tipo con voz de pito, porque lo había grabado a velocidad ultra rápida, decía cosas muy divertidas de las Barbies... Ya sabéis, Gloria, Gracia y Gemma, esas tías que sólo están pendientes de su pelo y creen que esto es un desfile de modelos.

De pronto me puse rojo y me quedé mudo. Había algo de aquel asunto que empezaba a resultarme familiar. Tan sólo dije:

—¡Glugs!

—Lo más gracioso fue lo de Cristina —Belén se calló al ver entrar a nuestra amiga.

Nada más aparecer por la puerta, dos chicos del grupo verde cantaron a su paso:

—¡Oh, Cristina, Cristina, eres como una bailarina!

—¡Idiotas! —contestó Cris, y se acercó hacia nosotros—. ¡Me quiero ir de este campamento! ¡Hoy mismo llamo a mi madre para que venga a buscarme!

—¿Te vas a enfadar por una bromita de dos memos? —le replicó Belén.

—Es que no son sólo esos dos —clamó Cris, señalando a los que le acababan de cantar—. Desde que me he levantado, casi todos los chicos con los que me he cruzado no han parado de cantarme eso de que soy una bailarina, como si fuera gracioso... —cada vez estaba más irritada—. ¡Como encuentre al tipo de la voz de pito que quiso reírse de mí, se va a reír de...!

—¡Glugs! ¡Glugs!

En esos momentos miré a David, que miraba hacia todos los lados excepto a uno, que era mi cara: intentaba hacerse el despistado. Demasiado tarde comprendí la jugarreta de mi amigo y me di cuenta de que en la conversación del día anterior sobre

las chicas, yo era el conejillo de indias para sus experimentos.

En cuanto se fueron nuestras amigas, David señaló:

—¡No te lo tomes a mal! ¡Ha sido una maniobra de distracción! Cuestión de estrategia.

—¡Me lo podías haber dicho!

—¿Y hubieras aceptado?

—Hacer el payaso, el idiota, el imbécil, ridiculizar a Cris... ¿Estás loco? ¿Cómo iba a aceptar?

—Pues por eso.

La situación no era grave, pero sí un poco humillante, aunque me di cuenta de que tenía consecuencias positivas: de pronto Cris prefería estar con nosotros, sus amigos de verdad, en vez de con Héctor y Kevin, que también le habían tarareado la canción.

«¡Al final va a merecer la pena haber hecho el ridículo!», me dije. «¡Mientras no se entere nadie, claro! ¿Pero quién se va a enterar?», me repetía tan tranquilo.

Era imposible. Eso pensaba, hasta que Héctor, que andaba en el otro extremo de la mesa, se acercó a nosotros y, mirando a Cris, preguntó:

—¿Te gustaría saber quién ha sido el idiota que te cantó la canción esa de...?

—Lo estoy deseando —le cortó ella—. ¿Se puede averiguar?

—Claro —dijo Kevin, que había seguido a Héctor—. Recuperamos el mensaje que mandaron por Internet, lo reproducimos a velocidad lenta, y ya está: se oirá normal. No me será difícil entrar en el correo que tiene la monitora para sus cosas de la radio.

—Yo pediré a mi tío las llaves de su despacho para usar su ordenador. Tengo la clave de acceso —concluyó Héctor.

Miré a David con ganas de estrangularle. Debió de entenderme perfectamente porque se levantó de la mesa y salió corriendo.

—¿Qué le pasa a ese? —preguntó Belén.

—Habrá ido al váter —no quise contarle nada—. Ya sabes cómo es David.

Nadie sabe en realidad cómo es David exactamente, pero cuando decimos «¡ya sabes cómo es David!», nos entendemos con toda claridad.

Lo curioso fue que su escapada resultó contagiosa.

Nada más desaparecer por la puerta, Llorente se levantó y corrió tras él. Y también dos chicos del grupo verde. E incluso el Madelman, y las Barbies, las tres a la vez, y...

—¿Qué está pasando? —dijo Cris, y miró hacia las enormes cacerolas llenas de leche con cacao—. ¿Hay fuego?

De pronto Héctor y Kevin también se fueron sin decir nada más. Nuestra monitora, al ver que éramos los únicos que estábamos en la mesa y con el cacao sin empezar aún, dijo:

—¡Aquí ha pasado algo! ¿No sentís nada raro?

—No, ¿por qué? —contesté con la taza en la mano.

No había empezado a desayunar, pero tantas carreras ajenas me habían despertado el apetito.

—¡Uff, mis tripas! No puedo... —Yolanda se llevó la mano a la cintura y se echó a correr, como fueron haciéndolo casi todos los demás.

En el comedor quedábamos exactamente seis: nosotros tres, dos chicas de la mesa verde con su cacao sin empezar y Chuenlín, que estaba apurando el desayuno de sus compañeros.

Antes de que dijésemos nada, percibimos un olor asqueroso, y más asqueroso a medida que salíamos y nos acercábamos a los váteres.

Allí descubrimos a todos los huidos.

—¡La leche estaba mala! —dijo Cris al ver aquel panorama.

—¡Menudas diarreas! —suspiró David, tapándose las narices.

—¡Andábamos tan centrados en el asunto de la canción de Cris que nosotros ni habíamos empezado a desayunar! —comentó Belén—. ¡Menos mal!

—¿Qué es aquello? —me acerqué a los servicios, seguido de David.

—¿Hummmm? ¡Qué extraño!

—¡El zorro! ¡Esa «Z» es del zorro! Así que el zorro ha echado laxante en la leche... —y me reí—. ¡Menuda gracia!

—¡De verdad que yo no he sido! —me susurró al oído mi amigo.

—No pasa nada, no me voy a enfadar, pero podías haber contado conmigo. Es una broma sonada. ¿Dónde conseguiste el laxante?

—¡De verdad que yo no he sido! —insistió David.

Y yo le creí.

Fue una mañana muy agitada. A nosotros se nos quitaron las ganas de desayunar, y a los demás, las ganas de hacer cualquier cosa que les alejara de los servicios. En cuanto se movían un poco sentían cómo se les retorcían las tripas y echaban a correr de nuevo.

—¿A qué grupo le tocaba hoy limpiar los baños? —preguntó David.

Dada aquella situación de emergencia, nos dejaron la mañana libre para que nos recuperásemos. La excursión se trasladó a la tarde.

Como Yolanda y el Madelman estaban también afectados, los otros dos monitores, Zack y Xira, corrieron al pueblo a buscar algún medicamento contra la diarrea masiva.

Cristina se fue a su cuarto y nos quedamos los tres dando vueltas al asunto.

—Si tú no has sido el que ha hecho esta broma, David, ¿quién ha sido? —preguntó Belén.

—No lo sé, pero alguien me ha robado una zeta. ¡Vayamos a mirar! Quizás

encontremos huellas.

David rebuscó en el fondo de su mochila, contó las firmas del zorro y comprobó que todavía le seguían quedando ocho. Nadie las había tocado.

—¡Es extraño, muy extraño! —suspiró.

Comenzamos a pensar en quién podría tener alguna zeta de esas, hasta que Belén abrió mucho los ojos y gritó:

—¡Ya lo sé! ¡Es el director! No hay otra posibilidad.

—No lo creo —la contradije—. Tiene el despacho demasiado cerca de los servicios y están llegando ahí todos los olores. No le merecería la pena gastar esta clase de broma. Además, ¿para qué? Es el responsable de todo lo que ocurre en su campamento, y esto no es muy buena propaganda.

—¡O sí! —dijo David—. Además, ha desaparecido. ¿Alguien lo ha visto en toda la mañana?

—Es cierto. Suele desayunar con nosotros —apuntó Belén—. ¿Dónde se habrá metido?

En esos momentos pasó por allí nuestra monitora y le preguntamos por el director.

—Se ha ido muy pronto. Tenía que preparar las pruebas de la excursión al pueblo de esta mañana. Por eso se adelantó y... —se interrumpió y se fue corriendo hacia los servicios, alarmada—. ¡Uff, cuando se entere de esto!

Los tres nos miramos algo confusos pero con una idea clara:

—¡Es el director!

9. Tras la pista de un tesoro

Quizás no fue una buena idea forzar la excursión al pueblo ese mismo día, pero el director había madrugado para preparar las pruebas y los monitores no quisieron llevarle la contraria.

Sólo Yolanda, que con sus tripas revueltas no se sentía muy segura al andar, se quedó en el campamento al cuidado de los ocho o nueve compañeros que seguían para el arrastre, más pendientes del WC que de cualquier otra cosa en el mundo.

Cuando ya íbamos a partir, la sargento nos llamó a unos cuantos de su grupo:

—¡Cuidad a Inés!

—¿Qué? —dijeron al mismo tiempo David y Kevin.

Los demás tuvimos la misma duda:

—¿Quién es Inés?

—Inés es vuestra compañera, ¿o es que no lo sabéis? También pertenece a vuestro grupo, el azul.

—Ah, esa que siempre está llorando y quiere irse a casa —dijo David.

—Sí, haced que se integre, que participe, hacedla sentir importante —luego miró al sobrino del director—. Tú, Héctor, que ya has estado aquí otros años, deberías saber cómo son estas cosas.

—¿Yo?... —no le gustaba que le comparasen con una niña llorosa—. ¡Yo nunca he tenido esos problemas!

—Por eso mismo. Hay que conseguir que se divierta, que se sienta comprendida, que esté a gusto.

Hablando así, Yolanda no parecía la sargento de hierro que creíamos que era. Cris, a la que le gusta luchar por las causas perdidas, fue la primera en apoyar sus palabras.

—La integraremos, monitora. Vamos a conseguir que Inés no quiera volver a casa en su vida, ya veréis. ¿Verdad, chicos? —y nos miró a todos, que asentimos sin saber muy bien en qué consistiría su plan.

Después de comer y descansar un poco, comenzó la excursión o, mejor dicho, la prueba. Los cuatro equipos estábamos en la línea de salida a las tres en punto, preparados, listos y ya dispuestos para correr en cuanto lo anunciara uno de los monitores.

—¡A ver, chicos: *one, two, three...*! ¡Atentos!

El Madelman era el encargado de dirigir el juego, ayudado por Zack y Xira. Nadie recordaba su nombre y empezamos a llamarle Wanchu por su afición a comenzar con: *one, two...* siempre que se dirigía a nosotros.

El juego era muy sencillo: habían escondido un tesoro en el pueblo y nosotros debíamos encontrarlo siguiendo las pistas que nos habían dejado en el camino. Para

no ir todos juntos ni tropezarnos los unos con los otros, cada equipo tenía sus propias pistas. La última era común y conducía directamente al tesoro.

Así que, en fila, mirando atentamente al frente, esperábamos atentos el primer mensaje. Wanchu habló:

—Tenéis que buscar un sobre que sea del color de vuestro equipo, ¿lo entendéis? ... Los verdes han de buscar un sobre verde, los rojos...

—¡Síiiiiiii, lo entendemos! —voceamos unos cuantos.

Creo que no valoraba suficientemente nuestra capacidad mental.

—Ese primer sobre se encuentra en el campamento, delante de nuestras narices. De hecho, desde aquí —estaba en lo alto de una mesa y giró su cabeza ciento ochenta grados— veo los cuatro: *one, two, three, four*... Ese sobre, primera pista que os doy, está colocado en algún lugar que tiene relación con el color de vuestro equipo. Ya sabéis, el verde en...

—¡Síiiii! ¡Lo sabemos! —volvimos a gritar, y comenzamos a dar vueltas sin sentido por el campamento.

Cristina fue la única que no se movió. Al verla tan quieta me acerqué:

—¿Qué estás tramando?

Sabía que pensaba en algo. Conocía bien ese gesto.

—¡Ayúdame! ¿Qué es lo que hay por aquí relacionado con el azul?

—El cielo —dije, alzando la cabeza—. El..., el..., el... —miré alrededor—, el... mar, pero aquí no hay ningún mar cerca —señalé, desencantado.

—¿Seguro?

Aquella interrogación quería decir algo. Vi cómo Cris giraba la cabeza hacia la caseta donde estaba el despacho del director, me miró, como diciéndome que la siguiera, y corrió hacia allí.

Al lado de la puerta había un cartel que anunciaba CAMPAMENTO DEL MAR. En la fotografía se veían unas tiendas de campaña y una casa pequeña al pie de un monte, cerca de la playa.

—¡Ahí está! —señaló, segura.

Detrás de aquel cartel enmarcado se ocultaba nuestra primera prueba.

Llamamos al resto del grupo y Cris comenzó a leer:

—Es una adivinanza. A ver si acabamos la rima entre todos. Dice: «Si miras se ve, / si te vas, se pierde; / porque lo que es / es un...».

—Un moco verde —soltó el chico que estaba aliado de Inés.

Todos le miramos con asco procurando que no nos rozara.

—Es algo que muerde —dijo David, sorprendido por su habilidad—. Ya está. ¡Un perro!

—¿Cómo van a dejar un sobre en un perro? —le cortó Belén—. Además, ¿dónde ves por aquí a un perro?

Lo único que había a nuestro alrededor eran rocas, y árboles, muchos árboles que...

—¡Ya lo sé! —dije, convencido—: ¡Un pino verde!

—¡Claro!

Al instante echamos a correr en dirección al bosque, que estaba de camino al pueblo. Subimos la cuesta y, una vez que llegamos allí, tropezamos con tantos pinos juntos que nos entró el desánimo: el bosque se extendía hasta el final de nuestros ojos. No podíamos buscar en cada uno de los árboles, perderíamos toda la tarde.

Aun así, nos desperdigamos entre ellos. Sólo Cris se quedó inmóvil y al verla así de nuevo fui hacia ella.

—¿En qué piensas?

—Ven, acompáñame.

Bajamos rápidamente hacia el campamento.

—¿También tú tienes la tripa revuelta?

—¡No, vente para acá!

Nos dirigimos al punto de partida, a la puerta del despacho del director. Una vez allí se puso a mirar en dirección al bosque.

—¿Qué estamos buscando? —pregunté.

—Nos hemos precipitado. La clave está en los versos del principio: «Si miras se ve...». Lo lógico es que haya que mirar desde aquí, porque luego dice: «si te vas se pierde».

—¡Cierto! —dije, pero no lo veía tan claro—. ¿Qué es lo que se ve? ¿Qué es lo que se pierde?

—¡Tiene que ser un pino verde!

Desde donde estábamos fuimos avanzando, paso a paso, en dirección al bosque sin dejar de mirar muy atentamente todos los árboles en la distancia, y fue entonces cuando me di cuenta: a nuestra derecha se veía claramente un pino que, si seguíamos caminando, salía de nuestro campo de visión, dejaba de verse.

—¡Ya está! —le anuncié a Cris, dando un paso hacia atrás—. ¡Ese es el árbol que estamos buscando!

—¡Muy bueno, Álvaro! —dijo Cris, que retrocedió y se puso a mi altura—. ¡Ya ves, juntos formamos un buen equipo!

—¡Como siempre! —suspiré, orgulloso, mientras corríamos hacia el bosque.

Enseguida alcanzamos el pino verde, en cuyas ramas, sujeto con una pinza, había un sobre azul. Antes de abrirlo, llamamos a los demás.

La siguiente prueba nos conducía al mirador donde merendamos el día anterior.

Veloces, partimos hacia aquel lugar que ya conocíamos. Al comprobar que David no venía con nosotros, me giré y le vi detenido en mitad del recorrido.

—¿Qué pasa? ¿Te encuentras mal? —le pregunté en cuanto llegué a su altura.

Estaba agachado en la desviación hacia el pueblo deshabitado del que nos habló la monitora.

—Hay alguien —dijo en voz baja, sin apenas moverse—. En ese pueblo fantasma hay alguien.

—¿Qué dices? ¿Estás loco?

—Seguro. He visto unas huellas, unas huellas de botas. ¡Míralas, ahí!

—¡Los fantasmas no dejan huellas!

—Pues peor. Alguien vive en ese pueblo deshabitado. La sargento nos engañó.

Estábamos tan centrados en esta conversación que no nos dimos cuenta de que los demás ya habían hallado el sobre y nos esperaban para leerlo. Belén nos llamó y no tuvimos más remedio que dejar aquel misterio e ir corriendo a su lado.

No fue una prueba difícil.

Y así, uno a uno, fuimos adivinando los mensajes de todos los sobres, y al fin llegamos al que nos llevaría directamente al tesoro.

No éramos los únicos: el equipo verde también estaba abriendo su sobre no muy lejos de nosotros, y el equipo rojo parecía haber descubierto la clave final, pues se lanzó antes que nadie cuesta abajo, hacia el pueblo.

Había que darse prisa.

—A ver, Héctor, ¿quieres leer de una vez?

—«Aunque no llegues al pueblo / tendrás tumbado el tesoro, / como una cruz en el cielo, / brillará aún más que el oro» —tragó saliva y, perplejo, soltó—: ¿Esto qué es?

—Otra adivinanza —dije yo, por si no lo había comprendido aún.

—¡Corramos! —dijo David, mirando al equipo verde, que se disponía a entrar en acción—. ¡Que esos también se nos adelantan!

—Sí, ¿pero hacia dónde vamos?

—Hacia el pueblo, como todos. ¿No es así?

—Sí —dijo Cris, convencida, y luego añadió—, pero no.

—¿Qué quieres decir? ¿Sí o no? Date prisa. Los verdes ya han llegado al pueblo, y los rojos...

—Peor para ellos —dijo.

Sonrió al ver que el equipo de las tres GGG también se adentraba en el pueblo y señaló hacia el fondo:

—Ahí está la solución.

Desde lo alto de la cuesta vimos una pequeña tapia blanca. Por encima de ella asomaban tres cipreses.

Era el cementerio.

—¿No os acordáis de la adivinanza? —dijo Cris, y empezó a recitarla—. «Aunque no llegues al pueblo...».

—Claro —y proseguí—: «Tendrás tumbado el tesoro». ¿Lo oís? Tumbado de tumbas... —miré a Cris, y le dije en voz baja—: Formamos el mejor equipo, ¿eh?

Pero Héctor me oyó y estúpidamente se sumó.

—¡Claro, el que esté conmigo siempre estará en el mejor equipo!

Me lancé a correr hacia el cementerio para no escuchar otra tontería. Belén me adelantó, mientras David nos miraba a todos tranquilamente. Desde lo alto veía el panorama y, de pronto, echó a correr como un caballo desbocado.

—Lo han descubierto. El equipo rojo ha dejado el pueblo y viene hacia aquí. ¡Y no sabéis cómo vuelan Gloria y sus amigas! Esta vez no les importa despeinarse.

Nada más decirlo, vimos a las Barbies y a Belén corriendo, desde puntos distintos, hacia la misma puerta del cementerio. Como estaban más cerca, Gloria y Gemma entraron las primeras. Se nos habían adelantado, pero esperábamos que no hubiesen adivinado el lugar exacto del tesoro.

Nosotros ya lo sabíamos. Tenía que estar en la tumba que tuviese una cruz dorada, y si había más de una cruz, en la más alta. Belén se dirigía directamente hacia allí, y saltando entre tumbas (algo que no se atrevieron a hacer las Barbies), alcanzó la meta. Encima de la lápida, cubierta por una corona de flores muertas y varios ramos más, había una caja de metal que Belén tomó entre sus manos, triunfante. La elevó al aire como si fuese la copa de campeón del mundo.

Todo nuestro equipo empezó a aplaudir en cuanto entramos.

—¡Enhorabuena! —dijo una Gracia desconocida—. Y ahora, Belén, abre la caja de una vez. A ver en qué consiste ese tesoro.

—¡Espera! —dijo Cris, y recordando las palabras de la monitora, nos preguntó—: ¿Qué os parece si dejamos que sea Inés quien la abra?

—Claro —acepté yo, y le susurré al oído a Belén—: Así se sentirá más integrada y dejará de llorar y de querer irse a casa.

Belén colocó la caja encima de la tumba, y Cris le dijo a Inés que tenía el honor de mostrar a todo el campamento el tesoro que había hallado el equipo azul, el mejor equipo del mundo.

Entonces vimos a Inés sonreír por primera vez desde que llegó.

Muy ceremoniosamente abrió la caja y, sin dejar de mirarnos, metió sus manos en el interior. Y de pronto...

—¡AAAHHHH!

Se miró las manos, heridas, manchadas de sangre, y siguió con su «¡Ahhhhhhhhhhhhhn!», al tiempo que gritaba, casi histérica:

—¡Asesinos! ¡Asesinos!

10. El juego continúa

No podíamos callarla. Inés daba vueltas por el cementerio como si fuese un fantasma, gritando:

—¡Hay un asesino, hay un asesino! —y después, llorando, clamó—: ¡Me quiero volver a mi casa! ¡Me quiero volver a mi casa ya! ¡¡¡Odio este campamento!!!

Rápidamente fuimos a mirar la caja, pero nadie se atrevía a meter la mano en ella; ni siquiera, a levantar la tapa.

Al fin, Wanchu se acercó, la puso boca abajo y, sobre la lápida de una tumba, cayó el tesoro, lo que tanto había asustado a Inés: una paloma muerta, con la garganta aplastada, llena de sangre y... ¡una zeta del zorro!

David me miró rápidamente, yo miré a David, y Belén nos miró a los dos, convencida de que habíamos sido nosotros.

El camino de regreso fue muy distinto al de la ida.

—¡OS habéis pasado! —nos echó en cara Belén.

—Nosotros no hemos sido. ¡No hemos hecho nada!

—¡Pobre Inés!

Aquella paloma muerta había cambiado todos los planes.

Ni siquiera entramos al pueblo para hacer compras.

Todos en fila, callados pero cuchicheando los unos con los otros, nos dirigimos hacia el campamento como si formásemos una procesión de Semana Santa. De vez en cuando se oía suspirar a Inés, y repetir:

—¡Quiero volver a mi casa! ¡Este lugar es horrible! ¡Quiero volverme!

No fue la única. Su histerismo resultó contagioso. Los tres monitores que nos acompañaban se mostraban preocupados. Xira abría la marcha; Zack, la cerraba, y entre nosotros caminaba Wanchu con la caja y la zeta encima. Estaba convencido de que el juego del zorro se les había ido de las manos y quería informar al director para que tomara medidas urgentes.

Aquella noche, durante la cena, no se hablaba de otra cosa que de la paloma asesinada, y se oían todo tipo de comentarios sobre quién podía ser ese misterioso zorro tan sangriento. Algunos pensaban que era Héctor, el sobrino del director, porque Inés, que se sentó lo más alejada posible de él en la mesa azul, le acusó en una voz tan alta que lo oyó el comedor entero:

—¡Tú eres el zorro! ¡El vil zorro! Y además, eres un cobarde.

Todos enmudecieron y miraron, con ansias y curiosidad, hacia Héctor. David me preguntó qué significaba «vil», pero yo estaba en otra parte: tratando de disimular la risa ante aquella situación que realmente me gustaba.

Héctor se defendió.

—¡Estás equivocada! ¿Cómo voy a ser yo el zorro? ¿Cuándo he podido poner la

paloma? No me he movido del campamento, siempre he estado aquí. Cristina lo sabe bien. ¡Díselo tú!

Cris iba a hablar, pero Inés prosiguió:

—Ella es tu ayudante. Ella también está metida en esto. Seguro. Ella fue la que acertó las pruebas, ahora está claro...

—Oye, Inés —interrumpí, tratando de defender a mi amiga—, que fui yo el que adiviné lo de las tumbas y yo no...

—Ya sé que tú no podrías ser el zorro, aunque quisieras. No tienes pinta. Lo tuyo fue una casualidad, pero...

Inés no había hablado casi nada y con nadie durante los primeros días, pero se defendía bien.

Aquella era una conversación fuera de lugar, cargada de malos sentimientos, que sólo podía hacernos daño y así lo entendió nuestra monitora, que nos mandó callar.

Se hizo un silencio tan tenso que se oían más los latidos de nuestros corazones que el ruido de los cubiertos. Y en aquel momento sonó el altavoz:

—¡David Plata Moreno, al teléfono!

—¡Tus padres! —supuse—. ¿No les dirás que vengán a buscarte?

El teléfono del campamento sólo funcionaba a la hora de la cena y únicamente para recibir llamadas importantes.

Cuando David regresó, volvió a mi lado y en voz baja me dijo:

—Era el director.

—¿El director te ha llamado por teléfono?

—No. La llamada era una excusa para hablar conmigo sin levantar sospechas. Recuerda que somos..., que soy el zorro.

—¡Se habrá enfadado mucho, claro! ¡Te habrá dicho que no vuelvas a hacer nada más! ¡Habrá anulado el juego!

—¡Qué va, qué va! Me ha dicho que siga actuando, que ahora es más necesario que nunca.

—¡No lo entiendo!

—Quedamos luego con Belén y os lo explico —y siguió comiendo como si estuviera muerto de hambre—. Además —dijo entre bocado y bocado—, me tenéis que ayudar. Esta noche necesito vuestra cooperación. Va a haber un fuego de campamento para relajar los ánimos y entonces será nuestro momento.

Cuando salimos del comedor, David nos contó su conversación.

El director pensaba que la broma del laxante había rayado el límite, pero tenía su gracia y la había pasado por alto. Sin embargo, le horrorizó lo de la paloma muerta.

—Dijo que estaba fuera de lugar —continuó contando David—, y se enfadó muchísimo. Me miraba como si fuera un psicópata o algo así.

—¿Amenazó con expulsarte? —le preguntó Belén.

11. Una sorpresa colgada del cielo

No pude dormir bien. Pusimos el despertador media hora antes de tocar diana. Para no alertar a los demás, lo dejamos sin sonido, sólo con la vibración. Era la primera vez que probaba ese método, pero no podía fallar: si nos quedábamos dormidos, todo el plan se vendría abajo, y entonces no habría servido de nada el trabajo de la noche.

Fue agotador, pero por una vez resultó tan divertida la broma en sí como planearla.

Mientras los demás seguían, muy atentos, las payasadas de nuestros monitores en torno al fuego de campamento, David, Belén y yo nos despistamos del grupo. Nadie se enteró.

Moviéndonos como sombras, llegamos hasta los dormitorios de los chicos y las chicas y recogimos todas las bragas y calzoncillos que pudimos: unos treinta, más o menos, pues dejamos a un lado los que estaban demasiado arrugados, no tenían buena pinta o...

—¡Uff, qué asco! —dijo David, al tocar uno—. Teníamos que haber traído unos guantes, como hacen los del CSI.

—¡Oye, que eso no es un cadáver! —apunté.

—Ya, pero... —y arrugó la nariz— ¡huele peor que un muerto!

—Será porque...

No pudimos acabar aquella interesante conversación: Belén, nos interrumpió.

—¿Podéis dejar de decir tonterías para concentrarnos en lo que tenemos entre manos?

Yo prefería no mirarlo.

—Venga, chicos. No disponemos de toda la noche.

Una vez fuera de las habitaciones, nos escondimos detrás del edificio. Allí empezamos a colgar las bragas y los calzoncillos limpios de nuestros compañeros en una larga cuerda que más tarde extenderíamos en mitad del campamento. Pero eso debía hacerse cuando no hubiera nadie. Por eso teníamos que madrugar.

Suponíamos que media hora antes de tocar diana no habría ni un solo cuerpo al que le apeteciese dejar el bienestar de las sábanas. Lo que no imaginábamos era que a nosotros nos diera tanta pereza levantarnos.

Eso me ocurrió a mí.

—¡Venga, Álvaro, baja de una vez de la cama! —me susurraba David, tirándome de las sábanas.

Abrí un ojo y vi que mi amigo ya estaba vestido, pero yo tenía demasiado sueño.

—¿Y si lo dejamos para otro día? —refunfuñé.

En esos momentos lo que menos me apetecía era moverme de allí, pero David estaba en pie y con ganas de acción.

—¿Estás loco? —dijo, indignado.

Por fin, una vez levantados, y con Belén a nuestro lado, cogimos la cuerda con sus trofeos y la colgamos de árbol a árbol, como si fuese un tendedero, justamente encima del lugar en el que se hacía el fuego de campamento.

Aquella mañana nos dimos prisa en desayunar. Queríamos ser los primeros en estar en la explanada para no perdernos detalle de las caras de nuestros compañeros en cuanto vieran su ropa interior en aquel tendedero.

Sin embargo, alguien se nos adelantó. Xira entró en el comedor con una cara en la que le era difícil aguantarse la risa.

—¡Lo ha visto! —le dije a Belén—. ¡La monitora ya lo ha visto!

—¡Qué va! Tienes visiones.

No las tenía. Lo supimos en cuanto comprobamos que los compañeros de la mesa verde se dieron demasiada prisa en desayunar y ya estaban en pie, dispuestos a salir los primeros del comedor.

—¡Eso es que se lo ha contado su monitora! —exclamé—. ¿No os lo dije?

—Puessalgamos nosotros también —sugirió David—. Ya desayunaremos bien otro día.

Como si nos hubieran oído, los demás grupos se levantaron también. Había prisa por salir. Nadie sabía qué pasaba exactamente, pero en el ambiente se notaba que estaba ocurriendo algo.

Y todos quedaron sorprendidos por lo que descubrieron. El espectáculo era realmente impresionante: las bragas y los calzoncillos ondeaban movidos por el viento.

Los primeros que llegaron trataron de saltar y recuperar alguna de sus posesiones, aunque no resultaba fácil pues estaban más altas de lo que parecía. Así que dejaron de hacer el ridículo y esperaron.

El campamento se había convertido en un mar de rumores. Se hablaba por lo bajo, entre risas, y de vez en cuando alguien que se quería hacer el gracioso gritaba:

—¡Esas braguitas de las mariposas son de...!

Eso, por ejemplo, lo dijo Kevin mirando a una chica de otro grupo.

—¡Serán tuyas, que he visto cómo te las ponías!

—¿Estás loca? Yo uso calzoncillos negros —y miró hacia la cuerda, en busca de alguno—, de Calvin Klein. ¿Ves? Allá hay uno.

—¡Ese es mío! —dijo un compañero a su lado.

—No, mío.

—¿Por qué os queréis quedar con algo que no os pertenece? —intervino Héctor, haciéndose el interesante—. Esa ropa de marca sólo puede ser... —dijo orgulloso.

Pero no le dejé acabar su frase, pues añadí:

—¡...De un imbécil!

Cristina me miró como nunca lo había hecho, pero aquel momento de tensión se pasó enseguida.

Chuenlín señaló un calzoncillo con el dibujo de Mickey Mouse que había en mitad de la cuerda y en voz alta comentó:

—*Sel* mío. Yo *estal* en el *Palque* Disney. Muy *diveltido*.

Cuando llegó el director se puso muy serio. Sin mirar a nadie, echó una bronca al zorro. Según recordó, las mochilas de los demás son propiedad privada y nadie, absolutamente nadie, puede mirar en ellas. También dijo —y sentí cómo nos miraba— que iba a intervenir antes de que aquello se desmadrara.

—¡Glugs! —tragué saliva.

—¡Es puro teatro! —comentó David—. Está disimulando.

—Es que tiene razón.

—¡Tonterías! ¡Unas mochilas de nada!

Después de su discurso, mandó a los monitores que bajasen las cuerdas y fuesen entregando aquellas prendas a sus legítimos dueños. Al pasar a nuestro lado vimos que nos sonreía de modo cómplice.

—¿Has visto? —me dijo David—. ¡Está encantado!

Los monitores, sin embargo, se empezaban a hartar de su tarea de repartidores de ropa interior. No fue fácil. Algunos calzoncillos eran muy solicitados, mientras que otros se quedaban ahí abandonados. Así que, al final, hubo diez o doce prendas que nadie quiso reclamar: dos tangas rojos, tres bragas con animalitos, un calzoncillo con lunares, otro con... En fin, todo un mercadillo en pleno campamento.

—¿Qué hacemos con esto? —dijo Wanchu, que en sus años de monitor jamás se había encontrado en una situación así.

Y Yolanda, que se había unido a las risas de Xira, le contestó:

—¡Quédatelo! ¡Seguro que te sientan muy bien esas braguitas con lacitos rosas!

12. Demasiadas pistas

Sólo Inés se acordaba todavía de la paloma muerta. Los demás ya lo habían olvidado. Lo único que tenían en su cabeza era la nueva broma del zorro: las bragas y los calzoncillos robados. El tema interesó a todos. Sin duda fue una buena maniobra de distracción, como diría David. El director supo perfectamente cómo dominar una situación que se les estaba yendo de las manos.

Pero era una solución provisional. El falso zorro podía volver a actuar en cualquier momento, así que nos llamó a su despacho. Bueno, avisó a David y le dijo que se presentara con sus ayudantes. El asunto era serio y requería la colaboración de todos nosotros.

—¿Por qué no ha avisado también a los monitores? —le preguntó Belén.

—Como director, estoy para solucionar problemas, no para crearlos —se calló unos momentos, hizo como si nos mirara y añadió—. Por el momento, creo que cuanta menos gente sepa lo del falso zorro, mejor.

—Sí, pero... ¡nos tiene en sus manos! —suspiró David.

—Lo que no sabe ese zorro es que estamos unidos, que vosotros y yo conocemos perfectamente lo que está pasando y que vamos a actuar juntos para atraparlo —el director parecía muy seguro de lo que decía—. Así que ya sabéis, chicos, mantened los ojos bien abiertos y no confiéis en nadie. ¿Habéis oído?

—¿Ni en Cristina, nuestra amiga? —pregunté.

—¿Ni en Héctor, su sobrino? —recordó Belén.

—En nadie —repitió el director, con seguridad—. Ni siquiera en los monitores. Sólo debemos saberlo nosotros cuatro y de aquí no ha de salir. Será nuestro secreto. Recordadlo bien: ¡sólo los cuatro!

—Fenómeno —dijo David—, como los tres mosqueteros.

—¿Como los tres mosqueteros? —preguntó Belén.

—Sí, los tres mosqueteros, que eran cuatro con D'Artagnan. Hay un videojuego muy divertido que...

El director cortó las palabras de David.

—Daos prisa, que tenéis que ir de compras al pueblo. Ya he dado la orden a Víctor. Y no olvidéis que hay que seguir con las bromas, como si no pasara nada. Eso sorprenderá al falso zorro.

—¿Qué hacemos ahora?

—Pues, pues... Dejadme que piense —se rascó la nuca, miró hacia el techo, bajó los ojos—. No lo sé, ahora no me viene nada, pero algo se os ocurrirá a vosotros. Sois jóvenes. Tenéis muchas neuronas para pensar. Ah, y no os metáis con nadie, que quede bien claro. El zorro del aire no arregla cuentas personales —nos miró y quiso justificarse—. El primer año, cuando yo aún no estaba al frente de este campamento,

tuvieron más de un incidente desagradable por este asunto de las bromas.

—¡Ok, jefe! —dijo David.

Nos dejó con la boca abierta: nunca habíamos oído tal expresión en su boca.

Salimos por la puerta trasera y, para no dar pistas al enemigo, pensamos que era mejor que no nos viesan juntos.

—¡Las damas primero! —bromeó David.

Belén echó a correr y, en vez de correr a la caseta, se dirigió hacia el final del campamento.

—¡Alto! ¡Vuelve acá! ¿Adónde te crees que vas? —le gritó Wanchu saliendo de la nada.

—Pues..., pues a dar una vuelta, a explorar un poco.

—Por ahí no vas a ninguna parte, y menos sola.

—Pero...

—¿No te has enterado de que se han anulado las dos horas libres de la tarde?

—Pues...

—Tenemos que ir al pueblo a hacer las compras que no hicimos ayer. Coge dinero y prepárate. En cuanto lleguen Zack y Yolanda partimos.

A los diez minutos estábamos formados en cuatro grupos, según nuestros colores, pero los dos monitores ausentes seguían sin aparecer. El director miró a Wanchu (que se llamaba Víctor, según nos habíamos enterado ese día en el despacho del director), pidiéndole explicaciones.

—No sé dónde están —se justificó—. Como en teoría teníamos la tarde libre, se fueron a bañar al río. ¿Quiere que vaya a buscarlos?

—No, los esperaré aquí. Podéis iros ya al pueblo. Y esta vez no perdáis el tiempo con ninguna tontería por el camino. Llegáis, compráis y volvéis cuanto antes.

Las palabras del director eran órdenes. Wanchu se puso al frente. Los demás íbamos detrás, mientras Xira cerraba la marcha para que no nos despistásemos.

Estábamos saliendo del campamento cuando apareció Yolanda vestida con un biquini azul.

—¡Hummm! —los chicos la miramos con otros ojos.

No se parecía en nada a la sargento que todos teníamos en la cabeza.

—¿No ha llegado aún Zack? —preguntó, una vez que tomó aliento.

Se notaba que había venido corriendo.

—No, ¿por qué? —dijo Wanchu.

Y el director intervino:

—¿Por qué vas así por el campamento?

—Es que... —trató de respirar con calma— nos han robado la ropa, y los zapatos y las toallas... ¡Todo!

—¿Había una zeta en el lugar? —dijo David, pero no era un buen momento para

esas preguntas.

—¡Qué tonterías dices, David Plata Moreno! —rugió Yolanda, que tiritaba de frío y estaba muy enfadada—. No nos han dejado nada. Al principio creímos que era una broma —y miró a los otros dos monitores—, pero...

—¿Y Zack?

—Pensé que ya habría llegado. Decidimos dividirnos, por si encontrábamos la ropa, pero así descalza no ha sido, ¡ay!, nada fácil.

—¿Habéis ido río arriba? —le preguntó Wanchu, que conocía bien el terreno.

—Sí. Llegamos enseguida. Me pareció un camino sencillo, pero al volver...

—Hay demasiados pinos, lo sé. Si te alejas del río y no conoces bien la zona, te despistas y te pierdes sin darte cuenta —y mirando al director, sugirió—: ¿Voy a buscar a nuestro compañero?

—No, un monitor debe saber salir de una situación así. ¡Qué ejemplo vamos a dar! Idos al pueblo, como habíamos planeado, que el bien común está antes que el bien personal. Yo me quedaré a esperarle. Y tú, Yolanda, corre al botiquín a curarte, ponte algo encima y descansa antes de que vuelvan todos.

Tras este incidente, el recorrido hacia el pueblo fue de lo más animado. No cesábamos de hablar entre nosotros, de hacer chistes y de reírnos sobre lo que había pasado. Como aún no había explicación, a cada cual se le ocurría una idea cada vez más disparatada. La última fue de las Barbies:

—Ya verás como Zack y Yolanda son novios y e han enfadado. Así que él, el muy burro...

—¿Novios? ¡Qué barbaridad, Gracia! ¡Si no pegan nada!

—No creo que Yolanda pueda ser novia de nadie, ¡con esas pintas!

—A mí *gustal* en traje baño. *Gustal* la *monitola* —dijo Chuenlín, que iba detrás de ellas, pero fue como si no lo oyeran.

—Seguro que él ha escondido la ropa —insistía Gracia—. Ya veréis cómo llega vestido al campamento. ¡Es que los chicos son así!

El tema parecía tan interesante, que hasta Xira, la monitora que cerraba el grupo, se adelantó unos pasos y se unió a la conversación de las Barbies. No decía casi nada, pero seguía muy atenta las palabras de Gloria, Gracia y Gemma.

Belén, David y yo nos quedamos al final del grupo, pendientes de otros asuntos que nos preocupaban más: «¿Qué broma puede hacer el zorro esta noche?». Esa era la pregunta que daba vueltas en nuestras cabezas.

Y seguíamos con esta duda cuando pasamos muy cerca de un sitio que me intrigaba. Corrí hacia allí.

—¡Esperadme!

—¿Qué haces? —preguntó Belén, yendo tras de mí—. Vuelve acá, que nos despistamos.

—No hay problema. Ir al pueblo es fácil: sólo hay que seguir la carretera.

En ese momento llegó David y, al reconocer el lugar, señaló, sorprendido:

—¡Anda! ¡El camino al pueblo fantasma! —sonrió—. La verdad es que está muy bien disimulado.

—¿Qué dices? ¿Estáis locos? —Belén no entendía nada.

—Esto que ves aquí —señalé y traté de explicárselo— es una antigua carretera de tierra que conduce a un pueblo abandonado. Nos lo contó Yolanda el primer día que pasamos por aquí, ¿verdad, David?

—Sí, ¡el pueblo fantasma! —afirmó—. ¿Habría algún videojuego sobre pueblos fantasmas?

—¡No está muy lejos del campamento! —se dijo Belén y me miró con los ojos muy abiertos—. ¿Podíamos venir un día los cuatro a explorarlo?

—Sí, ¡los cuatro, como en los buenos tiempos! —suspiré—. Aunque no sé si Cristina...

—¡Oh, seguro! ¡Ya verás qué ilusión que le va a hacer cuando se entere! Un pueblo abandonado es mejor que...

—... Una casa en el fin del mundo —le cortó David, recordando nuestra primera aventura juntos—. ¡Qué bien, seremos los dueños de todo! —pensó rápidamente, y antes de que nadie se le adelantara, soltó—: ¡Yo me pido la casa del alcalde, que será la mejor!

Mientras mis amigos se ilusionaban con la nueva aventura, noté algo raro en el suelo y me arrodillé.

—¡Mirad! —dije, tocando la arena, ligeramente removida y hundida—. Estas huellas no estaban ayer, me acuerdo muy bien.

—¿Qué quieres decir, Álvaro?

—¡Que ese pueblo fantasma no anda tan abandonado como nos han dicho!

Belén se agachó también: las huellas, que eran recientes, desaparecían un poco más adelante, así que sacó su propia conclusión.

—No hay que darle más vueltas, chicos. Seguramente alguien cruzó por aquí y se internó después en el campo. Sería algún cazador.

—¡Te equivocas! —la corrigió David, que había avanzado unos metros, tratando de buscar pistas—. Las huellas de las pisadas aparecen otra vez por aquí, en el camino.

—Eso es que alguien quiere disimular sus pasos —deduje, y más preocupado, pregunté—: ¿A quién tratan de despistar?

—¿No estáis exagerando un poco? —Belén seguía sin ver misterio alguno—. Seguro que hay una explicación racional, como tú sueles decir Álvaro. ¡Ya veréis!

—No me fío —añadió David, y mirando hacia la dirección del pueblo, repitió su frase favorita—: ¡Es extraño, muy extraño!

Luego echamos a correr por la carretera principal, en busca de nuestros compañeros de marcha, a los que ya habíamos perdido de vista.

13. Palomas muertas y un delfín

A veces un pueblo con gente puede asustar más que un pueblo fantasma. Lo comprobaríamos enseguida.

David, Belén y yo alcanzamos al grupo sin que nadie se diese cuenta de nuestra llegada. El primer sobresalto nos lo llevamos cuando, al borde de la carretera, divisamos las casas, y a su lado, en un montículo, la iglesia con el cementerio pegado a sus muros. Lo miramos bien: blanco, con cipreses y cruces que se veían desde nuestra lejanía.

Al contemplar aquel paisaje nos acordamos de la paloma muerta del día anterior. Inés, que iba delante de nosotros, se detuvo, como si fuese una estatua. Entonces la monitora se acercó a ella y la tomó del hombro.

El pueblo no parecía demasiado siniestro, pero sí sospechoso. Al menos para nosotros tres, que sabíamos que aquella broma macabra no era del zorro del aire. «¿Quién podría ser?», nos preguntamos.

—¡Yo creo que es alguien de aquí! —dijo David, mirando bien a su alrededor—. La paloma muerta sólo la pudo colocar algún tipo del pueblo o el director, que fue el que preparó las pruebas.

—¡El director, no! —le contradije, porque no me parecía sospechoso.

—Tampoco puede ser alguien del pueblo —apuntó Belén.

—¿Por qué?

—Por la broma del laxante. Aquella mañana no había nadie ajeno en el campamento. Si hubiera venido alguien de visita, nos hubiésemos dado cuenta.

—¿Y la cocinera? ¿Y el de la furgoneta que nos trae la comida? —trataba de atar los cabos sueltos—. Si fuesen de este pueblo, estaría todo relacionado y podría encajar.

—Sí, pero es absurdo. ¿Para qué se van a meter ellos en estas cosas? Además, ¿cómo iban a conseguir las zetas?... —razonó Belén—. Creo que te equivocas...

—¡Qué pena que no esté Cristina con nosotros! —los miré, y antes de que me dijeran nada, añadí—: Quiero decir que con Cris seríamos uno más para pensar y, como lee muchos libros, siempre se le ocurren buenas ideas.

No pudimos seguir con esa conversación. El sol era de pleno verano y calentaba demasiado las calles, todas de arena, menos la principal, que era de cemento. Algunas mujeres se asomaban por la semioscuridad de las ventanas, moviendo las cuerdas de las persianas.

—¡Ahí está la única tienda! Es pequeña, pero vende de todo... Así que comprad lo que necesitéis o daros una vuelta sin salir del pueblo. ¡Dentro de media hora aquí! Ya sabéis: *one, two...* —dijo Wanchu, señalando la fuente que estaba en mitad de una pequeña plaza.

Mientras Belén se fue con Cris y sus dos inseparables amigos, David y yo nos escapamos entre las callejuelas. No necesitábamos nada y preferimos explorar. Buscábamos algo, no sabíamos qué, pero estábamos seguros de que nos daríamos cuenta al descubrirlo.

Si había poca gente en la calle principal, el resto parecía desierto. Me recordó el primer día que llegué de vacaciones con mis padres al pueblo de la casa del fin del mundo. Sólo que aquí tenía una sensación aún más extraña. Había tanto silencio que empezó a darme miedo.

Miré a mi alrededor: las puertas de las casas eran dobles. La mitad de abajo, atrancada, y la mitad de arriba, abierta, pero no se veía nada porque una cortina cubría la entrada.

—¡Aquí no tienen miedo a que les roben! —comentó David.

—¿Qué les van a robar? —contesté mientras trataba de imaginarme cómo sería la vida allí—. ¿Quién les va a robar?

Dejamos atrás la parte sur y, caminando en forma de círculo, llegamos a la zona que estaba cerca de la iglesia y del cementerio.

El sol iluminaba la calle como una linterna de fuego y nos daba de golpe en la frente.

—¿Te has fijado? —le dije a David.

—¡Anda! —suspiró—. ¡No está tan desierto!

En aquella calle había seis o siete viejos sentados en bancos de piedra al lado de la sombra. No se movían mucho más que una estatua, y al pasar por delante de ellos no supimos si nos miraban fijamente o tenían la mirada perdida. Instintivamente aceleramos el paso.

Cuando salimos de aquella calle, le dije a David:

—¿No te parecían extraterrestres?

—¿Extraterrestres? —y sonrió—. ¡Qué tonterías! Son humanos, bien humanos, lo que pasa es que han sido abducidos por un platillo volante y luego los han traído aquí otra vez.

—¡Eso sí que es una tontería! —repliqué.

En aquel momento no me apetecían tales bromas.

—No, en serio. Lucas, el de clase, me dejó un día un juego sobre unos marcianos que capturaban a los terrícolas, les lavaban el cerebro, los reprogramaban y los traían otra vez a su casa. Por el día eran normales, pero por la noche se comportaban como enemigos que invadían la Tierra. En el juego tenías que defenderte de los que atacaban, y también, adivinar quiénes eran los abducidos, porque podías estar rodeado de ellos sin saberlo. Eran tan normales como cualquiera —David hablaba con entusiasmo—. En fin, no estaba mal el vídeo, pero no es de mi estilo, por eso no me lo compré. A mí me gustan más...

No pudo continuar. Al final de la inclinada callejuela nos topamos con la gran sombra proyectada por la iglesia, que se veía en un pequeño alto, a la salida del pueblo.

Caminamos hacia allí y, al llegar a uno de los muros, justamente al de debajo de la torre, nos quedamos quietos, petrificados.

—¡Son palomas...! —y me atraganté.

La garganta se me había secado de golpe.

—Palomas... ¡muertas! —añadió David ante mi repentino silencio.

No me salía la voz.

Allí, delante de nosotros, se veía un montón de palomas grises y blancas. No había huellas de estrangulamiento ni de sangre por ningún lado. Eran como hojas secas que se hubiesen caído desde el suelo o desmayado al borde del tejado.

Instintivamente miramos hacia arriba, pero en lo alto de la torre sólo vimos un nido de paja, que sobresalía, y al dar unos pasos hacia atrás, divisamos a una cigüeña.

—¡Ah! —dijimos con lógica.

Tanto David como yo sabíamos que en lo alto de las iglesias suele haber cigüeñas en lugar de palomas. Por eso no entendíamos bien lo que había pasado. Parecían haberse envenenado con algo... Sólo teníamos claro una cosa.

—¡El falso zorro cogió de aquí la paloma, estoy seguro!

—Es más —añadí—. Creo que se le ocurrió la macabra broma cuando vio este montón de cadáveres.

—Claro. Eligió una y le rajó el cuello una vez que estaba ya muerta —explicó David, y suspiró—. Es un poco menos sádico de lo que creíamos, aunque aun así...

—Hummm, yo no me fiaría —miré a mi alrededor y me agaché—. Busquemos algo que nos dé una pista.

—Aquí no hay nada —dijo David, giró la cabeza para asegurarse de lo que decía, y añadió—: Eh, ¿qué es aquello que brilla?

A unos pasos de la tapia del cementerio vio un reflejo. Corrió hacia allí, se agachó y regresó con un pequeño delfín de metal.

—¿Qué es?

—¡Es de un llavero! Mira esta argolla en la cabeza —dijo, señalándome el delfín—. ¡Seguro que lo ha perdido el asesino! —y feliz, continuó—: ¡Ya está! Ya tenemos una prueba.

Pero su alegría se arrugó de repente. A mí me sucedió algo parecido: los dos habíamos tenido el mismo pensamiento. En las películas, cuando un detective descubre una prueba clave, el culpable está cerca, acechando, listo para atacar.

Nada más imaginario nos pusimos a temblar y, antes de que nos fallaran las piernas, echamos a correr, cuesta abajo, en dirección al centro del pueblo. Buscábamos a nuestros compañeros para sentirnos seguros.

Apenas habíamos divisado la plaza cuando oímos gritar a alguien cuyos alaridos empezábamos a conocer demasiado bien.

—¡Aaaghhh, qué horror! ¡Yo me quiero ir de aquí! —gritaba Inés y corría, seguida de la monitora, que trataba de calmarla—. ¡Me ha tocado, me ha tocado con sus babas!

—¿Qué ha pasado? —llegamos hasta Cris.

—Nada, que ese tipo de ahí anda tocando a todos. Si no me aparto... ¡Aghh, qué asco!

—Es el hijo de la señora Hilaria —nos informó un viejo que no cesaba de observar todo muy atento—. No es mal chaval, pero ¡tiene seco el cerebro!

—¡Es el tonto del pueblo! —dijo Héctor, echándose hacia atrás—. En todo los pueblos hay uno así.

—¿Tonto? —nos miró el anciano y en voz baja, mientras se iba, dijo entre dientes —: A veces parece demasiado listo.

El camino de regreso al campamento no fue tan revuelto como el día anterior, pero casi. Inés estaba más nerviosa y se frotaba el brazo con hojas que recogía por el camino. Se volvía a limpiar el mismo brazo que le había rozado el tipo y que ya se había lavado en la fuente.

—¡Habrà que llamar a sus padres! —oí cómo decía Wanchu a Xira.

—¡Pobrecita! Siempre le toca ella: ayer la paloma muerta y hoy un inocente retrasado le da un susto —suspiró la monitora—. ¡Qué bronca nos va a caer!

Los monitores habían avisado por móvil del incidente y cuando llegamos al campamento nos llevamos una sorpresa mayúscula.

Ya había regresado Zack, el otro monitor perdido, pero sucedían tantas cosas y tan rápidas que su historia se había quedado antigua y nadie se interesó por saber cuándo había llegado o si había encontrado la ropa. Había otros asuntos más urgentes e interesantes.

De repente, y esta era la verdadera sorpresa, teníamos una fiesta especial y fuera de programa que el director había improvisado. El programa nos gustaba: carrera de sacos y chocolatada con bizcochos.

El campamento estaba decorado con farolillos de colores, colgados en la misma cuerda de los calzoncillos. Los dos monitores que no fueron al pueblo, Zack y Yolanda, estaban preparándolo todo. Los otros dos se quedaron tan sorprendidos que, al ver al director, Wanchu confesó:

—Creíamos que estaba enfadado...

—Lo estoy, y mucho. ¡Cómo se os ocurre no vigilar mejor a los chicos, al menos a Inés! Espero que no llame a sus padres. Hay que superar este incidente y lo mejor es una tarde de fiesta.

Mientras los monitores buscaban los sacos para las carreras por equipos, David se acercó hasta nosotros.

—¡Tengo una idea genial!

—¿No se te habrá ocurrido meter cardos en los sacos? —le replicó Belén, que no podía olvidar la broma que le había gastado en su cama.

—Hummm, no está mal —dijo, sorprendido, y sonrió—. Aunque sería mejor llenarlos de cucarachas. ¿Os imagináis?

—¡Olvídate de las bromas pesadas! Recuerda lo que dijo el director.

—Por eso lo hago. Nos dijo que el zorro ha de seguir actuando, y ya...

—Ya has pensado una broma, ¿no? —pregunté—. ¿Qué es? ¿Por qué no nos lo has dicho? ¡Nosotros también somos el zorro!

—Tranquilos. Es una broma psicológica.

—¿Psicológica? —repetimos sin creérselo.

Sonaba raro esa palabra en la boca de David.

—Es una broma que no es ninguna broma pero los demás creerán que es una broma y reaccionarán como si fuese una broma —nos vio tan asombrados, que insistió—. Contado así parece complicado, pero es muy fácil. Lo tengo todo pensado.

—Pero ¿qué es?

David nos miraba, sonreía malévolamente y sólo decía:

—¡Ya veréis! ¡Ya veréis! ¡Qué divertido! —luego suspiraba, en voz baja, y se reía—. ¡Soy un genio!

14. Tres en el pueblo fantasma

La genialidad de David consistió en poner a todo el campamento de los nervios y a punto de vomitar.

—¿Habéis visto? —nos dijo a Belén y a mí, orgulloso—. Mi plan ha funcionado.

Lo que nosotros veíamos era a unos cuantos compañeros que iban corriendo a los servicios, como si tuviesen diarrea, mientras los demás dejaban su tazón de chocolate y lo apartaban de sí, horrorizados, tras escupir lo que tenían en la boca.

—Tranquilos, que no pasa nada —dijo David—. Ya sabéis que es una broma psicológica —y se rio al recordarlo.

—¿Psicológica? —no entendíamos nada, así que insistimos—. ¡Explícate!

Y David, antes de decirnos lo que significaba para él «broma psicológica», quiso hablarnos de lo sucedido durante la tarde.

No era necesario. Lo recordábamos bien.

La fiesta había comenzado con la carrera de sacos. Teníamos que correr todos y nos fuimos relevando los unos a los otros. En nuestro equipo, el azul, Héctor fue uno de los más rápidos, algo que no me hizo mucha gracia, y Belén también, pero perdimos la ventaja cuando le tocó el turno a Inés.

Quedó campeón el equipo rojo, porque las Barbies eran expertas en correr y el chino se impuso al equipo verde en el último tramo. El premio consistía en bizcochos, en lugar de pan, para la chocolatada. No era un gran botín.

Y fue en ese momento cuando a David se le ocurrió experimentar su genialidad.

Tras la carrera, nos precipitamos hacia la gran cacerola sin guardar turno alguno. La sargento lo servía. Estábamos tan hambrientos que comenzamos con el chocolate cuando todavía había algunos esperando en la cola.

—¡Qué rico está! —reconocí.

David tenía la taza delante, pero sin tocarla. No dejaba de mirar hacia el fondo, cada vez más inquieto.

—¿No te gusta el chocolate? —le preguntó Kevin, y alargó la mano hacia su taza.

—Sí, sí, sí, pero está muy caliente —dijo, sin dejar de mirar hacia la cacerola, donde Yolanda, la monitora, lanzó un grito que asustó hasta a los pájaros que revoloteaban en lo más alto.

—¡El zorro! —exclamó—. ¡Otra vez! ¡Se creerá muy gracioso! —añadió con malestar.

El cazo con el que servía había pescado una zeta, lo que significaba que el zorro había actuado de nuevo y lo había hecho en el chocolate.

Nada más verlo soltamos la taza que teníamos entre las manos y algunos escupieron. Otros corrieron hacia el servicio sin saber muy bien a qué.

—¿No habrás echado laxante? —le dije, en voz baja, a David.

—Oh, no —respondió, satisfecho—. ¿De dónde lo iba a sacar? Ha sido algo mucho más simple.

—Entonces, ¿qué has hecho? Porque la zeta estaba ahí. ¿O no era tuya?

—Sí, es nuestra. Ha sido muy divertido. Ya dije que es una broma psicológica —se rio y luego lo explicó—. No he echado nada al chocolate, sólo la zeta del zorro. Ahí está la clave: sólo la Z. Al verla, los demás creen que hay algo asqueroso dentro y ya ves cómo reaccionan. ¡Pura imaginación!

Fue una tarde accidentada.

Se armó un gran revuelo en el campamento y, lo que es peor, se perdió una cacerola de chocolate buenísimo. Nadie quiso probar más y nosotros no podíamos hacerlo. Sólo el chino, que tenía un cuerpo a prueba de bombas, siguió en la mesa y dio buena cuenta de varias tazas. Pero aquello no le llamó la atención a nadie.

Con el estómago vacío nos retiramos a nuestros cuartos. Los monitores estaban preocupados.

—¡Va a ser una noche difícil! —comentaban entre sí.

—Con tanto alboroto, no creo que se duerman.

Sin embargo se equivocaron. Habíamos tenido demasiadas emociones, además de una larga caminata al pueblo, así que nos quedamos dormidos enseguida y tan profundamente que nada más cerrar los ojos se hizo de día.

O así nos lo pareció.

—¿Ya hay que levantarse? —nos preguntábamos al oír el toque de diana.

Esta vez no hubo un despertar con sorpresa.

Tampoco sucedió nada fuera de lo normal durante la mañana: el que unos cuantos nos saltásemos la obligatoria ducha empezaba a ser algo común, pues los monitores tenían demasiadas cosas de las que ocuparse.

Todo presagiaba un día tranquilo. Belén y yo nos cruzamos una mirada de alivio: el zorro impostor, el otro zorro, había desaparecido. O eso es lo que creíamos. A David, en cambio, se le veía contrariado, y se quejaba:

—¡Sin competencia no hay emoción!

Miré a mi amigo y de repente me acordé de que teníamos un asunto «muy emocionante» sin resolver.

—¿Qué os parece si esta tarde vamos al pueblo fantasma?

—Es que... —dudó Belén— yo quiero jugar el partido. Las chicas me necesitan.

En el campamento se había preparado un partido de fútbol. Chicos contra chicas. Y para favorecer a las chicas, el director optó por darles una pequeña ventaja numérica: los chicos serían siete en el campo y las chicas, once.

El entrenamiento y el partido ocuparían casi toda la tarde, así que el director decidió dejarnosla libre a los demás, siempre y cuando no nos alejásemos demasiado. Casi todos se quedaron por el campamento.

David y yo teníamos dudas. En esto llegó Cristina.

—¿Hacemos algo esta tarde, chicos?

—¿No estabas con tus nuevos amigos? —le reprochó David.

Yo no lo hubiera expresado mejor.

—¿Quiénes? —dudó y luego se echó a reír—. ¡Ah, Héctor y Kevin! Son estupendos...

Casi me atraganté al escucharlo.

—Es que se han apuntado al fútbol. Ya sabéis cómo son los chicos.

—¡Nosotros somos chicos! —le dije, casi ofendido.

—Ya, pero vosotros sois...

—¿Qué somos?

—Pues... no sé. Vosotros sois distintos.

—¡Ah! —sonreí orgulloso.

—Nos conocemos desde niños. ¡Sois como de la familia!

—¡Vaya! —aquella confesión no me gustó nada.

Significaba que Cristina me veía como a un hermano.

—¿Qué os parece si hacemos una excursión los tres, como en los viejos tiempos? —propuso Cris.

—¡Estábamos planeando ir al pueblo fantasma! —le confesó David.

—¿Pueblo fantasma? ¡Qué divertido! ¿Qué es? ¿Por dónde se va? —la vimos tan entusiasmada que ya no tuvimos dudas.

Por el camino le explicamos que la monitora nos había hablado de un pueblo abandonado situado no muy lejos del campamento, y David le comentó lo de las huellas que habíamos descubierto, aunque en realidad las había descubierto yo.

—¡Qué emocionante! —dijo—. ¡Lástima que no venga con nosotros Belén!

—¡Otra vez será!

Es posible que desde el campamento hubiese un atajo a través del campo, pero como no lo conocíamos fuimos por el camino seguro: primero en dirección al pueblo habitado, y después tomamos la desviación a la izquierda, ese sendero de tierra casi tapado por los hierbajos. Allí volvimos a ver huellas de pisadas.

—¡Ya ves, Cris, como no te engañábamos! —le dije—. En ese pueblo deber de haber alguien.

—¡Igual no está abandonado! —sugirió David.

—Si viviese alguien no tendrían este camino tan abandonado, cubierto de hierba y matojos. ¿No os dais cuenta? —comenzaba la lógica de Cris.

—¿Y esas pisadas? —le recordé.

—Pueden ser de cualquiera —se puso a pensar y rápidamente sugirió—: Seguramente serán de cazadores. Por aquí debe de haber conejos y perdices. ¿Es ahora la temporada?

Ninguno lo sabíamos ni nos importaba. Si no era la temporada de caza, se trataría de cazadores furtivos. Su explicación tenía sentido y Belén había argumentado lo mismo.

Tras media hora andado, llegamos hasta un punto en el que el camino se ensanchaba, torcía a la izquierda Y descendía bruscamente dando muchas curvas entre árboles.

—¡Humm, menudas vistas! —suspiró Cris.

—¡El último que llegue, alcornoque! —nos retó David.

Nos echamos a correr como si fuese una carrera de Fórmula 1. Al fondo de ese camino contemplamos seis, siete y ocho casas de adobe con los tejados muy inclinados.

—¡Así que este es el pueblo abandonado!

—¿Seguro que está abandonado? —preguntó David.

—¿Tú ves a alguien?

Miramos atentamente hacia todos los lados. Las casas no parecían abandonadas, sino dormidas. Detrás de ellas se veía una torre muy estrecha con una cruz en lo alto y debajo, una campana en el hueco.

—¡Qué iglesia tan pequeña! —suspiró David.

—Es una ermita —le explicó Cris.

—¿Cuál es la diferencia? —David estaba confuso.

Dimos vueltas sin saber muy bien qué hacer. No había ni un alma en aquel lugar. Las ventanas de las casas estaban cerradas; algunas, incluso, tapiadas con maderas.

Tras recorrer una y otra vez el pueblo, nos cercamos hasta las puertas y las empujamos con fuerza. Ninguna cedía.

—¡Así que esto es un pueblo fantasma! —suspiró David, muy tranquilo bajo la luz del sol.

—¡Un pueblo abandonado! —le corregí.

—Pues es algo muy soso —añadió David, decepcionado—. Aquí no hay nada, y no se puede hacer nada... ¿Nos volvemos?

Los dos nos giramos hacia Cris, que miraba hacia todos los lados y se le veía muy pensativa. Habla algo que le preocupaba. La conocíamos bien.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—No intento asustaros, pero...

—Pero ¿quééééé?

—No estamos solos.

—No digas tonterías. Todas las puertas están cerradas; también las ventanas, ¡mira! ¿Quién va a vivir aquí?

—Esto es como un cementerio —sugirió David, que siempre suelta lo primero que se le pasa por la cabeza y luego, al pensarlo mejor, rectificó—. Quiero decir que

es un pueblo desierto. ¿No se nota?

—Sí, pero creo que alguien nos vigila desde lejos. He visto brillar algo por allí —dijo, señalando unos árboles aliado del camino.

—¿Sería... cualquier cosa! ¡El reflejo de una lata o una botella! —dije, tratando de ser lógico.

—¿Tú crees que esos árboles son un buen lugar para ir de merienda? —se preguntó David.

Cris seguía con los ojos muy fijos en el fondo:

—¡Eh! Mirad allí —nos señaló—. Vaya, ya no está.

—¿Qué es lo que no está?

—No sé. He vuelto a ver algo que brillaba y se ha movido. ¡Estoy segura!

15. En lo más profundo de la iglesia

Cristina se alejó de nosotros en dirección a aquel lugar del monte donde creía haber visto algo sospechoso. Me sorprendió que fuese tan decidida. En esos momentos me recordó a Belén.

David había cambiado de opinión y ya no quería dejar el pueblo sin intentar colarse en alguna casa vacía. Decía que era una ocasión única y tenía curiosidad por ver qué había allí dentro. Y yo, de pronto, me quedé solo en mitad de un pueblo abandonado.

—¿Hacia dónde voy? —me pregunté, mientras oía a David empujando las puertas.

Imaginé que andaría muy ocupado con sus cosas, así que fui a ayudar a Cris. Me apetecía estar con ella de nuevo.

Aceleré el paso, salí del pueblo y me topé con ermita blanca. Entre ella y el monte había un largo trecho sin árboles y por allí no se veía a mi amiga.

—¡Cris! ¡Cris! —grité—. ¿Dónde estás?

—¡Aquí! —oí una voz que me llegaba desde la parte trasera de la ermita.

Rodeé los muros. Al no verla, supuse que se habría refugiado entre los arbustos que había tras el enorme árbol lleno de sombras.

—¡Ahora no estamos para jugar al escondite! ¡Venga, sal! ¿Dónde te has metido? —miré bien hacia todos los lados.

—¡Aquí! —oí otra vez su voz en lo alto.

Instintivamente alcé la cabeza.

—¿Dónde es aquí?

Entonces se asomó al borde del tejado.

—¿Qué haces tan... alta? —pregunté—. ¿Cómo has subido?

—Por ese árbol —me indicó—. Trepas por él y llegarás hasta el tejado. ¡Corre! ¡He descubierto algo muy interesante!

—¿Y David?

No podíamos dejarle perdido.

—Ya vendrá. Deja tu mochila para que sepa que hemos llegado hasta aquí.

—Pero... pero ¿qué vamos a hacer? ¿Adónde quieres que nos metamos?

—¡Sube!

No fue difícil encaramarse al árbol. Una vez en sus ramas, fui ascendiendo despacio. El temor aumentó al abordar el tejado.

—¿Tú crees que estas tejas aguantarán? —pregunté a Cris.

—Seguro. Las he recorrido con cuidado y ninguna ha crujido. Las casas son sencillas, pero en aquella época las iglesias las construían a conciencia. ¡Fíjate! —y dio un pequeño salto.

—¡No seas loca!

Caminando por lo más alto del tejado, poniendo un pie en cada uno de los dos lados inclinados alcanzamos la torre de la ermita, que era cuadrada y no muy grande.

A la altura de nuestros hombros nos topamos con la campana, que se veía, y se oiría, desde todas partes.

—¿Entramos? —me indicó Cris, y ya estaba poniendo sus pies en los agujeros de la pared.

—¿Para qué? —dije—. No nos vamos a llevar la campana. ¡Fíjate! ¡Debe de pesar una tonelada!

—No, tonto —y se rio—, es para bajar a la ermita. Desde aquí podremos llegar. Estoy viendo las escaleras de caracol.

Nunca había entrado en una iglesia abandonada, aunque fuese pequeña, como aquella. Ahora que estábamos allí era más fácil seguir que volverse atrás.

Desde lo alto del tejado miré el paisaje de mi alrededor: no vi a David, pero tampoco percibí ningún reflejo sospechoso.

—¿Qué te parece? —preguntó Cris.

—Como a alguien le dé por tocar la campana, nos vamos a quedar sordos.

—¡Eso no ocurrirá! ¡Aquí no hay nadie! ¡Bajemos a explorar la iglesia! —y se puso en acción—. Me da en la nariz que vamos a descubrir algún secreto.

—¿Estás segura? —le pregunté aturdido.

—No, pero es más emocionante así.

—Ah, claro, claro.

Estábamos en una torre. Comenzamos a bajar, acercándonos lo más posible a la pared. Al final, las escaleras de caracol acababan en una especie de cuarto con un agujero en el suelo, por donde se colaba la gruesa cuerda atada al badajo de aquel monstruo de acero.

—Desde abajo, el cura tocaba la campana para anunciar que comenzaba la misa —me comentó Cris, que había leído demasiados libros sobre chicos que van a visitar a sus abuelos al pueblo en verano.

—¿Y este sitio para qué es? —pregunté, mirando hacia todos los lados.

—No lo sé.

Dimos otra vuelta a aquel lugar vacío, abrimos la pequeña puerta que había a un lado, y salimos a una especie de balcón interior. Desde allí se veía bien la iglesia: los bancos de madera como si fuese el patio de butacas de un pequeñísimo teatro, la pila del bautismo y el altar, al fondo.

—Estamos en el coro —dijo Cris—. Desde aquí debían de tocar el órgano —y miró a su alrededor—, suponiendo que tuviesen uno.

En un oscuro rincón había unas escaleras y bajamos por ellas hasta alcanzar, al fin, el suelo de la ermita, que era de amplias baldosas blancas.

—¡Uff, qué frío hace aquí! —tirité.

Al ver a mi lado la cuerda, no pude evitar abalanzarme hacia ella. La campana pesaba demasiado, y antes de que Gris me dijera algo, ya estaba trepando por la cuerda, como en las clases de gimnasia.

Por fin aquella liana comenzó a temblar, y se oyeron unos sonidos graves, planos, demasiado próximos.

—¿Qué haces? —me reprochó Cris—. Estás tocando la campana.

—Es para asustar a David —me justifiqué nada más saltar al suelo.

—No seas loco. ¿No ves que puede venir alguien? Del pueblo o del campamento. El sonido de las campanas de las iglesias se oye desde muy lejos. ¡Vámonos!

—Espera —le dije—. Ya que estamos aquí dentro exploremos un poco más. Quizás haya un tesoro.

Cris dudó, pero finalmente cedió.

—¡Está bien! —y se detuvo a recordar nuestras aventuras anteriores—. Además..., en lugares más peligrosos hemos estado.

Recorrimos lentamente la ermita enfocando con las linternas, aunque se podía avanzar sin ellas: la luz entraba, como un rayo inclinado, por las cuatro ventanas estrechas que había a ambos lados. El panorama no era demasiado apasionante: los bancos de madera oscura estaban llenos de agujeros.

—Es la polilla —advirtió Cris.

Pero no eran los bancos lo único tenebroso.

En la reseca pila bautismal sólo se apreciaban telas de araña y polvo casi sólido. Y en el altar habían desaparecido todas las imágenes de santos, Cristos y Vírgenes que hubiese podido haber. Sólo quedaba una cruz de madera y parecía que la hubieran colocado después de vaciar aquella pared.

—¿Te das cuenta?

Nos acordamos de los robos de iglesias que habíamos desvelado ese mismo verano en el pueblo de Fernando. Al fondo de la ermita se veía el suelo demasiado oscuro. Avanzamos hacia allí. En aquel lugar, las baldosas habían sido sustituidas por una madera oscura y polvorienta.

—¡Esta es la entrada al sótano! —indicó Cris.

—¿Un sótano en una iglesia? —me parecía muy raro—. ¿Serán las catacumbas? —dije, lo pensé mejor y añadí—: ¡O donde guardan los tesoros! ¿Miramos?

—Estás como una cabra —dijo Cris, que había sido demasiado valiente al subirse sola al tejado, pero ahora, en aquel lugar, comenzó a intranquilizarse.

Lo noté porque se me acercaba más de lo habitual, lo que me gustó y me hacía ser más osado. E insistí:

—Venga, entremos.

Me imaginaba que se asustaría con cualquier cosa y correría hacia mí para que la

protegiera. Lo he visto en muchas películas. Así que intenté levantar las maderas del suelo, que crujían.

Debajo aparecía una pequeña escalera de piedra, que no quise ni imaginarme adónde conduciría.

De pronto se me quitaron las ganas de meterme por allí. Iba a comentárselo, cuando Cris iluminó con su linterna.

—¡Corre! —me dijo en voz baja—. Baja por aquí, y no hagas ruido.

—¿Qué pasa? —le pregunté en un tono casi inaudible.

—La puerta —dijo, señalando hacia el final—. Alguien está intentando entrar en la iglesia. ¿No oyes?

Miré rápidamente y vi un fino rayo de luz que se colaba. Sin pensarlo más, me introduje por aquellas escaleras, cerramos la portezuela de madera sobre nuestras cabezas y nos quedamos allí debajo, muy pendientes de cualquier ruido.

Permanecimos unos segundos, que a mí me parecieron horas.

—¡Bajemos más! —indicó Cris.

—Espera —le pedí, acercando la oreja al techo de madera.

Trataba de adivinar si había entrado alguien y dónde se encontraba. No oía nada.

—¡Salgamos!

No me encontraba demasiado a gusto en aquella catacumba.

Quise empujar la puerta que había sobre mi cabeza, como si fuese una trampilla, pero ni siquiera pude intentarlo. Para mi sorpresa, aquella madera se abrió sola y...

—¡¡¡David!!! ¿Qué haces aquí?

—¡Eso mismo os pregunto yo! —dijo David en cuanto salimos—. ¿Qué hacíais ahí tan escondidos los dos? —y me miró, cómplice, como suelen mirarse los chicos entre sí en esas situaciones confusas.

Rápidamente nos contamos nuestras historias. Nos sorprendió que nuestro amigo no escapara corriendo cuando oyó el sonido de la campana, Y aún más, que se decidiera a venir a averiguar qué es lo que pasaba.

Va más relajados, miramos a nuestro alrededor.

—¡Qué interesante! —suspiró David—. Una iglesia para nosotros solos. ¿Qué había ahí dentro?

—¡No lo sabemos!

—Pues, ¿a qué esperamos?

—¿No te impone bajar por ahí? —le preguntó Cristina.

David suele ser el primero en rajarse cuando se trata de hacer algún esfuerzo o meterse en una aventura desconocida.

—¡Qué va! ¡Para eso estamos aquí! —y se dirigió hacia las escaleras con su linterna en la mano—. ¡Exploremos! ¡Descubramos los secretos escondidos durante siglos!

Aquellas escaleras acababan en un cuarto pequeño excavado en la tierra. Hacía demasiado frío. Era como si estuviéramos en Siberia. Me recordó a las catacumbas que había visto en Roma cuando viajé con mi padre.

—¿Esto qué es?

Los tres alumbramos las paredes y vimos algo parecido a nichos, todos cerrados, y placas de piedra delante de algunos de ellos.

—¡Así que aquí es donde enterraban a la gente de este pueblo! —suspiró Cris, que había adivinado lo que nosotros tratábamos de pasar por alto, y prosiguió—: ¡Ya me extrañaba a mí ver una iglesia en un pueblo sin un cementerio al lado!

—¿Por qué no nos vamos? —sugirió David.

Su valor empezó a resquebrajarse.

—¡Un segundo! —lo detuve, alumbrando hacia abajo.

A la altura de nuestras rodillas había un nicho que estaba abierto.

Nos agachamos, iluminamos los tres a la vez, esperando encontrar algún tesoro y...

—¡Huesos! —exclamamos con desencanto y cierto asco David y yo.

—¡Es un nicho que no han tapado! —evaluó Cris—. No suele ocurrir nunca. ¿Por qué lo habrán dejado así?

—No tendría familia que lo pagara —dije con sentido práctico.

—Sí, pero es extraño, muy extraño... —añadió David, alumbrando bien el agujero.

—¿Qué es extraño? —y me reí—. ¿Que un muerto esté muerto?

—No, que el esqueleto esté revuelto, como si alguien lo hubiese enredado.

—¡Aaag, ratas! —gritó Cris, y echó a correr, buscando la salida, el aire libre.

—¡Vamos tras Cris! ¡No la dejemos sola!

—Sí —añadió David—. Algo me huele mal por aquí.

16. La canción del pirata

Los caminos de vuelta suelen hacerse más cortos; seguramente porque vamos recordando los pasos dados y conocemos el final. En nuestro caso hubo otras razones más contundentes: echamos a correr todo lo que pudimos, pues queríamos alejarnos de aquel lugar.

Además, regresamos por un atajo.

Desde el pueblo abandonado no se veía el campamento, pero sí las rocas que había justamente enfrente. Cris y yo las identificamos cuando estuvimos en el tejado de la ermita y desde allí planeamos ya el regreso.

—¡Si vamos todo recto en esa dirección, llegaremos antes!

Así que olvidamos la ele que habíamos hecho para llegar hasta el pueblo y nos adentramos a través del campo, que ahora era cuesta abajo.

Al divisar, a lo lejos, el campamento, nos sentimos más seguros. Sólo entonces aflojamos el paso y nos pusimos a hablar tranquilamente, como si las ratas y los huesos de aquel esqueleto no hubieran existido nunca.

—¿Quién habrá ganado el partido? —se interesó Cris.

—Seguro que los chicos —dijo David—. ¡Somos los mejores!

—No creo que Héctor sude mucho la camiseta —comenté, como si fuese un experto en fútbol.

Cris lo defendió:

—Pues es el capitán del equipo de su colegio. Me lo ha contado.

—Bah, Héctor es un fantasma total —comentó David, que sin darse cuenta me estaba echando una mano.

Pero Cris, que parecía otra, se empeñaba en defenderlo.

—¿No será, chicos, que le tenéis un poco de envidia porque es bueno en... —y se rio— casi todo?

—¡Envidia! —salté, herido—. ¿En qué es bueno? A ver..., ¿en qué es bueno? —miré a Cris, y como no decía nada, proseguí, cada vez más alterado—. Mañana mismo le desafío a un partido de tenis. Ya verás quién es el bueno aquí.

—Pero si no hay campo de tenis, ni raquetas.

—Da igual, pues de pimpón.

Y así, con esta conversación tan absurda, llegamos al campamento, que vivía un momento de transición: unos estaban tirados en el suelo; otros, en el dormitorio, y unos pocos correteaban y charlaban en grupitos. Fue entonces cuando nos enteramos de que el partido había acabado dos a dos, y Belén, nuestra Belén, había marcado el gol del empate.

La buscamos para felicitarla y contarle lo del pueblo abandonado, pero no estaba por allí.

—Vuestra amiga —nos dijo Gloria— se ha ido al río a lavarse la ropa. ¡Uff, qué horror!

—Eso nunca nos pasará a nosotras —añadió Gracia—, ¿verdad, chicas? Yo me he traído TRES maletas, tres.

—¡Por cierto, esta noche hay radio! Nos lo ha dicho vuestra monitora —señaló Gemma, sin que le preguntáramos nada—. ¡Qué emocionante! Seguro que nos dedican a nosotras todos los discos.

Pero no era aquella la única novedad.

Al poco rato nos encontramos con Chuenlín, que tenía la pierna derecha con una venda y cojeaba.

—¿Qué te ha pasado, Jordi? —le preguntamos.

—¡Las chicas *sel* buenas futbolistas! —nos contó, feliz—. ¡*Dal glandes* patadas!

—¿Te duele mucho?

—Algo, *pelo yo sel fuerte*. Yo *ilé* mañana con *vosotlos* de acampada —y se rio recordando su aventura del año pasado—. *Sel* lo más *diveltido* del campamento: dos noches *peldidos* en el bosque. ¡*Glandioso*!

—¿Quééééééé? —suspiramos, asombrados, los tres a la vez.

Y Jordi empezó a repetir, de una manera tan incompleta y misteriosa, la historia, que parecía que nos lo estuviese contando en chino.

Al final logramos enterarnos de que a la mañana siguiente nos íbamos de acampada al bosque que había tras cruzar el río, no muy lejos de aquellas rocas altas que se veían desde todos los lados. Como éramos muchos, la excursión se hacía en dos turnos: nuestro grupo y el rojo seríamos los primeros.

—¡Qué pasada! —suspiró Cris antes de irse hacia su cuarto.

Serían dos noches durmiendo en tiendas de campaña en mitad de la naturaleza.

—¡Me gusta el plan! —le dije a David, al entrar en nuestra habitación para cambiarnos antes de empezar a cenar.

—¡Y a mí! —exclamó David y se rio, misterioso, como si estuviese dando vueltas a algo en su cabeza.

En el comedor todo volvió a ser como siempre: al lado de Cristina se colocaron Kevin y Héctor, quien empezó a contar cómo había marcado el primer gol y había dado el pase del siguiente. Cris le miraba como si le interesara de verdad aquella aburrida historia. Era tan absurdo que, enojado, me precipité hacia el sobrino del director:

—¿Va a haber otro partido?

—Nunca se sabe. Cuando se le ocurra a mi tío, pero... —y me miró desafiante—, si quieres jugar, no lo vas a tener fácil. Los chicos sólo somos siete en el campo, aunque, bueno, como reserva te puedes apuntar.

—¿Quieres jugar? —me preguntó Belén en voz baja, alarmada; ella conocía bien

mis cualidades futbolísticas—. ¿Estás loco?

—No, si yo lo decía por ti. Para que lo frías a patadas en el próximo partido. A ver si lo lesionas a él y no al pobre chino...

—¡Eso está hecho! —me guiñó un ojo, cómplice.

A ella también se le había atragantado Héctor.

Tras la cena, hubo un fuego de campamento. Nos sentamos alrededor de la hoguera. Chuenlín hizo unos juegos malabares, como si estuviese en el circo. Dos chicos del grupo verde tocaron la guitarra y cantaron tres canciones. Las Barbies bailaron alrededor del fuego una danza improvisada, que no estaba mal, pero que no tenía nada que ver con lo que pedíamos los chicos:

—¡La danza del vientre!

—¡No, la de los siete velos!

—¡Esa será el último día! —prometió Gracia.

—¿Por qué no mañana, en la acampada?

—Y nosotros, ¿qué? —protestaron los chicos de los grupos que se quedaban.

—Mañana por la noche os contaré algunas historias de miedo reales que han sucedido por aquí. ¡Ya veréis! —dijo Héctor.

—¡Qué emocionante! —añadió Gracia, moviendo la cabeza como una flor al viento—. ¿Y de qué van a tratar?

No pudimos hablar mucho más, porque empezaron a sonar las primeras notas de Beethoven, que era la sinfonía de cabecera del programa de la radio del campamento, y oímos a Yolanda:

—Buenas noches, chicas y chicos del Campamento del Aire... —todos le contestamos en plan de broma—. ¡Cómo se nota que pasa el tiempo y que os vais conociendo un poco mejor!... —continuaba—. Esta vez hemos recibido muuuchas notas, muuuchos mensajes y muuuchas canciones dedicadas. Esperemos que nos dé tiempo a ponerlas todas.

Las Barbies se miraron entre sí, orgullosas, seguras de que ellas serían las chicas más solicitadas; pero el primer mensaje fue para Héctor, «el chico más guapo del campamento», como leía la monitora. Todos miramos a Cris, que se justificó en voz baja, reafirmando con sus manos:

—¡Yo no he sido!

La creíamos, pero lo que no me tragaba era que alguien considerase a Héctor «el chico más guapo del campamento». ¡Qué horror, si era imbécil! Eso significaba que o no lo conocían bien o se lo había dedicado alguna chica cegata y sorda.

El siguiente mensaje fue para Belén, que se puso roja nada más oír su nombre y se tapó los oídos. No quería enterarse de lo que decían sobre ella. Nosotros, en cambio, prestamos una atención especial: «A Belén, la chica más valiente y decidida, y la mejor *jugadola* de fútbol, de su humilde y *secreto* admirador».

—¡Eso es el chino! —se rio David.

—¡Seguro! ¡Si escribe como habla!

Belén no sólo se apretaba los oídos con las manos; también cerraba los ojos para no enterarse de nada, como si no quisiera que existiese aquello. Al final conseguimos que volviese a la realidad, pero, muy seria, afirmó:

—¡Que nadie comente nada, eh!

Hubo algunos mensajes más, canciones dedicadas a Gracia y a Gemma (a Gloria, ninguna) y tres notas seguidas para Cristina, donde se reían un poco de aquellas palabras que yo había dicho sin querer, y repetían cosas como «Cristina la de la piel más fina» y «Cristina que tiene cara de...».

Cris me miró como si quisiera asesinarme. No parecía la misma amiga que hacía unas horas había estado en el tejado de la iglesia.

—¡Yo me voy! —le dije a David.

—¡Espera, que está muy interesante!

Entonces se oyó la voz de Yolanda que decía:

—Y para terminar, he dejado como cierre este mensaje tan... extraño y original, que dice: «A todos los acampados de este año, para que no me olviden, quiero dedicar un poema de Espronceda. Firmado: el pirata Rozo» —se calló un momento y rectificó—. ¿Rozo? Será Rojo, como Barbarroja, claro —y luego soltó el típico rollo de profesora aburrida—. ¡A ver si escribís de una manera más clara, que con esto del ordenador se ha perdido la afición a la caligrafía y no se os entiende bien! En fin, os vaya leer el poema que vuestro anónimo amigo, sea quien sea, ha escrito a continuación... Ejem... ¡Vamos allá! «Con diez cañones por banda, / viento en popa a toda vela, / no corta el mar sino vuela / un velero bergantín...».

—¿Qué significa «bergantín»? —preguntó David.

—¡Qué sé yo! Pregúntaselo a Cris, que es la que más lee, aunque no parece estar de muy buen humor.

—¡Claro, se han burlado de ella por tu culpa!

—¿Por mi culpa? —reaccioné indignado—. ¿Quién fue el que me tiró de la lengua y me grabó y lo hizo público y...?

—Era un jueguecito de nada —añadió David, riéndose al recordarlo.

Con tanta charla no oímos *La canción del pirata*, que era una poesía muy larga. No me podía creer que alguien se la supiese de memoria para escribirla entera, y empecé a darle vueltas.

Había algo que no encajaba en todo aquello, y cuando ya estábamos en la cama, salté de mi litera inquieto. Tenía una intuición.

—¡Ya sé quién es el que nos ha dedicado la canción del pirata!

—¡No fastidies! —exclamó David, asombrado, y se sentó en la cama—. ¿Quién es?

—¡El zorro!

—¿Nosotros? —me miró como si no me conociera—. ¿Estás tonto?

—No, que no te has enterado de nada. El zorro farsante, el otro zorro, que ha vuelto a actuar.

—Dedicar una poesía no parece una broma muy interesante.

—Es que esa no es su venganza, sino que planea algo y lo ha anunciado por la radio.

—No me puedo creer que sea el zorro.

—Yo, sí. Todo encaja. He estado dándole vueltas. Recuerda que Yolanda dijo que el poema nos lo dedicaba el pirata Rojo, como Barbarroja, pero al principio leyó Rozo, y dijo que se había confundido.

—¿A qué viene eso?

—A que la verdadera firma sí era precisamente Rozo.

Me callé, esperando que mi amigo captara la clave, pero pasó medio minuto y se le empezaban a cerrar los ojos.

—¿No te das cuenta? Rozo, rozo, rozo —pronuncié a toda velocidad— es «zorro» al revés. ¿No lo escuchas? Así que está muy claro que el tipo del mensaje es ese zorro misterioso que vuelve a incordiar.

—Pues qué tontería de prueba. Además, como no ha dejado la Z, no se ha enterado nadie.

—El mensaje sólo era un aviso —insistí—. Ahora es cuando va a actuar.

—¿Seguro? —David se despertó de golpe y comenzó a dar vueltas a esa posibilidad.

—Seguro, seguro, no; pero yo no estaría muy tranquilo esta noche.

—Uff, pues yo estoy agotado —señaló David, con pesar—. ¿Qué podemos hacer?

17. La bandera de la muerte

No había mucho que hacer. David y yo salimos a dar una vuelta por el campamento y sólo vimos a algunos compañeros que iban y volvían de los baños. Había una luna casi llena y por allí no se apreciaba nada extraño.

—¡Vayamos a dormir! —dijo David, bostezando.

—¡Vale!

A la mañana siguiente, cuando abrí los ojos, no había nadie en el cuarto. ¿Qué había pasado? ¿Qué hora era?

Miré el reloj.

—¡Oh, qué tarde!

Ya debían de estar todos en el comedor, pero ¿por qué nadie nos había avisado? Aquello sí que era un misterio.

Salté de la litera e inmediatamente le puse un calcetín en la cara a David. Era el método más eficaz para despertarlo, pero como no funcionaba, tiré de él y le saqué de su cama.

—¿Qué pasa, uff?

—¿No oyes?

En aquel momento se apreciaba un murmullo de voces afuera. Era como si todo el campamento estuviese jugando a algo.

—¡Qué tarde debe de ser!

—¿Qué estarán haciendo?

—¿Qué es lo que habrá pasado?

Las preguntas nos llegaban sin parar.

Rápidamente nos dimos una ducha rápida, nos mal vestimos, y salimos al exterior. Entonces descubrimos el misterio de aquella luminosa mañana que había empezado sin nosotros.

—¡Mira! —le dije a David.

Todos tenían los ojos de cara al cielo, donde ondeaba una bandera pirata colgada en lo más alto del palo mayor.

Junto a aquel trapo negro con el dibujo de una calavera y dos tibias cruzadas, se adivinaba una bolsa hinchada de tela, como las de la ropa sucia, que parecía guardar algún secreto o, al menos, una sorpresa.

Estábamos ansiosos por saber qué había allí, pero aún no era el momento. Los monitores esperaban al director. Llegó poco después que nosotros y ordenó a Wanchu que tirara de la cuerda.

Cuando la bolsa cayó al suelo, sonó como si se hubiese roto algo. El director la tomó con sus manos, la volcó y vimos por fin lo que contenía aquella bolsa que estaba debajo de la bandera pirata: una calavera y dos huesos de una pierna. Junto a

ellos apareció un antifaz del zorro.

—¡Fenómeno!

—¡Muy bueno!

Algunos compañeros admiraban esta nueva broma. Les parecía muy ingeniosa. Lo que no se imaginaban es que aquellos huesos no eran de plástico duro, sino que pertenecían a un cadáver auténtico.

En cuanto se dio cuenta de ello el director, los guardó rápidamente, nos miró a David y a mí, y por su expresión supimos que quería hablarnos.

Una vez que entramos en su despacho, volcó la bolsa en mitad de su mesa y preguntó:

—¿Se puede saber de dónde habéis sacado estos huesos? ¡Huesos humanos! ¡En qué lío me habéis metido!

David se acercó a la mesa para mirarlos de cerca y no pudo evitar que se le escapara una frase que dejó al director aún más irritado:

—¡El cadáver de la iglesia!

—¿Cómo lo sabes? —le pregunté, ante el asombro del director.

—¡Soy un experto en esqueletos! —dijo David, que se había comprado todos los videojuegos sobre el tema y tenía un llavero, una linterna, una bufanda y dos camisetas con calaveras—. Esa cabeza es la misma que vimos ayer en aquel nicho del pueblo fantasma.

Según nos oía el director, se quedaba con la boca cada vez más abierta y el entrecejo más cerrado. Se notaba que estaba a punto de estallar.

Así que rápidamente empezamos a contarle nuestra excursión al pueblo abandonado y la conquista de la ermita, lo que no le gustó nada. Sobre todo le dejamos bien claro que nosotros no habíamos actuado. Para asegurarlo, David le enseñó las zetas que aún nos quedaban y añadió, convencido:

—Ese misterioso zorro usurpador vuelve a actuar de nuevo.

—¡Hummm! ¡Y está dispuesto a atacar fuerte! —recordó el director y se quedó callado.

—¿Lo dejamos? —sugerí.

Aquello no me gustaba nada.

—¿Ahora? ¿Estáis locos? Al contrario, mientras actúe él, vosotros tenéis que seguir haciendo de zorro, tal como estaba previsto desde un principio. Es nuestra única coartada. Lo que me preocupa es la acampada en mitad del bosque y en tiendas de campaña...

—¡Ya está! ¡Suspéndala! —David lo vio muy claro.

—No puedo. La acampada empieza hoy. Ya está todo preparado y levantaré sospechas si lo hiciera después de esto —dijo, señalando los huesos—. No quiero que cunda el pánico. Además, como únicamente vais dos grupos y aquí se quedan otros

dos, comprobaremos, entonces, en dónde se decide a actuar ese zorro, si es que se decide.

—¿Cree que el traidor —pregunté— es alguien del campamento que se está vengando por algo?

—Me temo que sí, por mucho que me pese. Me he negado a aceptar tal posibilidad, pero ahí están los hechos. Si fuese alguien ajeno, lo hubiésemos notado en algún momento. Un extraño merodeando por aquí levanta sospechas, mientras que si es uno de nosotros...

—¿Quién puede ser? —David miraba por todos los lados, impaciente.

—Cualquiera. Sin contarme a mí, aquí hay treinta y seis acampados entre chicos y chicas, cuatro monitores, la cocinera, el transportista y la ayudante... En total, cuarenta y tres —y remató—: ¡Cualquiera!

—¡Nosotros no! —se apresuró a dejar bien claro David, y señaló el bolsillo donde guardaba las Z de zorro del aire.

—Por supuesto que no. Aunque un buen detective no debe dejar fuera ninguna posibilidad por muy remota que sea —añadió el director.

Luego se quedó pensativo, como si estuviera acordándose de alguna película y dio pequeñas vueltas alrededor de su despacho, murmurando:

—Lo que no entiendo es de dónde saca esas zetas, que no se venden en ningún lado. Son idénticas, y yo tengo las nuestras bien guardadas bajo llave.

En esos momentos percibimos, tras la ventana, el alboroto de nuestros compañeros y las voces de los monitores tratando de callarlos. También oímos a la sargento gritar nuestros nombres, y Zack, el otro monitor, que nos llamaba por el altavoz:

—¡Álvaro! ¡David! ¡Venid inmediatamente o partiremos sin vosotros!

—¡La excursión! —grité, sorprendido.

—¡Corred, salid por la puerta de atrás! —dijo el director—. ¡Que no os vean! ¡Daos prisa! —insistió—. ¡Y recordad que...!

18. Larga excursión hacia el río

Entramos en nuestro cuarto por la ventana del fondo, recogimos las mochilas de mano y nos presentamos rápidamente en la explanada.

Los monitores empezaban a impacientarse, no tanto por nuestra tardanza como por el descontrol de los compañeros, que se habían tomado la espera como si fuese una fiesta, a pesar de las voces de Yolanda.

Al vernos aparecer, la monitora vino hacia nosotros. Se le notaba enfada:

—¡Álvaro, David, como nos habéis retrasado tanto la marcha, cargaréis con las tiendas de campaña!

No era un buen comienzo para una excursión. Ante aquellas mochilas gigantescas, David protestó:

—Pero si son más grandes que nosotros.

—No os quejéis, que no pesan tanto. Sólo abultan. Además, no lo haréis durante todo el camino.

Estábamos lamentando nuestra mala suerte, cuando se acercó Belén y al vernos tan hundidos trató de animarnos.

—¡No os quejéis, que os toca cuesta abajo!

—Pues carga tú con ellas —le sugirió David, tambaleándose con el peso extra.

La marcha empezaba. Cris se había adelantado con Héctor, mientras que Kevin estaba con las Barbies. Lo más sorprendente era que el chino encabeza el grupo junto a Inés, que había dejado de quejarse por todo y ya no repetía que se quería volver a casa. Es más, ella y Chuenlín iban cantando una canción que nos gustaba y conocíamos bien, pero que no nos hubiésemos atrevido a entonar allí delante de todos: le habían cambiado un poco la letra, pero se notaba que era de una película de Walt Disney.

—*I go... I go...* al campo de excursión...

La dirección que seguimos fue la misma que tomamos nosotros el primer día, nada más llegar para huir del plasta del sobrino del director.

Esta vez se nos hizo más largo el camino por el peso de las mochilas y las tiendas, pero una vez que alcanzamos la roca ya conocida, nos detuvimos. Era el primer descanso para contemplar el «maravilloso paisaje», como nos decía el monitor, que se ofrecía a nuestros pies.

—¡No os sentéis ni bebáis agua tan pronto, que os fatigaréis más! —nos recordaba Yolanda, mientras Zack, al borde de las rocas, mostraba el camino que quedaba por recorrer:

—Bajaremos por ese lado, llegaremos al cauce del río y retrocederemos hasta aquella parte más estrecha y con rocas, ¿veis?

Nadie lo veía.

—Y como no hay puente, cruzaremos por las piedras. Luego volveremos otra vez hacia delante por el cauce, siguiendo la dirección del agua. En esa zona hay que tener cuidado porque ha habido desprendimientos de tierra. Lo normal es que ocurran en primavera, con las lluvias, pero cualquier precaución es poca.

—¡Menuda montaña! ¿Quién puede subir por ahí?

—Parece una muralla.

—¿Y esos agujeros que se ven en la mitad?

—¡Sel cuevas! —afirmó Jordi, que ya había hecho el recorrido el año pasado.

—¿Cómo van a ser cuevas si es imposible entrar por ellas? —comentó Gemma.

—Sí, son cuevas. Jordi tiene razón —intervino el monitor—. A veces, cuando el sol da directamente, se ven sombras que se mueven, como si hubiese algo dentro. Lo he visto con los prismáticos desde el campamento. Deben de ser de algún animal.

—¡O de un hombre primitivo, de las cavernas! —comentó David, que una vez más decía lo primero que le venía a la cabeza.

Pero nadie le hizo caso.

—¡Serán águilas! —comentó Gloria.

—Las águilas nunca se alojarían en ese tipo de cuevas tan grandes... —intervino Yolanda, que se había acercado hasta nosotros.

En esos momentos creí ver en el interior de uno de los agujeros unas sombras que se movían, pero nadie más pareció darse cuenta.

—¡Están altas esas cuevas! —suspiró Belén, que estaba pensando en subir a una de ellas.

Y como si le leyera el pensamiento, David, añadió:

—¡Ni con una escalera! No hay manera de llegar.

—¡Habrá otra entrada por detrás! —dijo Cris.

—Sí, supongo que por alguna parte —apuntó Yolanda, que estaba pendiente de nuestra conversación, y miró a Zack—. ¿Lo sabes tú?

—¿Yo? —el monitor se quedó sorprendido—. ¿Por qué iba a saberlo? Es la primera vez que vengo a este campamento.

—No, como he visto que te gusta hacer excursiones por tu cuenta...

—Estudio el terreno para que mi grupo sepa por dónde pisar y no haya ninguna sorpresa.

—Pues corre, que se nos van.

David y yo éramos los únicos que nos habíamos quedado junto a ellos, mientras aprendíamos mentalmente el camino que nos tocaba recorrer. Nos pesaban las mochilas extras y esperábamos que los monitores nos liberasen de ese peso que haría peligrar nuestro descenso. Zack y Yolanda lo entendieron así y cargaron con las tiendas de campaña.

De pronto, nos sentimos tan ligeros como si fuésemos pájaros. Echamos a correr

cuesta abajo; adelantamos a todos y llegamos los primeros, no sólo a la orilla del río sino a las mismas aguas, pues no pudimos detenernos de la carrerilla que llevábamos encima.

—¡Mira cómo ando sobre las aguas! —bromeé, empapado hasta las rodillas.

El recorrido prosiguió según lo previsto. Un poco más abajo saltamos de piedra en piedra para cruzar el río y luego fuimos caminando por el otro lado del cauce, bajo las enormes paredes de aquellas montañas que parecían cortadas con un cuchillo gigantesco.

—¡Esto es la depresión del Ebro! —nos informó Yolanda.

—¿Y por qué está deprimido? —preguntó Kevin, y todos menos yo se echaron a reír.

—¿Te parece gracioso? —le pregunté a Belén.

—Bueno, no es la bomba, pero no está mal. ¡Es mejor que tus chistes!

—¿Qué chistes? —me revolví, intrigado.

Pero Belén, que está acostumbrada a marchar a buen ritmo, ya se había adelantado y alcanzó al monitor, que encabezaba el grupo.

Una vez dejada atrás aquella enorme pared, con misteriosas cuevas en lo alto, el cauce del río se ensanchó y se volvió verde.

A nuestro lado aparecían algunos árboles, y un poco más allá comenzaba una montaña llena de pinos. Hicimos una nueva parada y esta vez sí que pudimos sacar las cantimploras.

—¡A ver, chicos! —nos advirtió Yolanda otra vez—. No traguéis a lo bruto. ¿Habéis oído? No os empapucéis de agua como los sapos, que luego os dolerá la tripa. Mojaos un poco la boca. Mantened un rato el líquido y luego escupidlo. Es lo mejor para refrescaros y poder avanzar sin cansarse.

Su recomendación llegó demasiado tarde. Casi todos habíamos devorado ya media cantimplora de un trago y ahora nos tocaba el mayor esfuerzo, según nos anunciaba el monitor.

—En lo alto de esta montaña está el lugar en el que vamos a acampar. Así que, como ya queda poco, y para hacer más divertida la excursión, os proponemos una nueva prueba por grupos: los que lleguen los primeros tendrán puntos extra, y los últimos irán a buscar leña para la fogata.

Todos nos lanzamos cuesta arriba sin querer oír nada más.

—Eh, esperad —intervino la sargento—. Volved aquí y formad una fila. Yo daré la salida, pero antes demos tiempo a que Zack suba y controle la llegada.

Fue un visto y no visto.

Tras el «¡preparados, listos, ya!» echamos a correr del modo más desorganizado que se pueda imaginar. Si habíamos formado perfectamente de tres en tres, a los pocos metros ya cada uno iba por un lado y a su aire.

—¡No tanta prisa! —gritó Yolanda—. Recordad que no es una carrera individual. Hasta que no estén arriba los tres miembros de cada grupo no se puntúa.

La mayoría ni oyó su advertencia. Únicamente, cuatro o cinco que estábamos más cerca de ella. Los más retrasados. Yo había perdido el ritmo al buscar a Cristina con la mirada, mientras que los demás habían seguido ascendiendo con Belén a la cabeza.

Las palabras de la monitora fueron como una catapulta: me impulsaron hacia arriba con una fuerza que no sé de dónde procedía. Aun así, cuando alcancé la cima, ya estaban allí Belén y David, pero nuestro grupo, como grupo, llegó el primero.

No fue eso lo que más me alegró.

—¡Qué bien, hemos vencido a Héctor! —exclamé, orgulloso.

—¡Hemos vencido a todos! —me recordó David—. Somos unos campeones, aunque tú casi nos estropeas la buena marcha de Belén y mía. ¿Qué te pasó?

No pude contestarle porque en esos momentos andaba pendiente de la carrera.

El grupo del chino ocupó el segundo lugar; le siguieron las Barbies y los cenizos, un grupo del que aún no os he hablado... Es que casi prefiero no hacerlo, pues decían que estaban gafados y traen mala suerte. Yo no me lo creo, pero por si acaso.

Ya sólo quedaban dos grupos por completarse: el de Inés y el de Kevin, quien seguía, impaciente, esperando a sus compañeros Héctor y Cristina, mientras suspiraba.

—¿Qué les habrá pasado?

Eso mismo nos preguntamos todos cuando llegó a la meta Inés, seguida de Yolanda, la monitora que cerraba la carrera.

—¿Falta alguien? —dijo, extrañada, al observar que todavía seguíamos mirando hacia los pinos.

—Dos acampados tuyos —anunció Zack—: Los del grupo de Kevin. ¿No los has visto?

—¿Héctor y Cristina? —se preguntó Yolanda, y trató de recordar—. ¡Qué raro! ¡Si son de los más rápidos!

—¡Pues aquí no están!

—No podemos perder a dos acampados, y menos al sobrino del director. ¡Vamos a buscarlos! —se dio media vuelta, y al ver que Zack no la seguía, se paró—. ¿A qué esperas?

—¡Estás loca! —le dijo el monitor—. No hay que actuar a lo loco, y menos, dejar abandonado al grupo. Montemos las tiendas, ahora que hay luz, y una vez que esté todo preparado y controlado, vayamos a buscarlos siguiendo un plan...

—¿Un plan?

—Sí, peinaremos esa ladera de pinos entre todos. Es lo que se suele hacer en estos casos.

Belén, David y yo estábamos preocupados por nuestra amiga, y David preguntó,

intrigado:

—¿Qué es eso de peinar la ladera?

—Muy fácil —le explicó Belén—. Hacemos una fila y vamos desplegándonos todos entre los pinos y avanzando al mismo paso, de modo que no haya ni un solo punto de terreno sin explorar. Figura en todos los manuales del explorador. No falla. Si Cris y Héctor están escondidos en el monte, los encontraremos.

—¿Y si han desaparecido?

—¿Cómo van a desaparecer? —dijo, inquieto—. Lo que no entiendo es por qué no están ya aquí. Sólo se trata de subir.

—Sí —añadió David, innecesariamente—. Es un camino que no tiene pérdida —y miró a Belén, para asegurarse—. ¿O sí?

Estábamos tan metidos en el asunto que no nos dimos cuenta de que, no muy lejos, alguien seguía muy atento nuestras palabras. Era Kevin. Se acercó a nosotros y se unió a la conversación. Tampoco entendía aquella desaparición, y así lo estaba comentando con Belén cuando David se separó del grupo. Me llamó y en voz baja susurró:

—¿No has visto eso? —dijo, señalando disimuladamente con el codo.

—¿Qué?

—¡El llavero! ¡Mira qué llavero lleva Kevin!

Lo miré y tuve que volver a mirar otra vez, y casi a frotarme los ojos para darme cuenta de lo que tenía delante. No me lo podía creer.

—¡El zorro! —exclamé, sorprendido; luego lo pensé mejor, y rectifiqué—: ¡Cómo va a ser Kevin el zorro traidor, es imposible!

—¡Es un tipo muy listo! —comentó David—. Cristina nos lo ha dicho.

—¡Bah, no será para tanto! Además... —me quedé pensando, pero no se me ocurría nada sensato—. No sé. No me pega que sea él.

—¿Entonces?

—¡Vayamos a averiguarlo! —dijo, y como si tal decisión me hubiera animado, me aproximé a Kevin y le pregunté—. ¿Ese llavero...?

—¿Te gusta? —me dijo, sin darle mayor importancia—. Si lo quieres, te lo doy... —lo pensó mejor, y antes de que dijera nada, añadió—: Bueno, no, no puedo. Lo siento. Es un regalo, y los regalos no se pueden regalar.

—¿Un regalo? —pregunté sorprendido; aquello me sonaba a excusa—. ¿De quién?, ¿de tus padres?

—Oh, no. Mis padres nunca me comprarían algo así. Ha sido Héctor. Yo no se lo pedí. Le comenté que era mejor que se lo diese a Cristina. Los delfines suelen gustar más a las chicas, pero me dijo que para ella tenía otro regalo especial.

Nada más oír aquella insensatez, David y yo nos miramos alarmados, y sin más explicaciones, echamos a correr.

—¡Vámonos! ¡Tenemos que ir a buscarlos ahora mismo!

No habíamos dado ni diez pasos cuando oímos a nuestra espalda la voz entrecortada de Belén, que venía corriendo.

—Eh, chicos, esperadme —y nos detuvimos—. ¿Qué os pasa?

—¡El zorro! —dijo David, misterioso—. Hemos descubierto que Héctor es el zorro vengador.

—No seáis absurdos, si Héctor...

—No hay tiempo para explicaciones —la interrumpí—. Ya te lo contaremos más adelante.

Me di media vuelta y eché a correr.

—Espera, Álvaro, espera. No has visto que...

Aceleré la marcha. Ya no oí lo que decía. Tenía una misión urgente que cumplir, y para darme fuerzas e ir más veloz, según bajaba, iba repitiéndome:

—Hay que darse prisa. ¡Cristina está con ese loco!

19. Contando historias de miedo

Eché a correr todo lo que pude, convencido de que había que ganar tiempo. No sabía si mis amigos me seguían; ni siquiera se me ocurrió mirar hacia atrás.

Me lancé, como si fuese un tobogán, ladera abajo, intentando no estrellarme con los pinos.

Iba a tal velocidad que así era imposible descubrir alguna pista, suponiendo que la hubiese, pero quería llegar abajo lo antes posible. Tenía la corazonada de que Cris y Héctor no habían subido por el mismo camino que nosotros.

Andaba tan obcecado con esta idea que apenas si percibí unos pasos que venían tras de mí.

—¡Álvaro! ¡Álvaro! ¡Espera!

No podía esperar. Mi amiga me necesitaba.

Tan metido estaba en mi papel de rescatador que desapareció de mí todo lo que no fuese Cris. Incluso las voces que oía a mis espaldas me sonaban como la de ella.

—¡Es una locura! —me dije, y aceleré el ritmo de tal modo que pisé una rama, hice una pirueta en el aire y caí al suelo.

Rodé blandamente y me quedé tirado, dolorido y retenido por el tronco de un pino grande. Tenía la boca llena de tierra.

Entonces oí encima de mí una voz que me descolocó tanto que pensé que estaba delirando.

—¿Te ha pasado algo, Álvaro? ¿Te encuentras bien?

No podía ser Cristina.

Pero lo era.

Al darme la vuelta, reconocí su cara preocupada. No entendía nada.

—¡Tú no tenías que estar aquí! —dije, sin levantarme.

—¡Ni tú aquí! —respondió, casi sonriendo.

—¿Estás bien? —le pregunté.

No me acababa de creer que estuviese allí.

—¡Eso te lo debo preguntar yo! ¡Tú eres el que está hecho un cromo en el suelo! —sonrió—. ¿Te has roto algo?

—No —dije orgulloso—. ¡Estoy acostumbrado a estas cosas!

—¿A romperte la cabeza? —y se rio abiertamente.

Luego me ayudó a levantar y caminamos hacia la acampada. Me apoyaba en sus hombros torpemente, mientras trataba de contarle las cosas tan absurdas que habíamos pensado de su desaparición.

Cris volvió a reírse.

—¡Pobre Héctor! —exclamó y aprovechó para contarme lo que realmente había sucedido.

Cuando subimos todos por la montaña, ella se fue hacia el lado izquierdo, que le pareció más fácil, y Héctor la siguió. Ya estaban llegando a la cima cuando vio la entrada de una cueva entre unos matorrales.

—¿No te meterías en ella? —le interrumpí, temiéndome lo peor.

—¿Por qué no? Las cuevas son nuestra especialidad. ¿O es que ya no te acuerdas?

Me acordaba perfectamente de cómo escapamos de la casa del fin del mundo, y también, del pasadizo del monasterio al castillo de los guerreros sin cabeza, pero aquello fueron aventuras nuestras, de Los Sin Miedo, y estábamos los cuatro juntos. Esto era diferente.

—Es que... —me quedé mudo.

—No pasa nada. Héctor me acompañó y... —se calló un segundo, como si estuviera recordando—. Bueno, no es tan divertido como ir con vosotros, pero salió bien: alcanzamos la salida, que nos llevó hasta el otro lado del monte. Al principio anduvimos muy despistados, hasta que oímos voces y, guiándonos por ellas, no fue difícil llegar hasta el lugar de la acampada. Al primero que vimos fue a Jordi, que estaba buscando ramas para el fuego.

—¡Muy divertido! —suspiré, sin reírme ni un poco.

—Lo divertido —dijo Cris, llevándose la mano a la boca para que no se le notara que se estaba partiendo de risa— fue ver cómo salías corriendo y no oías las voces de Belén y David que te llamaban. Les pregunté qué te pasaba y me dijeron que ibas a buscarme. ¡Imagínate!, y yo allí, ¡detrás! Me lancé tras de ti a todo correr, sin parar de llamarte.

—¡Es que...!

Quería contárselo todo, pero no podía decirle que Héctor era el zorro traidor, porque entonces debería explicarle que nosotros éramos el zorro del aire, y eso no podía hacerlo sin consultar a David y Belén. Tampoco tenía tiempo de andar con más explicaciones. Ya habíamos alcanzado la cima y allí todos andaban con sus cosas, como si no hubiese pasado nada.

Empezaba a atardecer.

Me llamó la atención que las dos amplias tiendas de campaña (una para chicas y otra para chicos) no se hubiesen montado en la cima, como estaba planeado, sino que se colocaron en una hondonada que había hacia el fondo. Por un lado, las paredes de tierra nos protegerían del viento, y por el otro había una gran extensión de pinos que se perdían en la oscuridad. Entre las dos grandes tiendas se habían colocado otras dos individuales: la de Yolanda y la de Zack, que hacían de guardianes para que por la noche no atravesáramos la frontera entre chicos y chicas, suponiendo que alguien lo hubiera pensado.

La verdad fue que esa noche no nos entraron ganas de asomar la nariz fuera de la tienda.

La culpa la tuvo el fuego de campamento.

Ya nos había advertido Héctor de que ese era el mejor momento para contar historias de miedo. Fue Gracia quien empezó con una historia que la mayoría ya nos sabíamos. Se trata de una chica que está haciendo autoestop. Cuando la paran se monta en el asiento de atrás, y al cabo de un rato le indica al conductor que tenga cuidado con la próxima curva. El señor se vuelve para preguntarle por qué, pero ya no hay nadie en el coche, la chica ha desaparecido...

—Es que estaba muerta —comentó un compañero—. ¡Había sido atropellada en esa curva!

—Sí, por eso estaba allí —continuó otro—, para advertir a los conductores.

—No es eso, no es eso —se quejó Gracia, indignada—. ¿Me dejáis que acabe?

Pero aquella historia ya estaba desbaratada y no interesaba gran cosa.

—A ver, chicos, una regla fundamental en estos casos es que no hay que interrumpir al que esté contando algo —la monitora, recuperó su acento de sargento—. Si alguien se la sabe, que se calle. ¿Entendido?

Tras este mal comienzo, nadie se animaba a seguir. Nos miramos los unos a los otros esperando a algún voluntario, y al fin, Chuenlín, que nunca dejaba de sonreír, se decidió.

El chino nos contó una historia mucho más terrible que la de Gracia. Dijo que les había sucedido de verdad a sus abuelos, pero como era en las montañas de China y lo explicaba con ese acento tan peculiar, que exageraba la entonación y el misterio donde no había que ponerlo, más que miedo nos dio risa.

Yolanda, la monitora, nos contó el caso de dos gemelas, iguales en todo..., o en casi todo, ya que una era buena y la otra muy malvada. Un día se fueron de excusión y se perdieron por el bosque. Entonces...

La verdad es que sabía contarla y nos dejó impresionados; casi prefiero no recordarlo.

También Zack, muy en el papel de crear un ambiente de miedo, se inventó una historia sobre un chico que va a un campamento y los demás se burlan de él.

Una noche, aprovechando que su grupo se había ido de acampada sin monitor, decide actuar. Es su venganza. Nadie se lo esperaba pues era un tipo pacífico y tranquilo, de esos con los que es muy fácil meterse. El caso es que cuando despiertan sus compañeros, se dan cuenta de que están atados de pies y manos. Gritan todo lo que pueden, y cuando el chico tímido entra, siguen gritando y se ponen a insultarle y amenazarle. Él no se inmuta; sonríe malévolamente y se ríe a carcajadas cuando piensa en lo que va a ocurrir.

Y empieza a actuar: unta a sus compañeros con miel; sale de la tienda y con un palo grueso va destrozando los nidos y las cuevas de los bichos que hay por allí.

Al alejarse de la tienda, en donde ha dejado atados y embadurnados a sus

compañeros, un ejército de miles y miles de hormigas rojas avanza hacia el olor de la miel. Parecen ríos de sangre, aunque la sangre llegará después.

—¡Bah, hormiguitas a mí! —decía David.

—Yo hubiese mordido las cuerdas de mi compañero, y luego... —Kevin tampoco lo veía tan dramático, o así intentó aparentarlo.

Lo cierto es que todos juntos, alrededor del fuego y con los monitores al lado, nos mostrábamos muy valientes, como si no nos creyésemos aquellas historias tan macabras; pero una vez dentro de la tienda nos acurrucamos bien en el saco, y por nada del mundo queríamos salir al exterior.

Y eso era precisamente lo que estaba pensando, cuando David interrumpió mis plácidas ensoñaciones.

—¡Álvaro! He bebido demasiado agua.

—¿Y qué? —dije casi entre sueños.

—Que tengo que salir afuera.

No le contesté y, ante mi silencio, me zarandéo.

—¡Acompáñame, que no quiero ir solo! ¡Está muy oscuro!

—¡Coge la linterna! —le sugerí, agotado.

—Sí —protestó—, ¿y cómo alumbro mientras...? Mientras... ya sabes. Yo necesito las dos manos para esas cosas.

—¡Está bien! —había conseguido despertarme, así que me levanté.

Nada más salir de la tienda, David intentó hacerlo allí mismo...

—¡Qué ganas!

—¿Estás loco? —le corté—. ¡Vas a empapar la tienda! ¡Vete hacia los pinos!

—Pues ven conmigo.

—Te alumbro desde aquí.

—No, acompáñame.

—¡Bueno! —cedí, y como andaba algo sonámbulo, tropecé con un trozo de tierra.

No besé el suelo, pero se me cayó la linterna; me agaché para buscarla, y a mi lado oí un ruido muy sospechoso que casi me salpica.

—¿Qué haces?

—¿Qué voy a hacer? —dijo David, que enmudeció unos segundos, y luego, aliviado, suspiró—. ¡Oh, qué bien, qué gusto! ¿Vamos a la tienda? —y como no me veía, preguntó—: ¿Dónde te has metido?

—¡Calla!

—¿Porqué?

—Chhissss —susurré—. ¿No has oído un ruido por ahí? —y señalé—. Me ha parecido...

—Un ruido, ¿de qué?

—Pues... ¡un ruido!

David no andaba para misterios aquella noche.

—Son imaginaciones tuyas —dijo sin darle importancia—. ¿Por dónde está la tienda?

—No lo sé. ¿Y tú?

—¿Por qué crees que te lo he preguntado?

—Calma, no te enfades. Es que... ¡no se ve nada!

—¡No hace falta que me lo jures, ya lo estoy viendo!

—¿Qué es lo que estás viendo? ¡A mí todo me parece igual!

Era una noche cerrada. Negra total. Y cada vez era más difícil recuperar la linterna.

Nos quedamos quietos, intentando que nuestros ojos se acostumbraran a la oscuridad que nos rodeaba.

Apenas si pestañeábamos.

Hacía algo de frío, y por más que me esforzaba, no lograba imaginarme cuál era el camino que habíamos recorrido para llegar allí. Por la noche es muy fácil despistarse.

Miré a mi alrededor y al no ver nada, absolutamente nada, y sentir que todo era tan grande, infinito, comencé a ponerme nervioso. Era como si estuviera perdido en el universo. Menos mal que tenía a David al lado, porque solo me hubiese muerto de miedo y angustia. Y eso que mi amigo no era la mejor compañía en ese momento. Enseguida me di cuenta.

—Álvaro —me dijo—, ¿estás seguro de que Héctor es el zorro vengador?

—No lo sé —me puse a considerarlo seriamente—. La verdad es que no me pega. Lo del llavero puede ser una casualidad. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Y si el zorro no fuese humano? —sugirió David, y por su tono se notaba que no me estaba tomando el pelo.

—¡Qué tonterías dices! —yo también tenía alguna duda, y precisamente por ello añadí—: ¡Cómo se te ocurre algo tan absurdo!

—Hay muchas cosas que no sabemos. ¡Mira todas esas historias que han contado! ¡Y dicen que pasó de verdad!

Cada vez nos apetecía menos quedarnos quietos en plena oscuridad, pero si avanzábamos por la dirección equivocada, podríamos perdernos definitivamente.

¿Qué hacer?

Tanteamos unos cuantos pasos en todas las direcciones y de repente pisé algo duro.

—¡La linterna! —dije al agacharme y palparla—. Sería mucha suerte que...

—¡Alumbra! —exclamó David al ver el foco—. ¡Qué bien, no se ha roto!

Iluminé a mi alrededor muy despacio. A nuestras espaldas estaban las tiendas de campaña. Suspiramos, aliviados.

Ya íbamos a dirigirnos hacia ellas cuando, al enfocar al suelo, vimos unas huellas grises en el marrón oscuro de la tierra.

—¡Alguien ha estado por aquí! —deduje.

—¡Normal! ¡Los que han ido a buscar leña para la fogata!

—No lo creo. Estas huellas son más recientes.

—¿Cómo lo sabes? —David, que se sentía aliviado por haber encontrado el camino de vuelta, bromeó—. ¿Pone la hora?

—Casi —apunté misterioso—. Mira. Estas huellas tienen ceniza, lo que quiere decir que quien sea ha pisado los restos de la fogata después de que se apagara el fuego, y cuando nos fuimos a la tienda aún había llama.

—¿De quién pueden ser?

Mientras David las observaba yo miré a nuestro alrededor. Seguía sin verse nada, pero había algo en el ambiente que me intranquilizaba. Se presentía algo. Giré la cabeza instintivamente hacia mi espalda y vi brillar una luz muy fina que se movió hacia un lado y desapareció, como si se hubiese sentido descubierta.

—David, ¿te has dado cuenta...? —y antes de que contestara iluminé hacia la tienda de campaña y eché a correr.

Mi amigo, que se había quedado detrás, gritaba:

—En, espérame. ¿Qué te pasa?... ¿Estás loco? ¿Has visto un fantasma?

20. Oculto en todas partes

No sé lo que había visto, pero aquella noche estuve con los ojos bien abiertos hasta que se me cerraron solos. Me desperté el último. Cuando me levanté, ya estaban todos vestidos, incluso David, que vino hacia mí, animado.

—¿Sabes que las huellas que vimos anoche no eran del zorro?

—¿Por qué?

—Porque el zorro vengador ha actuado esta noche en el campamento donde se han quedado los otros. Nos lo ha contado la sargento.

—¿Qué?

Mientras desayunábamos, Yolanda volvió a repetir la historia.

Al parecer, aquella mañana había llamado por teléfono a Wanchu y este le había dicho que se habían quedado a oscuras por la noche y que cuando fue a la caja de los contadores descubrió una Z. Entonces se dio cuenta de que alguien —el zorro— había quitado los fusibles y los había sustituido por unos hilos de cobre muy débiles que, en cuanto encendieron todas las luces, se fundieron al no aguantar tanta intensidad.

—¡Muy listo ese zorro! —concluí.

—Lo que no entiendo —le dijo Yolanda a Zack, que la escuchaba tan atentamente como nosotros— es cómo se les ocurren esas cosas tan complicadas a los chicos de hoy. En nuestra época no teníamos ni idea de que existieran las cajas de fusibles y ahora...

—¡Este zorro sabe bien lo que hace! —comentó el monitor, y yo me estremecí, porque estaba pensando lo mismo.

Por suerte nos separaban cinco o seis kilómetros del campamento y un río. De pronto, al recordarlo, me sentí más intranquilo: si las huellas con ceniza que vimos por la noche no eran del zorro vengador, ¿de quién podían ser? Y no era esa la única incógnita: también estaba el asunto de la luz que desapareció en cuanto la vi.

No quise contárselo a David porque sus explicaciones suelen dejarme aún más preocupado. Además, empezaba la acción. Nos esperaba un día muy movido al aire libre: una excursión por los alrededores, un baño en el río, una divertida carrera de sacos en la ladera de una montaña, una merienda...

No estuvo mal.

Por la noche se repitió el fuego de campamento.

Estábamos tan agotados que no teníamos fuerzas ni para abrir la boca, así que el monitor comenzó a contarnos una historia que a mí me sonó a inventada.

Fue la primera de una serie de leyendas urbanas. En vez de escucharlas, hubiese preferido jugar a las cartas, pero parece ser que cuando se está en un lugar solitario, alrededor del fuego y de noche, hay que contar historias de miedo.

Y la de Zack lo era.

Trataba de unos amigos que van de excursión a un bosque. Se encuentran con un tipo que les avisa que no deben acampar en aquel lugar e insiste en que no pasen allí la noche. Los chicos no le hacen caso, le dicen que el campo es de todos y que no hay nada que se lo prohíba. «Está bien, haced lo que queráis, pero recordad que si sopla el viento del Sur...». Ellos no entendían de vientos, así que le interrumpen: «¿El viento del Sur?». Y el otro explica: «Sí, ese viento que es como un gemido. Si sopla, recordad lo, no debéis salir de ningún modo al exterior y cerrad muy bien la tienda sin dejar ningún resquicio: vuestra vida peligra». «¿Por qué?», pregunta uno de ellos, mientras los demás se burlan de la amenaza. «¿Por qué? Porque ese viento seca el cerebro de los animales, les vuelve locos, y entonces... ¡cualquier cosa puede ocurrir!». ».

El monitor lo contaba como si lo estuviera viviendo. Me fijé en sus ojos. Eso fue lo que más me sorprendió, pero a mis compañeros no les afectó demasiado.

Les impactó mucho más la historia que relató Héctor sobre unos estudiantes que cogen una mecedora en la basura, la llevan a casa y, por la noche, oyen unos ruidos extraños, se levantan y allí, en mitad del salón, la mecedora no para de moverse sola, como si se hubiera sentado en ella el fantasma de su antigua dueña.

A mí la historia que más miedo me dio fue el caso de una señora que un día ve luces moviéndose en mitad de la habitación, grita, y su marido, que se estaba afeitando, se corta el cuello y empieza a sangrar. Después...

¡Uf!, no quiero repetirla, pero ya os lo imagináis, ¿no? El caso es que esas luces, que sólo veía ella, aparecen siempre que va a ocurrir una tragedia.

Cuando Gloria acabó de contarla, me froté los ojos y le dije a David:

—¿Seguro que anoche tú no viste también unas luces muy pequeñas en la oscuridad?

—Ya te dije que no —contestó tan serio que le creí, para mi pesar.

Belén, que estaba al lado, se unió a la conversación.

—¿De qué habláis?

—Esta noche va a ocurrir algo grave —señalé en tono misterioso, y al alzar la vista hacia el fondo descubrí un detalle que no dejó de inquietarme—. Mirad, chicos —dije, señalando con el dedo—, ¿no es una Z aquello? —y ante su silencio, proseguí—. Las ramas de ese árbol forman una zeta, la firma del zorro.

—Estás un poco mal —señaló Belén.

—Sí, claro, una zeta —le quitó importancia David—, y aquellas ramas forman una ele. Y las otras, una efe y una jota, ¿no ves? Si te pones a imaginar, es fácil imaginarse cualquier cosa. Pasa lo mismo que con las nubes: puedes ver en ellas la figura que se te ocurra.

—Ya pero...

—¡Te has obsesionado! —concluyó Belén, y se separó pues nos estaban llamando para ir a las tiendas de campaña.

El día había sido largo y cansado. A los pocos minutos todos mis compañeros ya estaban dormidos. Al verlos en sus sacos, tan tapados y sólo con la cara descubierta, me recordaron a unas momias malévolas que cobran vida en mitad de la noche. Al instante saqué los brazos y zarandeé a David. Necesitaba hablar con alguien.

—¿Eh? —gritó—. ¿Qué pasa?

Mi amigo se dio media vuelta y giró hacia mí, asustado, parpadeando. Le acababa de sacar de un sueño, posiblemente de una pesadilla.

—¿Qué pasa? ¿Dónde estoy? —dijo, moviendo rápidamente sus ojos hacia todas partes con una mirada que no parecía suya.

Y de pronto, en aquel silencio, comenzó a oírse algo como...

—¿Eeeeeeso es el viento? —preguntó, aún sonámbulo.

Nos miramos y escuchamos lo que parecía la respiración de un gigantesco animal herido y que a mí me recordó...

—¡El viento del Sur! —sugerí, pues me llegó a la mente la historia que nos había contado el monitor.

David se despertó de golpe y completó:

—¡El que vuelve locos a los animales!

No había tiempo que perder: corrimos hacia la entrada de la tienda, cerramos la cremallera hasta el final y tapamos las dos ventanitas de gasa que había a los lados.

Con tanto movimiento pisamos más de un bulto rodante. Nuestros compañeros se fueron despertando.

—¿Qué hacéis?

—¡No cerréis así, que nos vamos a ahogar!

—¿Qué pasa?

No fue necesario contestar: el viento lo hacía por nosotros. Sonaba tan fuerte que era como si estuviésemos viviendo una película de huracanes.

De repente, pareció disminuir, pero su gemido llegaba mezclado con otros sonidos de fondo:

—¡Lobos!

—¡Jabalíes!

—¿Pueden ser osos?

—¿Qué animales hay en un bosque? —preguntó David.

Todos nos quedamos mudos e inmóviles, como si temiéramos ser divisados por las fieras. Héctor fue el primero en reaccionar.

—¡Vamos, chicos, esto es absurdo! Debe de tratarse de alguna broma. ¡Será el zorro otra vez! ¡Salgamos a ver!

Nadie dio un paso. Héctor, tampoco.

—¡Qué lástima que no tengamos aquí un móvil! —se quejó Kevin.

No sé cuánto tiempo estuvimos así, de pie, sentados o medio tumbados, rígidos, petrificados, mirándonos unos a otros, sin saber bien qué hacer.

Como si se hubiesen fundido los plomos, aquel sonido desapareció de golpe: ya no había viento ni se oían animales alrededor, pero igualmente nadie se movió de la tienda.

—Si no estuviésemos todos aquí, hubiese creído que era un sueño —me dije.

—¡Igual lo es! —comentó David, ya relajado y me pellizcó, al tiempo que decía —: ¿Notas algo?

—Tú eres el que va a notar un puñetazo en la cara como...

—Tranquilo, Álvaro, que quería comprobar que estábamos despiertos de verdad. Era, como tu dirías, un experimento científico...

A la mañana siguiente, nadie salió del saco hasta que no oímos las voces de Yolanda, que intentaba levantar a las chicas. Una vez que supimos que ya estaban fuera, nos asomamos al exterior, aunque nuestro monitor no andaba cerca para meternos prisa.

—Ah, por fin aparecéis. Zack ha ido a buscar leña para el desayuno. ¿Por qué no vais a echarle una mano? —sugirió la monitora, y nos miró a David y a mí—. ¡Es por allí!

—¿Por ahí? —dije, y di un paso hacia atrás.

David lo advirtió y me preguntó qué me pasaba. No podía decirle que fue precisamente en esa dirección en la que creí ver las luces fugaces que él no vio. Pero aquel asunto ya no me preocupaba demasiado. Era de día. Los paisajes cambian con la luz.

Cuando regresamos, bien cargados, los chicos y las chicas seguían hablando del viento loco y los gruñidos de esos animales que habíamos oído todos menos el chino. Chuenlín no se despertó aunque le pisamos varias veces.

—¡Es extraño todo esto, muy extraño! —dijo Belén.

Y se iba a explicar mejor cuando David la cortó:

—Oye, que esa frase es mía, y me toca decirla a mí —nos miró a todos, y repitió, muy despacio—. ¡Es extraño, muy extraño!

Luego, dirigiéndose a Belén, preguntó:

—¿Qué es lo extraño?

—¡Las huellas! —aclaró Belén, que era una experta montañera—. He estado mirando alrededor del campamento y sólo he visto nuestras huellas, pero ninguna de animales.

—¡Es cierto! —dijo Gracia—. Y anoche parecía que los lobos estaban aquí al lado. ¿Seguro que entiendes de huellas?

—Mejor que tú de ropa de marca —le soltó, ofendida.

Ambas se miraron como si se desafiaran a un duelo, pero Cristina, que seguía dando vueltas al asunto, comentó:

—Lo más extraño no es eso, sino... —y enmudeció, como si siguiera pensando.

La miramos, pero no dijo nada más. Corrió hacia su tienda y la seguimos. Se detuvo un instante, tomó un pañuelo y lo levantó al aire.

—¿Qué haces? ¿No querrás jugar ahora a...?

—Ya está —dijo Cris, segura de lo que había descubierto—. No estamos en ningún recodo protegido. Aquí corre el aire, como en todas partes.

—Claro. ¿Ahora te enteras?

—No, lo que me sorprende es que anoche sopló un viento fuerte, muy fuerte. Todos lo oímos, y sin embargo...

—Y sin embargo —le tomé el relevo, porque acababa de verlo claramente—, las paredes de la tienda de campaña ni se inmutaron. Teníamos encima el viento, lo oíamos bien, pero el viento no llegaba hasta nosotros... ¿También ocurrió así en vuestra tienda?

—Sí.

—¡Es extraño, muy extraño! —suspiramos todos, incluida Gracia, ante la mirada ofendida de David, que sentía que otra vez le habíamos arrebatado su frase favorita.

21. Vuelta al pueblo fantasma

Los dos días de acampada en el bosque se acabaron enseguida. Teníamos que regresar. Zack nos metió prisa para que nos preparásemos y yo le pedí a David que recogiera mis cosas. Acababa de darme cuenta de que había perdido la linterna.

—Será un momento —le dije—. Creo que sé dónde está.

Me retrasé un poco. Al volver ya habían levantado el campamento y me estaban esperando. Tardé más de lo previsto en regresar porque descubrí algo que daba una nueva explicación al suceso de la noche pasada, aquello del misterioso viento y los gruñidos de los animales salvajes. Todo encajaba. O casi. Pero ¿quién andaba detrás de tan siniestro plan?

—¡He encontrado un pájaro muerto! —informé a David, una vez que nos pusimos en marcha, tratando de justificarle mi retraso.

—¿Como el del cementerio?

—No, este estaba electrocutado.

—¡Qué raro! —comentó David, mirando hacia el cielo—. Por aquí no hay ningún cable de alta tensión.

—Lo sé, pero tengo una teoría que explica lo que pasó... Creo.

—¡Cuéntamelo!

No pude ni empezar porque el monitor nos llamó la atención y nos dijo que nos cargaría con las tiendas si nos volvía a ver cuchicheando, porque perdíamos el paso de la marcha. Ante aquella amenaza, enmudecimos como si fuésemos estatuas.

—¡Glugs!

Y ya en silencio, proseguimos nuestro camino con ganas de llegar al campamento base, ese lugar que ahora encontrábamos un lujo: camas, comedor y todas esas cosas que habíamos echando en falta.

El encuentro con los demás compañeros fue casi tan emocionante como el regreso al colegio en septiembre. Sólo habían pasado dos días, pero nos había parecido una semana. Para nuestra sorpresa, el director anunció que teníamos la tarde libre, pero que no nos alejásemos de allí.

—Fantástico —exclamó David—. ¡Investigaremos lo de la calavera!

—¿Qué?

—Tenemos que volver al pueblo fantasma. ¡Busca a las chicas!

—¿También a Cris? —me apetecía que volviésemos a estar otra vez los cuatro juntos frente al misterio—. Habrá que decirle lo del zorro.

—Tienes razón. Pues se lo decimos. ¡Total...!

Y así lo hicimos en cuanto llegó Belén.

Al conocer la historia, la reacción de Cristina fue confusa. Primero se alegró mucho. Después se enfadó con nosotros por no haber contado con ella y sus buenas

ideas para algo tan interesante como hacer de zorro.

—Sólo podíamos ser tres —le recordó Belén—. Además, estabas tan «quedada» con «tu» Héctor, que no queríamos molestar...

—¿Yo «quedada»? —gritó, indignada—. A mí no me gusta ningún chico, ¿te enteras? Y Héctor no es «mi» Héctor, a ver si os queda claro de una vez —luego, más animada, sonrió—. ¡Qué bobos sois!

Cuando estábamos a punto de partir hacia el pueblo abandonado vimos a los cuatro monitores que salían del despacho del director. Rápidamente nos escondimos para que no nos vieran.

—¡Ha habido reunión de alto nivel! —señaló David—. Seguro que al final les ha explicado lo del segundo zorro. Deben de haber preparando un plan de emergencia.

Acto seguido, David aceleró el paso y echó a correr hacia el pueblo fantasma, seguido de Belén.

—¡Vamos!

Cris y yo, sin embargo, nos quedamos atrás. No nos importaba perder de vista a nuestros amigos pues yo conocía bien el camino.

Ahora que Cris compartía nuestro secreto, tenía la oportunidad de contarle nuestras aventuras y algunas bromas que se me habían ocurrido. Le hablé de mis sospechas sobre el zorro traidor y, en un momento dado, suspiré:

—¡Qué pena que no esté aquí la hermana de Belén!

—¿Erika?, pero... si no la aguantas. ¿O es que —y se rio— lo haces para disimular?

—¿Disimular? ¿Qué voy a disimular? Erika es una cría. Yo nunca me fijaría en ella —le recordé—, pero tiene a Sabab. Ya sabes que ese enorme perro baboso tiene un olfato de primera y siempre nos ha ayudado a resolver los misterios. ¿O es que no te acuerdas de...?

—Claro, claro, no me des tantas explicaciones.

—Vale —y ante la sonrisa de Cris, insistí—, pero Erika no me interesa nada. ¡Nada!

—Está bien. Te creo.

Con tanta conversación se nos hizo muy corto el camino. Ante nuestros ojos aparecían ya aquellas ocho casas abandonadas y la ermita, todo ello en un silencio absoluto. Sin duda era un buen refugio para alguien que quisiera atacar el campamento.

Nos dirigimos hacia la iglesia. La puerta estaba abierta. Entramos y fuimos hacia las escaleras que bajaban al sótano. Allí, en la cripta donde descubrimos el viejo cadáver, estaban nuestros amigos.

—¿Habéis visto? —dijo Belén en cuanto aparecimos—. David tenía razón. La calavera y los huesos de la bandera pirata eran de aquí. Faltan de este esqueleto. Ese

falso zorro se los ha llevado.

—¡Robar los huesos de un esqueleto! —suspiré, confuso e impaciente, aunque no me sorprendió mucho la información.

Sólo me intrigaba una cosa:

—¿Quién podrá ser?

—¡Eh! —susurró Cris.

—Decía que quién podría ser...

—Chiiiiist —Cris me tapó la boca con su mano, y muy bajito, añadió—: Silencio. Creo que no estamos solos. He oído unos pasos.

—¿Se dirigían hacia aquí?

—No —cerró los ojos para concentrarse—. Creo que no, pero antes o después vendrán.

—¡Nos pueden dejar aquí encerrados! —se alarmó David.

Nada más imaginarnos prisioneros en aquella catacumba con esqueletos, echamos a correr escaleras arriba. Una vez en la nave principal de la pequeña iglesia, nos colocamos detrás de un banco. Allí, en la semioscuridad, permanecemos un buen rato, sin atrevernos a asomar la cabeza, tratando de captar cualquier ruido sospechoso que pudiera producirse en aquel ambiente dominado por un silencio de siglos.

—¿Estás segura de que oíste algo, Cris? —empezábamos a dudar.

—¡Segurísima!

—Aquí no hay nadie —concluyó Belén— y tampoco hay mucho más que ver. Será mejor que nos vayamos cuanto antes para que no nos echen de menos en el campamento.

Y se dirigió a la salida.

Los demás la seguimos.

Fue entonces cuando me di cuenta de que la puerta de la iglesia, que Cris y yo habíamos dejado entornada, estaba casi cerrada. Inmediatamente pensé en las dos únicas explicaciones posibles: o era el viento o había entrado alguien. Ante la duda, me asusté y eché a correr.

—¡Vámonos! —exclamé tan bajito que nadie más lo escuchó.

Miré hacia atrás, buscando a mis amigos, a la vez que cruzaba la puerta de la iglesia, y en ese momento me choqué de frente con un cuerpo inesperado.

—¡Yolanda!

—¡Álvaro!

La monitora me miró, al tiempo que llegaban los demás. Cris, que no parecía muy sorprendida, preguntó:

—¿Has entrado tú hace un rato en la iglesia?

—No. Acabo de llegar. Os estaba buscando. ¿Por qué?

—Porque entonces hay alguien más ahí —dijo Cris convencida—. Alguien está

dentro. Alguien nos vigilaba. Alguien...

—¡Calmaos! Ahora mismo os acompaño. Pero contadme qué es lo que está pasando —dijo, poniéndose al lado de las chicas.

David me retuvo disimuladamente y dejó que las tres nos adelantaran.

—¿Y si la monitora nos engaña? —me susurró preocupado.

Le miré como diciendo «¿qué quieres decir?», y mi amigo prosiguió:

—¿Y si realmente es ella la que nos espiaba? ¿Te has fijado en su cara de susto?

22. Huesos que aparecen y desaparecen

Enseguida averiguamos que las sospechas de David no tenían ningún sentido. Yolanda, la monitora, no estaba espiándonos en la iglesia. Según nos explicó, había ido al pueblo abandonado porque nos vio salir del campamento y nos siguió, ya que no se fiaba nada de nosotros.

Mientras tanto, bajamos los cinco a la cripta, dispuestos a mostrarle aquel esqueleto al que le faltaban la calavera y los huesos de las piernas, pero una vez allí nos llevamos una sorpresa que nos heló la sangre. No podíamos creer lo que teníamos delante.

David y yo nos frotamos los ojos para asegurarnos de que no veíamos visiones, y las chicas tenían la misma cara que si estuvieran delante de un fantasma. Sólo a Yolanda le parecía normal lo que había en aquel nicho: los restos de un muerto enterrado debajo de la iglesia.

—¿Qué tiene de extraño este esqueleto? —preguntó.

Como aún no le habíamos contado nuestro descubrimiento, la respuesta la dejó más confusa.

—La calavera y las tibias —dijo David—. Alguien las ha devuelto.

—Sí, y ha tenido que ser ahora mismo, mientras salíamos de la iglesia —recordó Belén.

—El ladrón ha de estar aún por aquí —dedujo Cris, y envalentonada con el refuerzo de la monitora, se puso en acción inmediatamente—. ¡Hay que atraparlo!

Cristina no es la más valiente del grupo, pero esta vez iba tan lanzada que ni siquiera se volvió para asegurarse de que íbamos tras de ella. La monitora no entendía nada, pero nos siguió con cara de asombro, esperando que en algún momento alguien le explicase lo que estaba ocurriendo.

Salimos los cinco al exterior. David y yo observamos atentamente a nuestro alrededor, mientras Cris y Belén dieron una vuelta completa a la iglesia.

—¡Nadie! —concluimos, con una cierta inquietud.

Si quien nos espiaba no había salido, debía de estar escondido dentro. Nos miramos atentamente sin saber qué decir.

—¿Y si atrancamos la puerta y dejamos encerrado a ese zorro cobarde y traidor? —sugirió David.

—No. Vamos a entrar a buscarlo —dijo Cris, y al ver nuestras caras, añadió—: No temáis. Ahora somos CINCO. Yolanda, ¿tú nos acompañas, verdad?

La monitora al fin abrió la boca.

—No sé lo que estáis tramando, pero no os voy a dejar solos en ningún momento. Eso, desde luego.

Sin hacer ruido, fuimos explorando el interior de la iglesia, banco a banco,

mirando bien por todos los rincones. Luego subimos al coro y seguimos ascendiendo hasta el campanario.

—¡Nada! —suspiró Belén.

Era como si la calavera y las tibias hubiesen aparecido por sí solas.

—¿No serán huesos fantasmas? —se dijo David, y él mismo se contestó—: ¡Qué tontería! —pero más adelante volvió a hacerse la misma pregunta.

En realidad no estábamos seguros de nada, pero teníamos que irnos. Ya habíamos mirado todos los lugares posibles de la iglesia donde pudiera caber una persona, y la monitora, además, se estaba impacientando.

Por el camino de vuelta al campamento le contamos a Yolanda nuestra teoría de que los huesos del esqueleto de la cripta eran los mismos que los de la bandera pirata: alguien los había cogido de allí y luego los había dejado otra vez.

No le sonó tan extraño como nos imaginábamos. Ella ya sabía que nosotros éramos el zorro del aire, y también que existía otro zorro desconocido que gastaba bromas cada vez más macabras. Como sospechábamos, el director se lo acababa de decir esa tarde a los cuatro monitores. Fue en la reunión de alto nivel a la que se había referido David.

Cuando llegamos al campamento vimos que el segundo turno no había salido de acampada como estaba previsto. Yolanda nos lo explicó:

—El director ha pensado que es mejor retrasar unos días esa excursión. Ahora hay... —y se calló.

—Otros problemas —concluyó David, sonriendo.

—¡Siempre hay problemas con tanta gente junta, aunque esto no había ocurrido nunca! —se lamentó, y corrió hacia Wanchu, que la llamaba desde lejos.

Curiosamente, entre nuestros compañeros se respiraba una paz desconocida. Casi todos se habían decantado por los juegos de mesa: el parchís, la oca, el dominó, las damas, el ajedrez, las cartas, la rana... Los dos días de excursión habían dejado su huella. El ambiente era tranquilo: Chuenlín hablaba con Inés y otro compañero. Héctor paseaba con Gracia, y las otras dos Barbies tomaban el sol.

Miré a Cris, que fingió no ver al sobrino del director, aceleró el paso y se sentó junto a un árbol.

—Ahora que estamos todos, debemos resolver el asunto cuanto antes —dijo, decidida—. Seguro que hay una explicación coherente.

—¡Nosotros ya le hemos dado muchas vueltas! —dije.

—¡Demasiadas, diría yo! —opinó David.

—Pues, a ver, contad me con más detalle. Quizás se necesite un nuevo punto de vista.

—¿El tuyo? —sonrió Belén.

—¿Por qué no? —dijo desafiante; luego suavizó su voz—. Entre todos será más

fácil.

Entonces le contamos a Cris la historia completa del zorro del aire, nosotros, y las bromas del zorro vengador, así como nuestras frustradas teorías y las pocas cosas que habíamos descubierto. Una de ellas era el llavero de delfín, un objeto que Cris ya conocía pues Héctor le había regalado uno, según nos confesó.

—¿Pero cuántos llaveros de delfines hay? —pregunté, intrigado y algo furioso.

—Lo importante es saber quiénes son los que lo tienen ya quién le falta el delfín... —recordó Cris—. Héctor me dijo que en el despacho de su tío había una caja llena. Creo que se los regaló el padre de un acampado.

—Ya habíamos pensado seguir la pista de los delfines —le dije—, pero...

—¿Y por qué no habéis hablado con el director de esto? —interrumpió Cris.

—Es que el director era uno de nuestros sospechosos —dijo Belén, que enmudeció al instante porque, en ese momento, el director avanzaba hacia nosotros.

Antes de llegar hasta donde estábamos hizo un gesto a David para que se le acercase. Le dijo que al día siguiente, después del desayuno, nos esperaba a los tres en su despacho, pero que entrásemos disimuladamente.

—¡Yo también voy! —decidió Cris al enterarse.

—Pero...

Era inútil tratar de disuadir a Cristina. Cuando tiene una idea fija no hay manera de convencerla de lo contrario.

El caso es que, a pesar de la intriga que nos despertaban los últimos acontecimientos, aquella noche dormimos de un tirón. Estábamos demasiado cansados y necesitábamos recuperar fuerzas.

Amaneció con un sol brillante, algo que nos animó. Estábamos seguros de que ese día resolveríamos el misterio y creíamos que el director nos daría alguna información clave.

Nada más entrar en su despacho, nos informó de que la confusa situación seguía sin aclararse. Eso no era lo más grave:

—Este domingo —añadió— vienen los padres de visita, y no quiero ni pensar lo que ocurriría si a ese zorro secreto le da por gastar una de sus bromitas de mal gusto. Sería el fin del campamento, e incluso, peor. Me podrían denunciar por imprudencia temeraria o... Por eso se lo he contado a los monitores y quería que vosotros lo supierais.

—Pero... —intervine, contrariado—, ¿por qué lo ha hecho? El zorro puede ser uno de ellos. Cada vez lo tengo más claro.

—Ya lo he pensado —explicó el director—. Es más, me temo que sea así: Víctor, Xira, Yolanda o Zack.

—¡Yolanda, no! —replicó rápidamente Cris.

—Puede ser cualquiera de los cuatro —repitió el director, bajó la cabeza y se

interrogó—. Pero ¿quién? ¿Y por qué? Llevo dos días haciéndome sin parar esas preguntas. Ya ni duermo.

—¡Tranquilo, jefe! —le animó David, al ver su mala cara—. ¡Déjelo de nuestra cuenta! A nosotros no hay misterio que se nos resista.

Y tenía razón: Los Sin Miedo volvían a estar juntos y juntos eran capaces de resolver cualquier enigma. Entonces miré a Cris, esperando que se le ocurriera alguna idea brillante.

—¡Los llaveros! —dijo en voz alta.

El director, sorprendido, se acercó a la mesa de su despacho.

—¿Os referís a los llaveros del padre de Urko? ¿Queréis uno? Me regaló una caja de doce y aún me quedan... Hummm —empezó a contar mentalmente—. A ver, tres para mi sobrino, cuatro para los monitores, uno para la cocinera, tres y cuatro, siete, y uno ocho, menos doce... ¡Cuatro, aún debe de haber cuatro por aquí! Justo, uno para cada uno.

—No queremos llaveros. Ya tengo uno que me regaló Héctor —dijo Cris—. Queremos saber a quién le falta el delfín.

—¿Qué? —el director, aturdido, nos lanzó una mirada severa, como si creyese que le estábamos tomando el pelo.

Entonces le explicamos lo del delfín que David y yo encontramos cerca del cementerio el día de la paloma muerta. Aquella noticia iluminó su cara.

—Mi sobrino no puede ser. Y tampoco, la cocinera: la conozco de toda la vida. Eso confirma que el vengador es uno de los monitores. El primer día les entregué un llavero a cada uno con la llave del armario del material. Voy a pedírsela inmediatamente —y nos miró, animado—. Id a buscarlos y decidles que los espero en el almacén del material. ¡El caso está resuelto! —concluyó, esperanzado.

—¡Ojalá! —murmuré yo, que ya tenía un sospechoso.

23. Sospechoso tras sospechoso

Los acontecimientos se sucedieron demasiado rápido. A los quince minutos ya había tres monitores en el almacén, además de Héctor, que vino con Cris porque quería saber qué es lo que nos traíamos entre manos. Sólo faltaba Xira. Belén había ido a buscarla.

Como no llegaba, el director decidió empezar con el plan previsto y pidió a los monitores la llave del armario de material.

—¿Las tres? —dijo Yolanda, sorprendida—. ¿No es suficiente con una?

—Quiero las tres —exigió el director con voz muy seria—. ¿O es que hay algún problema?

—No, no, no —y le entregó su llavero, al igual que Zack.

Wanchu dijo que la tenía en su mochila y corrió a buscarla.

A la vuelta comprobamos que su llavero estaba completo, con delfín incluido, igual que el de los otros dos monitores.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Wanchu ante aquel extraño comportamiento.

—Nada, perdonad. Ya podéis iros. Preparad todo para esta noche, que tenemos fuego de campamento —al director se le notaba desencantado.

No era el único. Yo me había quedado sin sospechoso. Ya no encajaban mis hipótesis.

—¡Así que es Xira! —recordó Cris, ante la extrañeza de Héctor.

No se estaba enterando de nada; y nadie, ni siquiera su tío, intentó explicárselo.

—Id a buscarla —nos pidió el director, tan contrariado como los demás.

A ninguno nos parecía que Xira pudiese ser el zorro vengador.

—¡Belén aún no ha aparecido! —exclamé, asustado.

—¡La habrá raptado! —dijo David—. Seguro que la ha cogido como rehén para negociar.

—¿Negociar qué...?

—No lo sé, pero el asesino siempre toma a un rehén para huir. ¿No lo has visto en las películas?

—¡No digas tonterías! —le interrumpió Cris—. Aquí no hay ningún asesino. Seguro que todo tiene una explicación.

—¡Esperad, que os acompaño! —se apuntó Héctor.

Seguía sin enterarse de nada, pero aquella aventura le parecía más interesante que estar paseando con Gracia o Gemma o...

Y por primera vez en mucho tiempo, Cristina reaccionó como yo hubiese esperado.

—No, tú quédate. No harías más que entorpecer las cosas. Este es un asunto nuestro... —dijo, mirándonos a David y a mí.

Y echó a correr sin esperar respuesta.

En menos de lo que se tarda en contarlo, los tres exploramos a fondo todos los rincones del campamento, buscando a Belén y Xira, inútilmente.

Se las había tragado la tierra.

Chuenlín, que se enteró de todo, nos dijo que nuestra amiga y la «*monitola* guapa» habían salido del campamento.

—¿Hacia dónde?

—Hacia allá, muy *lápido* —y señaló una dirección que conocíamos bien: el pueblo fantasma.

Aquella indicación nos dejó más confundidos y preocupados de lo que ya estábamos: Xira era el zorro vengador.

—¡Hay que salvar a nuestra amiga! —nos apremió Cris, echando a correr.

—¡Esperadme! —dijo David, que se había agachado para coger unas piedras gordas—. Tenemos que ir bien armados.

—¡Seguro que se han refugiado en la ermita! —apuntó Cris.

—¡Ojalá! —dije yo—. Si no es así, no va a ser fácil encontrarlas: hay ocho casas abandonadas y... —miré hacia el cielo, que aún era brillante.

—Y puede que ya no estén en el pueblo fantasma —me interrumpió David, acelerando el paso—. Igual se han ido a...

No queríamos ni imaginarnos qué es lo que podría pasar. Corrimos como no lo habíamos hecho nunca, convencidos de que unos minutos podían ser decisivos en la vida de nuestra amiga.

—¡Belén nos necesita! —clamó David, como si fuese un grito de guerra, y nos adelantó en un instante.

Parecía un huracán. Si le hubiese perseguido un vampiro no habría ido tan veloz.

No fue necesaria aquella prisa porque, a lo lejos, descubrimos a Belén y Xira. Nos habían visto y venían hacia nosotros como si tuviesen algo importante que contarnos. Belén llegó la primera:

—Mirad —nos mostró unas cartulinas que conocíamos bien—. ¡Mirad lo que hemos descubierto!

—Las zetas del zorro —dije, y dirigí la vista hacia Xira casi al mismo tiempo.

Belén comprendió mis sospechas.

—No, no temas. Xira no es el zorro. Ella lo estaba buscando, igual que nosotros. Ha seguido sus huellas y...

—¿Quién es entonces el zorro? —preguntó David, impaciente.

—Víctor —le contestó la monitora.

—¿Wanchu? —exclamé, sorprendido.

—¿Víctor? —preguntó Cris, que buscaba pruebas—. ¿Cómo lo sabéis? ¿Lo habéis visto en acción?

—Oh, no, pero hemos descubierto estas zetas que... —Xira trataba de explicarnos los hechos.

Belén la interrumpió:

—¡Estaban guardadas en el confesionario!

—¡El confesionario! —aquel dato fue para mí toda una revelación—. ¿Por qué no se nos ocurrió mirar allí? Ahora sabemos dónde se escondió el zorro cuando estuvimos buscándole por la iglesia. ¡Lo teníamos delante de nuestras narices!

Xira nos contó que el día anterior, después de la reunión con el director, siguió a Wanchu. Este salió del campamento muy sigiloso, como si quisiera que no le descubrieran, y se fue hacia el pueblo abandonado. Allí dio una vuelta entre las casas cerradas y luego se detuvo delante de la ermita.

—Parecía que estuviera esperando a alguien —apuntó—. Imaginé que tendría algún cómplice y me largué con la idea de volver más adelante a explorar —se calló unos segundos y suspiró—. ¡Pobre Víctor! No me lo puedo creer.

—¡Habrà que contárselo al director! —dijo Belén, que llevaba las falsas zetas en la mano—. Mirad —y se las mostró a David—. Son como las tuyas, aunque están más viejas.

—Normal —apuntó David—. Al aire libre se estropean enseguida.

—Antes de decírselo al director me gustaría ver a Víctor —dijo Xira—. No quisiera lanzar una acusación contra un compañero sin estar segura. Se ha portado muy bien conmigo.

Por suerte, nada más entrar en el campamento nos encontramos con Wanchu. Era como si nos estuviera esperando.

—¿Vienes de excursión? —saludó a Xira, tratando de hacerse el gracioso.

—¡Oh, sí, y no veas lo que hemos encontrado!

—¿Dónde? —le dijo, como si no supiera de qué hablaba.

Si era el culpable, disimulaba muy bien.

—En el pueblo abandonado. Supongo que lo conocerás.

—Estuve ayer por allí, pero... ¿qué os pasa a todos con ese pueblo?

—Cuéntalo tú, que estuviste antes que yo.

—No fue nada de particular —y sonrió—. Fui siguiendo a Zack ayer, después de la reunión con el director —y tomó aire, como si fuese a relatar un larga historia—. El caso es que, cuando nos dijo lo del falso zorro, empecé a sospechar de todos vosotros. Imagino que tú, Xira, pensarías lo mismo. Entonces vi a Zack, que se alejaba del campamento mirando hacia todos lados, como si quisiera asegurarse de que nadie se enteraba, y decidí ir tras sus pasos. Llegué hasta ese pueblo abandonado; allí le perdí la pista. Di una vuelta entre las casas, pero estaban bien cerradas, y después me paré a la salida del pueblo. No sabía hacia dónde ir...

—O sea, que Zack es el zorro vengador —proclamó David.

—Yo no he dicho eso —señaló Wanchu—, pero tampoco lo contrario. Vamos a preguntárselo.

Nuestro improvisado grupo de investigación iba aumentando. Ya éramos seis los que avanzábamos hacia el dormitorio. Al entrar, encontramos a Zack enredando en su mochila.

—¡Seguro que está guardando las pruebas! —dijo David, al verlo en la distancia.

—¿Las pruebas de qué? —le preguntó Belén, que seguía con las zetas en su mano.

—¡Yo qué sé! ¡Las pruebas!

El monitor se quedó sorprendido ante una visita tan numerosa, y más cuando Xira le interrogó:

—¿Qué hacías ayer en el pueblo abandonado?

—¿Yo?... —dudó un momento y preguntó—: ¿Cómo lo sabéis?

—Te vi yo —le explicó Wanchu—. Empecé a seguirte cuando saliste del campamento, y aunque luego te perdí, sé que estuviste allí. A mí no me engañas.

—No tengo por qué engañarte. Yo hice lo mismo que tú.

—¿Qué?

—Estaba siguiendo a Yolanda.

24. ¿Quién puede ser?

No habíamos avanzado demasiado en nuestra investigación sobre el zorro vengador. Más bien, nada. Ya no sabíamos si teníamos a cuatro sospechosos o ninguno.

Cris y yo repasábamos los hechos, mientras David y Belén se adelantaron a coger sitio en la mesa. La caminata les había dejado hambrientos y no podían esperar.

—La clave está en saber quién de los monitores miente —traté de analizar la situación—. Si Xira siguió a Wanchu; Wanchu, a Zack; Zack, a Yolanda, y Yolanda, a nosotros, pues... ¡es un lío!

No veía solución.

—¿Y si los cuatro dicen la verdad en ese asunto? —propuso Cris.

—Sería un lío aún mayor.

—No lo creas. Con tantas idas y venidas y con tantos sospechosos, nos hemos olvidado de algo esencial: las pruebas. ¿Qué pasa con el llavero de Xira? Te apuesto lo que quieras a que no tiene delfín.

—¡Vayamos a averiguarlo!

Entramos en el comedor. Nos dirigimos hacia la mesa verde y nos sentamos alrededor de la monitora, que se extrañó al vernos en su grupo.

—¿Estáis bien? ¿Os pasa algo?

—No..., sí..., no... —andaba un poco dubitativo, pero Cristina supo sacarme de aquella confusión.

—¿Nos puedes enseñar el llavero del delfín que te dio el director? —y antes de que le preguntara nada, se justificó—. Tenemos una amiga a la que le encantan los delfines, y queremos ver cómo es para...

—¡El llavero del armario de material!... —la interrumpió—. Lo siento, no lo tengo. Lo he perdido. Bueno, me lo robaron en esta misma mesa. Imaginé que sería algún chiquillo del grupo.

—¿Estás segura? —preguntó Cris.

—¿Por qué os voy a mentir? Además, me hicieron un favor. No era muy bonito, os lo aseguro. Lo sentí por la llave del material, pero cogí una copia que había en el despacho.

En ese momento llegaron los tres chicos que faltaban de su grupo.

Cris y yo fuimos hacia nuestra mesa y nos sentamos juntos. Era la primera vez que lo hacíamos durante el campamento. Estábamos tan ocupados pensando en los sospechosos que se nos había quitado el apetito.

Yolanda nos llamó la atención al ver nuestros platos sin tocar, y Zack, que pasaba por allí, añadió, al respecto:

—No os quejaréis de lo que os dan. Esta comida es un lujo. Si la hubieseis conocido hace diez años... Entonces sí que tenía mérito probar algo, pero ahora...

No habíamos mirado lo que teníamos delante. Lo hicimos entonces: una sopa con arroz, que comenzamos a comer de manera automática mientras recordábamos las palabras de Xira.

—Yo creo que dice la verdad —apuntó Cris.

—Y yo —añadí, arrugando la frente—, pero si es así nos volvemos a quedar sin sospechosos.

—Bah, tranquilos —dijo David, que se había unido a la conversación—. Estoy seguro de que ese zorro traidor no vuelve a actuar más, pero nosotros, sí. ¡Con tanto jaleo aún me quedan seis zetas!

—No te precipites —le recordó Belén, con una manzana en la mano.

Después de la comida, los cuatro nos sentamos debajo de un árbol y nos pusimos a analizar la situación, repasando detenidamente todo lo que había ocurrido hasta entonces. Comenzamos con las bromas del zorro falso: el laxante, la paloma muerta, la bandera pirata con la calavera, el campamento sin luz...

En la acampada también habían sucedido cosas muy sospechosas, como recordábamos bien David y yo, pero como no colocaron ninguna Z en el lugar de los hechos, las chicas decidieron que esos puntos oscuros los dejaríamos para más adelante.

—Es que todo está relacionado —protesté—. ¡Estoy seguro!

—Sí, ¿porque viste que las ramas de un árbol formaban una zeta? —se rio Belén y le contó la anécdota a Cristina.

—No nos despistemos —dijo Cris—. Ya que no sabemos quién es el zorro, vamos a ir eliminando sospechosos, ¿qué os parece?

Pero aquella fórmula no funcionaba, porque cada uno empezó a decir alegremente los nombres que se le venían a la cabeza y a acusar a otros. Los primeros que yo lancé para despellejar fueron los de Héctor y Kevin, pero nadie me hizo caso. Tampoco nos servían los de los demás.

Nos faltaba un método detectivesco, y David nos recordó que, en las novelas de Sherlock Holmes, el culpable es siempre aquel que no lo parece. Inmediatamente surgieron dos nombres:

—¡Inés!

—¡El chino!

El primero lo desechamos al instante, pero no el de Chuenlín. Ahora que lo pensábamos atentamente, había demasiados puntos que lo señalaban. Jordi conocía a fondo el campamento, pues ya había estado allí otros años; hablaba con todos y estaba muy pendiente de unos y de otros; además, se enteraba de cualquier cosa que pasaba. Y era amable, demasiado amable; siempre estaba sonriendo y de buen humor. Aquello sí que resultaba sospechoso.

—¡Es que es chino! —dijo David.

Y por una vez, aquella explicación tan absurda, nos pareció acertada.

Ni el chino, ni Inés, ni Héctor, ni Kevin, ni... ninguno de los acampados podía ser el zorro vengador, a no ser que...

—¿Y si en vez de uno fueran más? —sugerí.

Me parecía una gran idea. Si el zorro del aire éramos David, Belén y yo, el falso zorro también podrían ser...

—¿Las Barbies? —apuntó David, que había adivinado mi pensamiento.

—¡Qué absurdo! —dijo Belén—. ¿Os imagináis a Gemma, Gracia y... la otra, como se llame, cogiendo una calavera? Se les mancharía el vestido.

—Y no creo que sus cabezas sirvan para mucho más que para llevar ese pelo perfectamente peinado y ridículo —empezó a hablar Cris, como si fuese una experta en el tema.

Fue todo un descubrimiento. David y yo nos miramos asombrados. A nuestra amiga no le caían muy bien las Barbies, ahora nos dábamos cuenta. Cristina siguió metiéndose con ellas, sobre todo con Gloria, que solía andar con Héctor. Aquello no me gustó nada.

Los Sin Miedo estábamos allí reunidos, tratando de resolver un misterio importante, y nos habíamos quedado atascados hablando de chicas y de chicos. Así no había manera de avanzar. Para colmo, Yolanda pasó a nuestro lado y nos metió prisa.

—Id a preparaos, rápido. En quince minutos tenéis que estar formados. Empiezan las actividades.

—¡Vaya! —y antes de levantarme, pregunté una última vez—: ¿Quién puede ser el zorro vengador?

—Insisto en que no es ningún acampado —dijo Belén.

—Pues tampoco los monitores —añadió, ya puesta en pie, Cris—. Todos tienen coartada.

—¿Y si el zorro es alguien ajeno al campamento? —sugirió David.

Era una posibilidad que no habíamos tenido en cuenta.

—¿Quién puede ser?

—No lo sé. Ese chico del pueblo, el que se metió con Inés; parecía muy raro. Voto por alguien que se ha escapado de un psiquiátrico. En las películas siempre hay un loco merodeando, como una hiena, alrededor de los campamentos.

—¡Bah! —dijimos los tres precipitadamente, sintiendo un escalofrío nada más pensarlo.

—El zorro vengador es alguien que está entre nosotros —afirmé—. Y seguramente —giré la cabeza ciento ochenta grados— lo tenemos delante de nuestras narices.

25. Un grito en la noche

Tras dos días separados, los acampados volvíamos a estar otra vez todos juntos: treinta y seis era mejor que dieciocho, o así nos lo parecía.

Aquella noche, como si fuese la celebración de un reencuentro, hubo un fuego de campamento al que se apuntaron los cuatro monitores y el propio director, para sorpresa general.

El director, que también se llamaba Héctor, don Héctor según entonces nos enteramos, fue el primero en intervenir. Cantó una canción de su época, que no estaba mal; el fallo es que aplaudimos demasiado y nos «obsequió» con otros dos temas de propina. La verdad es que para ser antiguo no lo hacía mal y se notaba que sabía tocar la guitarra.

—De joven formó un grupo, Los Duendes. ¿Te suena?... Incluso grabaron un disco. Si quieres te lo mando —le ofreció Héctor-Junior a Cris, pero mi amiga ya no estaba interesada en el sobrino del director.

Ahora había algo más importante en su cabeza: el misterio que nos traíamos entre manos. ¿Quién era ese zorro vengador?

Fue tal el éxito de la actuación del director, que los monitores se animaron a seguir sus pasos. Zack quería ser el siguiente, y Wanchu, también. Ante esta disputa, el director se decidió por Zack, que iba a contar historias de terror. Los que no habían ido de acampada tenían ganas de escucharlas.

El monitor era un experto: hablaba despacio, repitiendo ideas, alargando las frases y poniendo emoción y misterio en los momentos justos. Sin duda sabía crear el clima de terror adecuado, y lo hacía de una manera tan realista que empecé a oír unos gritos agónicos en el fondo de la noche.

«¿Me estaré volviendo paranoico?», me dije.

Miré a mi alrededor y vi que otros compañeros también movían la cabeza, buscando no se sabía bien qué.

—¿No has oído algo raro —giré la cabeza— por ahí? —le pregunté a David.

—Sí. ¿Tú también?

No éramos los únicos. Belén se nos acercó, pero antes de que intentase abrir la boca, un chillido enorme, parecido a un trueno, resonó en mitad del cielo. Era desgarrador.

—¡¡Aaaahhh!!

Los que no se quedaron petrificados en el suelo se pusieron de pie y corrieron a refugiarse en los dormitorios.

A aquel grito solemne y moribundo a la vez, le siguieron unos ruidos sospechosos, como si un loco, armado con un martillo neumático, estuviese persiguiendo a unos jóvenes perdidos en el bosque.

Eso fue lo que se me ocurrió de repente. No sé bien por qué. Quizás porque lo he visto en demasiadas películas.

—¡Oh, no!

Al recordarlo, me frené al instante en medio de aquella estampida de compañeros. David y Belén ni se dieron cuenta, pero Cris, que iba detrás, se detuvo a mi lado.

—¿Qué te pasa, Álvaro? ¿Qué estás tramando?

—Ya lo tengo —le dije, y sin más palabras la cogí de la mano y corrimos hacia el despacho del director.

Aquellos gritos, que seguían oyéndose en la noche, se percibían con más fuerza según íbamos avanzando. Cris, que es una chica muy lista, comprendió de qué se trataba.

—¡La radio!

Ninguno necesitó más explicaciones.

Entramos en el despacho del director, que es desde donde emitía Yolanda sus programas. El lugar estaba vacío, pero había un CD dando vueltas en el equipo de música.

—¡He ahí la prueba del delito! —anuncié, seguro.

Y nada más decirlo, paré el aparato, saqué el CD grabado y nos lo llevamos. De pronto, se hizo el silencio en el despacho y, también, en la noche.

Cris y yo miramos detenidamente aquel pequeño disco, como si pudiera decirnos quién lo había colocado allí, y a los dos se nos ocurrió el mismo plan: escondernos hasta descubrir al autor de aquella trampa.

Como el cuarto era pequeño y sin huecos para ocultarnos, saltamos por la ventana trasera y permanecimos ocultos tras ella, sin dejar de observar aquella habitación que seguía inmóvil, vacía.

—¿Crees que vendrá alguien? —pregunté a Cris.

Antes de que me pudiera responder, percibimos el sonido de unos pasos, y al instante oímos cómo se movía la puerta.

Era el gran momento. Abrimos mucho los ojos para tratar de reconocer, en la oscuridad, al sospechoso. Lo que no esperábamos era que se encendiese la luz, ni tampoco ver a quien apareció en aquella habitación.

—¡Yolanda! —exclamamos con desencanto.

No podía ser ella la que había colocado el CD, pues sería la primera sospechosa. Así que, sin pensárnoslo dos veces, saltamos por la ventana y aparecimos en el despacho.

—¡Uff, qué susto! —suspiró la monitora al vernos surgir como dos ladrones—. ¿Se puede saber qué hacéis aquí?

—Teníamos una pista y vinimos a buscar la bandera pirata —mentí—, pero al llegar vimos a alguien que entró y se llevó un CD que había en el equipo de música y

que era el que estaba sonando.

—¿Seguro?

—¡Díselo tú, Cris!

—Ah, sí, es que...

No le dejó acabar. Nos creía.

—Alguien ha manipulado mi equipo de radio —nos informó—. Alguien ha entrado aquí para poner ese CD. Lo he sospechado enseguida y he venido a buscarlo. No sé quién puede ser, si todos estábamos en el fuego de campamento. A no ser que...

—¿Qué?

—No, nada. Cosas mías —exclamó, preocupada, y luego, mirándonos como nuestra monitora, añadió—: Venga, id al dormitorio, que aquí no pintáis nada.

—Está bien —acepté, y cuando estaba en la misma puerta, me volví—. Yolanda, ¿qué carreras estáis estudiando los monitores?

La pregunta sorprendió más a Cris que a la monitora:

—Yo hago Periodismo —dijo Yolanda—, y los demás, pues... Victor, Educación Física; Xira, Derecho y Zack, Cine. ¿Por qué?

—Por nada. Se me ha ocurrido de repente. Es que no sé qué voy a estudiar y... —traté de disimular.

La cara me brillaba de un modo especial. Cris, que me lo notó, me preguntó:

—¿Qué es lo que te pasa? ¿Has descubierto algo?

Permanecí en silencio unos segundos, moví la cabeza de izquierda a derecha, y muy despacio y de un modo solemne, sentencié:

—¡Ya sé quién es el zorro vengador!

Me detuve para observar la sorpresa y la admiración en la cara de Cris, pero ni se inmutó ante esta gran noticia. Es más, fui yo el que se sorprendió cuando ella, muy sonriente, replicó:

—¡Yo también lo sé!

—¿Quéeeee? —no me lo podía creer—. ¡Me estás tomando el pelo!

—Lo he descubierto hace unas horas.

—¿Y no me has dicho nada hasta ahora?

—No había prisa.

No podía comprender que alguien pudiese guardar una noticia tan importante durante tanto tiempo.

—¿Se lo has contado a alguien?

—No, claro.

—¿Quién es?

—Dilo tú primero.

—No, tú.

—Tú.

—¿Y si lo apuntamos en una papel y nos lo intercambiamos?

—¡Vale!

—Yo me llevo el tuyo y tú el mío, pero no lo miramos hasta que no estemos en la cama, ¿vale?

26. El zorro, descubierto

No fue una noche tranquila. Era como si los gritos que se oyeron en el cielo se hubiesen repartido en pequeñas gotas y flotaran por todas partes. Nadie quería reconocerlo abiertamente, pero había temor en el campamento.

—¡Te cambio la litera! —me dijo David, inquieto—. Es que aquí, tan abajo, me entra frío y estoy un poco resfriado.

—Como quieras —le dije.

Aquella noche nada me preocupaba ya. Entre mis manos tenía la conclusión de Cris.

Supe esperar. Una vez que me metí en la cama, bien tapado con las sábanas, saqué el papelito y alumbré con la linterna. Leí despacio su redondeada letra:

—¡Genial! —suspiré.

Era el mismo nombre que yo había apuntado.

Me alegró la coincidencia. Ahora estaba totalmente seguro del nombre y traté de dormirme muy rápido para que llegara cuanto antes el día siguiente.

Pero David no podía estarse quieto en la litera de arriba. Cada dos por tres asomaba la cabeza para preguntarme si estaba dormido.

Y lo estaba, pero siempre por poco tiempo, porque aquella noche no cesó de zarandearme tratando de comprobar si dormía de verdad o intentaba disimular. Y eso no fue todo. También tuve que acompañar a David al servicio dos veces. Aquella noche ninguno de los compañeros se atrevió a ir solo al lavabo.

Total, que con tanto alboroto se me cortó el sueño. A las seis de la mañana era el único del dormitorio con los ojos abiertos. Fui el segundo en entrar en el comedor, pues Cris ya estaba allí, esperándome.

Al acercarme sonrió como no lo había hecho desde que descubrimos el secreto del castillo de los guerreros sin cabeza.

—Así que es... —antes de pronunciar el nombre, miré hacia el fondo para asegurarme de que sólo estaba la cocinera— ¡Zack! ¿Cómo lo descubriste?

—Fue aquí mismo. ¿Recuerdas que ayer se nos acercó y nos dijo que la comida era muchísimo mejor que la de hace diez años?

—Y lo será, seguro.

—Sí, pero ¿cómo lo sabía? El primer día comentó que nunca había pisado este campamento. Me acuerdo muy bien.

—Pues... —aquel dato se me había pasado por alto.

—Muy sencillo: Zack estuvo aquí hace diez años; pero no de monitor, claro, sino de acampado, como nosotros.

—¿Y las zetas del zorro las cogió entonces?

—Pudo ser. De cualquier modo, y para asegurarnos de lo que decimos, tenemos

que ir al despacho del director a consultar la lista de los alumnos inscritos en aquel tiempo. A ver si entre ellos aparece Zack; bueno, Zacarías García, que ese es su nombre. Me lo dijo Héctor al principio del campamento —tomó aire, me miró y preguntó—: Y tú, ¿cuándo lo supiste?

—Anoche, después de lo de la radio. ¿Por qué te crees que pregunté a Yolanda qué es lo que estaban estudiando los monitores?

—Periodismo, Derecho, Educación Física y Cine.

—Pues si Zack estudia Cine, tendrá facilidad para conseguir cintas de efectos especiales. Seguro que sabe hacer montajes espectaculares.

—¡Es cierto, Álvaro, qué bueno! ¡Ya lo estoy viendo! —Cris abrió mucho los ojos y empezó a relatar lo que pudo ser la sucesión lógica de los hechos—: Antes de comenzar el fuego de campamento se pasó por el despacho del director, colocó el CD, ya grabado con sonidos de películas de terror, en el equipo de música; lo conectó a la radio y dio al interruptor para que empezara a funcionar. Pero dejó una media hora en blanco con el fin de tener una coartada. De ese modo, los gritos del CD comenzaron a oírse cuando él estaba entre nosotros, y más en concreto, actuando. ¡Qué listo!

Cristina había explicado perfectamente lo que yo ya había imaginado. Pero había más. Así se lo recordé.

—No debemos olvidar lo de la acampada del bosque.

—¿Qué?

—Sí, ahora todo encaja —dije, sin explicarle aún el asunto—. ¿No te acuerdas de que la segunda noche nos sobresaltamos con el sonido de un viento espantoso y el aullido de unos animales que parecían estar a nuestro alrededor?

—¡Qué miedo pasamos! —se puso a pensar en ello y entonces descubrió algo que había pasado por alto—. ¡Claro! ¡Tienes razón, Álvaro! Ahora entiendo por qué, a pesar de ese viento tan fuerte que soplabá, las paredes de la tienda no se movían, ni siquiera temblaban.

—Exactamente. Porque no había viento ni nada. Todo era una grabación. Por la noche a Zack no le resultaría difícil salir de la tienda para colocar estratégicamente unos altavoces entre los árboles.

Cuanto más hablábamos, más convencidos estábamos de nuestro sospechoso. Al fin había una explicación para los sucesos misteriosos de aquellas dos noches de acampada: las luces que vi encenderse y apagarse cuando acompañé a David fuera de la tienda; las huellas con ceniza; los pasos fantasmas que creí oír; el pájaro electrocutado... Detrás de aquellos movimientos estaba el monitor, que supo crear el ambiente adecuado para atemorizarnos, como si se tratara de una película de terror.

Cuando llegaron Belén y David al comedor, les saludamos con la gran noticia:

—¡Ya sabemos quién es el zorro vengador! —les anuncié.

—¿Quién? —preguntaron al mismo tiempo.

—¡¡Zack!! —improvisó Cris.

Era la gran noticia del verano, y mi amiga se me había adelantado, así que, un poco herido, tomé la palabra, y les expliqué a David y Belén cómo habíamos llegado a aquella conclusión.

—Claro —confirmó David, al entenderlo—. Por eso vimos unas luces cuando saliste a... —me miró e hizo un gesto con la mano—, ¡ya sabes!

—¿Vimos? Lo vi yo. Tú no me creías —le corregí, airado—. Y el que se estaba meando eras tú, no disimules —y lo dije tan serio que las chicas se rieron.

—¿Tú? ¿Yo? ¡Qué más da! El caso es que ya hemos descubierto a ese zorro traidor y malvado.

—Sería mejor asegurarnos de lo que decimos —intervino Cris—. Si no le llevamos pruebas contundentes, no estoy segura de que el director nos crea.

—Nos creará —dijo David, orgulloso—. A mí me tiene enchufe. Soy el zorro del aire, y su interlocutor; como quien dice, su confidente.

—Por si acaso, vamos a hacer las cosas bien desde el principio —insistió Cris—. Tengo un plan: David, tú entras en el dormitorio de Zack y recoges todos los CD o aparatos sospechosos que encuentres.

—¿Y si me pilla?

—Está todo pensado.

—Ah, bien —dijo más tranquilo, pero al cabo de unos segundos preguntó—: ¿Qué es lo que está pensado?

—No te preocupes. Belén, tú tienes que intentar alejar de aquí a Zack con cualquier excusa: échale una carrera o lo que se te ocurra. Nosotros, mientras tanto, buscaremos en el libro de inscripciones de hace diez años, a ver si allí figura Zacarías García. Álvaro, tú te encargas de distraer al director mientras yo entro en el despacho.

—¡Glugs! —no se me ocurría cómo hacerlo y se me notó en la cara.

—¿O prefieres que lo hagamos al revés?

Todas las posibilidades eran poco tranquilizadoras.

—No, no, no.

—Perfecto. ¡Adelante con el plan!

—¿No sincronizamos nuestros relojes? —preguntó David, y ante nuestro asombro se justificó—. Eso es lo que se hace en todas las películas cuando hay un plan tan elaborado y complicado como este. Aquí no nos puede fallar nada, porque...

—Lo más importante es que Belén se lleve a Zack lejos de aquí —recalcó Cris—. Entonces podremos actuar.

—¿Y si no me hace caso? —preguntó Belén, preocupada por tanta responsabilidad.

—Te sueltas los botones de la camisa —señaló Cris ante la sorpresa de todos

menos de David.

—Es cierto —dijo—. Ese truco funciona. Siempre funciona. Ya sabéis cómo son los hombres —y algo más bajo, añadió—: ¡Aunque con Belén, no sé yo!...

Tuvimos suerte. Belén logró convencer a Zack de que le acompañara lejos del campamento. Los demás también cumplimos con nuestra misión.

Al cabo de media hora nos volvimos a encontrar. Teníamos las pruebas en nuestro poder y estábamos listos para dar la última batalla: contárselo al director. Pero David se nos adelantó.

—¡Dejadme que sea yo el que desenmascare el culpable! ¡Ya veréis qué bueno! Voy a hacerlo igual que Sherlock Holmes —nos miró y al ver que no nos oponíamos a su petición, nos pidió—: Id a buscad a los monitores y decidles que dentro de media hora les espera el director en su despacho. ¿Vale?...

Entonces tomó su mochila y se fue hacia el punto señalado, murmurando entre dientes:

—Le diré al director que ya he descubierto al culpable —y poniendo un tono de voz solemne, como si fuese un actor, repitió—: Voy a desenmascarar en su despacho, en vivo y en directo, a ese zorro vengador.

Los cuatro monitores llegaron a la vez y con su presencia llenaron el pequeño despacho. En medio, solo ante el peligro, estaba David, mientras nosotros contemplábamos el escenario desde la ventana de atrás.

—¡Las pruebas! —dije de pronto—. Se ha confundido de mochila. Ha dejado aquí las pruebas. ¿Se las llevamos?

—¡Espera! ¡Vamos a ver!

Como si fuese el propio Sherlock Holmes, David se movía despacio y seguro en aquel ambiente que él mismo había creado, deleitándose en cada nuevo paso.

Primero se acercó a Xira y le dijo que era sospechosa porque había perdido el llavero del delfín. Antes de que la monitora abriera la boca para defenderse, se dirigió a Yolanda y le comentó, muy serio:

—¿Seguro que nos estabas siguiendo a nosotros cuando te vimos en el pueblo fantasma?

Su plan era ir sembrando la duda ante todos. Así que tampoco esperó respuesta, sino que se dirigió a Wanchu y le miró muy fijamente:

—Y tú...

De pronto, David se quedó con la boca abierta y la mente en blanco. No sabía cómo continuar, lo que aprovechó el monitor para atacar:

—¿No me vas a decir que yo soy ese zorro cobarde que gasta bromitas macabras a los pequeños?

Estaba tan enfadado que se le notaban los músculos del cuerpo.

—Oh, no, no... —improvisó David, aturdido—. El culpable es... ¡él! —y señaló

a Zack, quien le agarró del dedo que le apuntaba y casi se lo dobla.

—¿Yo?... ¿Estás loco? ¿Tienes pruebas?

—Claro que las tengo.

El director, que hasta ese momento había estado callado, observando atentamente, intervino:

—Más te vale, porque como todo esto sea una broma de las tuyas, David Plata Moreno, merecerías la expulsión inmediata por tomarnos el pelo y faltar al respeto.

Algo debía de haber ocurrido para que el director, que tenía más interés que nadie en desenmascarar al falso zorro, se pusiera así. David, seguro de su poder, le dijo:

—¡Tranquilo, jefe, que aquí tengo las pruebas!

Y cuando metió la mano en la mochila se dio cuenta de que estaba vacía. Había cogido la mía.

—¿Yo?... ¡Ejem! ¡Qué gracia! —trató de disimular.

La situación se había vuelto en su contra. Los monitores le miraban con cara de muy pocos amigos.

No había tiempo que perder. Las chicas y yo lo sabíamos bien.

—¡Ánimo, David, que aquí estamos nosotros! ¡Ahora!

Era el momento preciso para intervenir. El falso zorro iba a quedar desenmascarado.

27. Una confesión y una huida

No fue una entrada muy gloriosa, pero resultó espectacular. Con tanto impulso, tropecé en el cable de la lámpara de pie y la tiré al suelo. Antes de caer, la bombilla se rompió en la cabeza de Wanchu, al tiempo que el director veía cómo se llenaban de cristalitos los papeles de su mesa. En fin, pequeños daños colaterales. Lo importante era que teníamos las pruebas para salvar a nuestro amigo. Los Sin Miedo estaban otra vez juntos, aunque uno de ellos (yo mismo), seguía en el suelo, entre los restos de una lámpara hecha añicos.

—El zorro —dije—, el zorro vengador...

No hubo necesidad de explicar nada más.

Zack debió de darse cuenta de que estaba descubierto y pensó que lo mejor que podía hacer era confesar.

—Lo siento, chicos, perdonadme por estropearos el juego del zorro. No iba contra vosotros. Yo... —nos dejó boquiabiertos con esta disculpa.

No le salían las palabras y le temblaba la voz. La verdad es que visto así nos daba pena, y aún nos dio más pena al empezar a contarnos su vida.

Al parecer, cuando Zack era un chico de doce años, sus padres, en contra de su voluntad, le apuntaron a un campamento, al mismo campamento en el que estábamos ahora. Y lo pasó muy mal: era tímido, lleno de miedos, y los mayores se burlaron de él, le gastaron bromas muy pesadas. Lo peor fue que ni los monitores ni nadie hizo nada por ayudarle.

—Yo no estaba entonces, Zacarías —trató de justificarse el director—. Es más, me pusieron al frente de este lugar para que lo convirtiese en un campamento estival en el que todo tipo de chicos y chicas pudieran encontrarse a gusto disfrutando de la naturaleza, el deporte, la aventura, la educación, la camaradería... En fin, eso es lo que modestamente he intentado hacer.

Zack ya no le escuchaba. Su cabeza estaba en otra época, en esos días de verano en los que tanto le humillaron. Desde entonces, y esto era lo más triste, había vivido con una única obsesión: convertirse en monitor del Campamento del Aire y vengarse de todos, de los chicos acampados, de los monitores y hasta del director.

Sus macabras bromas del zorro vengador eran sólo el preámbulo de algo que llevaba varios años planeando y que cada vez iba a ser más terrible.

No sabíamos por qué nos contaba aquello. Debía de estar arrepentido o necesitaba confesar sus fechorías para sentirse mejor. Parecía un oso herido.

O así lo creía yo.

De repente le cambió el tono de voz y empezó a hablar como si fuese otro.

—¡Había pensando un final que ni siquiera os podéis imaginar, je, je! —gritó, y se rio igual que un loco.

David y yo dimos un paso hacia atrás. Nos dio la impresión de que nos lo estaba contando sólo a nosotros dos.

—¡Oh, no!

Nos asustamos al ver sus ojos brillantes, ausentes, perdidos. Era imposible saber lo que pasaba por su cabeza.

Se hizo un silencio muy tenso, y el director se le acercó muy despacio para tratar de calmarle. Sin embargo, el monitor culpable se alejó a toda prisa derribando sillas y saltó por la ventana, no sin antes mirarnos a David y a mí, al tiempo que gritaba, entre dientes:

—¡Me vengaré! ¡Me vengaré! ¡Esto no va a quedar así!

Aquello era igual que una película de terror. Nosotros estábamos demasiado asustados para dar un paso. Los monitores, por su parte, salieron por la puerta tratando de alcanzar a su compañero.

—Ahora me explico lo de las zetas —dijo Belén—. Así que esas zetas que encontré con Xira las robó de pequeño y las guardó hasta ahora.

—¡Es increíble! —suspiró el director, tratando de ordenar un poco su despacho.

—¿Le ayudamos a recoger esto? —se ofreció Cris.

—Oh, no, os lo agradezco de verdad, pero dejadlo. Ahora que ha pasado todo, tenemos que prepararnos para el día de visita. Mañana es un día grande.

Ya íbamos a salir cuando llegaron los tres monitores seguidos de un nuevo invitado, Héctor, que creía que se estaba perdiendo algo importante en el despacho de su tío.

—¡No hemos podido echarle el guante! —anunció Wanchu.

—¡Se ha escapado en su coche! —informó Yolanda.

—¿Quééééé? —exclamó el director, y por las venas de su cuello se notaba que estaba muy enfadado— ¿En mi BMW rojo metalizado? —no se lo podía creer—. ¿Cómo ha sido posible?

Los monitores señalaron a Héctor, que no entendía por qué lo miraban así, y trató de justificarse.

—¿Entonces ya sabéis lo de Zack, verdad?... —empezó a hablar—. El pobre se tenía que ir urgentemente a casa para ver a su madre, que está muy enferma. Me lo contó mientras recogía sus cosas en el cuarto, y yo le dejé las llaves de tu coche —explicó, dirigiéndose al director—, las que me diste para que te las guardara por si perdías las tuyas. ¿He hecho bien, tío?

Pero el director sólo tenía un pensamiento en su cabeza.

—¡Mi coche! ¡Mi coche!

—No te preocupes, tío, que ya te lo traerá. Zack se ha ido, pero ha dicho que volverá, que esto no iba a acabar así —Héctor se quedó pensando y preguntó—: ¿A qué se refería?

Epílogo

Aquella noche David y yo dábamos vueltas en la cama procurando no cerrar los ojos en ningún momento por si al zorro vengador se le ocurría volver.

Wanchu estaba con nosotros, y aunque trataba de vigilar la puerta, vimos cómo daba alguna cabezada.

No podíamos descuidarnos. Sobre todo David, que fue quien le descubrió. Acurrucado entre las sábanas de la litera de arriba, la mía, miraba atentamente cualquier movimiento extraño que se produjera en el enorme dormitorio: Zack conocía bien el terreno y podría entrar por cualquier lugar.

—¡Cuándo se hará de día! —repetía cada cinco minutos.

Lo hizo, por lo menos, un millón de veces.

Nada más amanecer salimos al exterior. La cocina estaba aún cerrada. Ni siquiera la cocinera se había levantado para preparar el desayuno.

Belén y Cris aparecieron con los ojos hinchados. Tampoco habían dormido, pero como era el día de visitas y vendrían sus padres, se fueron a la ducha para tratar de despertarse, arreglarse y mostrar buena cara.

—¡Vaya día! —suspiré.

Ese primer domingo sólo veríamos a la familia de Cris y de Belén. A nosotros vendrían a visitarnos la semana siguiente.

—¡Si estuviesen mis padres, me iba con ellos! —dijo David.

—No seas tonto. Ahora nos queda lo mejor del campamento. Además, sin ese zorro vengador y con la prórroga de otra semana que nos ha dado el director, ya no hay problemas para que sigamos gastando bromitas. He pensado alguna que...

En esos momento vimos al director y corrimos hacia él. Le alcanzamos al mismo tiempo que Yolanda.

La monitora sonreía relajada. Tenía una buena noticia que comunicar:

—He estado escuchando la radio local y han dicho que esta mañana la Guardia Civil detuvo a un joven que conducía un BMW rojo metalizado y...

—Por fin —dijo David—. ¿Lo detuvieron porque iba a demasiado velocidad?

—En cierto modo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el director, intrigado.

—Que iba tan rápido que no vio un árbol y se chocó contra él, pero no le ha pasado nada.

—¿A mi coche?

—No, a Zack. Salió del vehículo por su propio pie y desapareció de allí. Iba a decir que la Guardia Civil está siguiendo sus pasos.

Aquella noticia nos alegró tanto que cuando llegaron los padres de Belén no me importó que estuviese con ellos Erika, a la que acompañaba su inseparable y enorme

perro baboso.

—¡Sabab! —lo llamé, y al acordarme de él traté de huir antes de que aquel animal me tirara al suelo y me lamiera la cara, como era su costumbre.

Pero esta vez me llevé una sorpresa. El enorme perro corrió hacia mí, pero pasó de largo y continuó hasta el grupo que había detrás del nuestro. Me volví. Allí estaba Héctor contando a su prima y a sus amigas lo bueno que era en los deportes y lo que le quería todo el mundo.

Y como si Sabab lo hubiese escuchado se lanzó a sus brazos, le tiró al suelo y empezó a bañarle la cara con su gigantesca lengua llena de babas.

—¡Sabab, déjalo! —le dije.

—¡Oh, ha encontrado a un nuevo amigo! —suspiró Erika, que se acercó hasta su perro.

—¿Estás loca? —protestó el sobrino del director desde el suelo.

No había manera de quitarse de encima a aquel monstruo baboso.

—¡Oh, sí! —dijo Erika—. Si le has gustado a mi perro, es que eres un chico guay. ¡Qué fenómeno! ¡Cómo nos lo vamos a pasar los tres!

—¿Los tres? —repitió Héctor, que al fin consiguió ponerse en pie, pero por poco tiempo, ya que Sabab le empujó y besó otra vez el suelo.

Desde allí, el sobrino del director pudo ver cómo su prima (y sus amigas) le daban la espalda y se alejaban, aunque antes se giraron para despedirse:

—Adiós, Héctor, pásatelo bien con tu nuevo amigo.

—¡Esperadme, esperadme! —gritó, tratando de levantarse—. En cuanto me quite a este bicho de encima estoy con vosotras.

Aquella escena era tan divertida que nos costaba movernos de allí, pero los padres de Belén vinieron a recogernos para ir al encuentro de los padres de Cris, que acababan de entrar y buscaban aparcamiento.

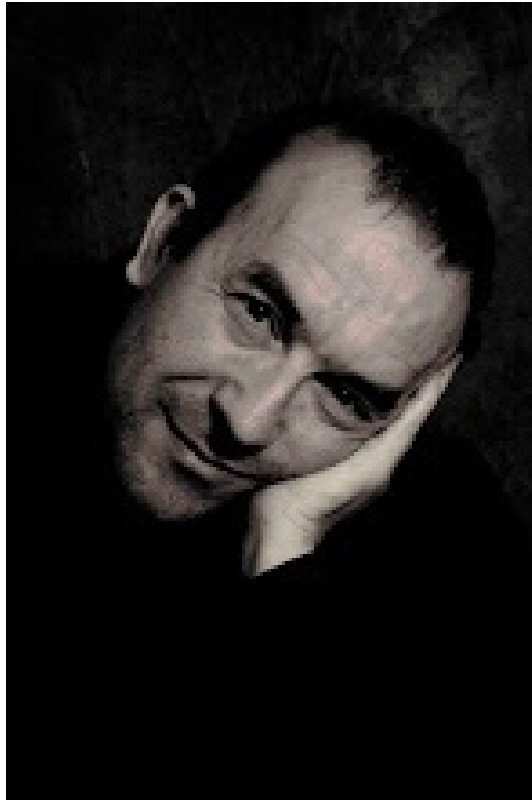
Antes de avanzar, giré la cabeza para disfrutar de aquella visión, y al ver al enorme perro encima de Héctor, incordiándole y chupándole la cara, no pude evitar exclamar:

—¡Definitivamente Sabab ha perdido el olfato y el gusto!

—No es el único —añadió Belén, sonriente—. Pobre hermanita. ¿Cómo puede pensar que Héctor es guay? ¡Lo que le queda aún por aprender!

David y yo la miramos, tratando de aguantarnos la risa, y una vez que estallamos en carcajadas, Cris intervino:

—Yo creo que le tenéis un poco de manía. En el fondo, Héctor no es un mal chico.



JOSÉ MARÍA PLAZA (Burgos, 1964). Ha trabajado como periodista de cultura y educación durante muchos años en Madrid. Ahora se dedica a viajar y a escribir libros. En 1995 quedó finalista del premio Edebé con su primer libro, *No es crimen enamorarse*, que figura en la lista de Honor del CCEI, y desde entonces ha publicado más de 40 títulos. Entre ellos, *Mi primer Quijote*, un best-seller traducido al coreano, árabe, chino y japonés. En algunas universidades de Japón, *El paranguaricutirimícuaro que no sabía quién era* o *Papá se ha perdido* son los primeros libros de lectura para los estudiantes de español. Ha realizado cuatro antologías de poesía para niños y adolescentes.